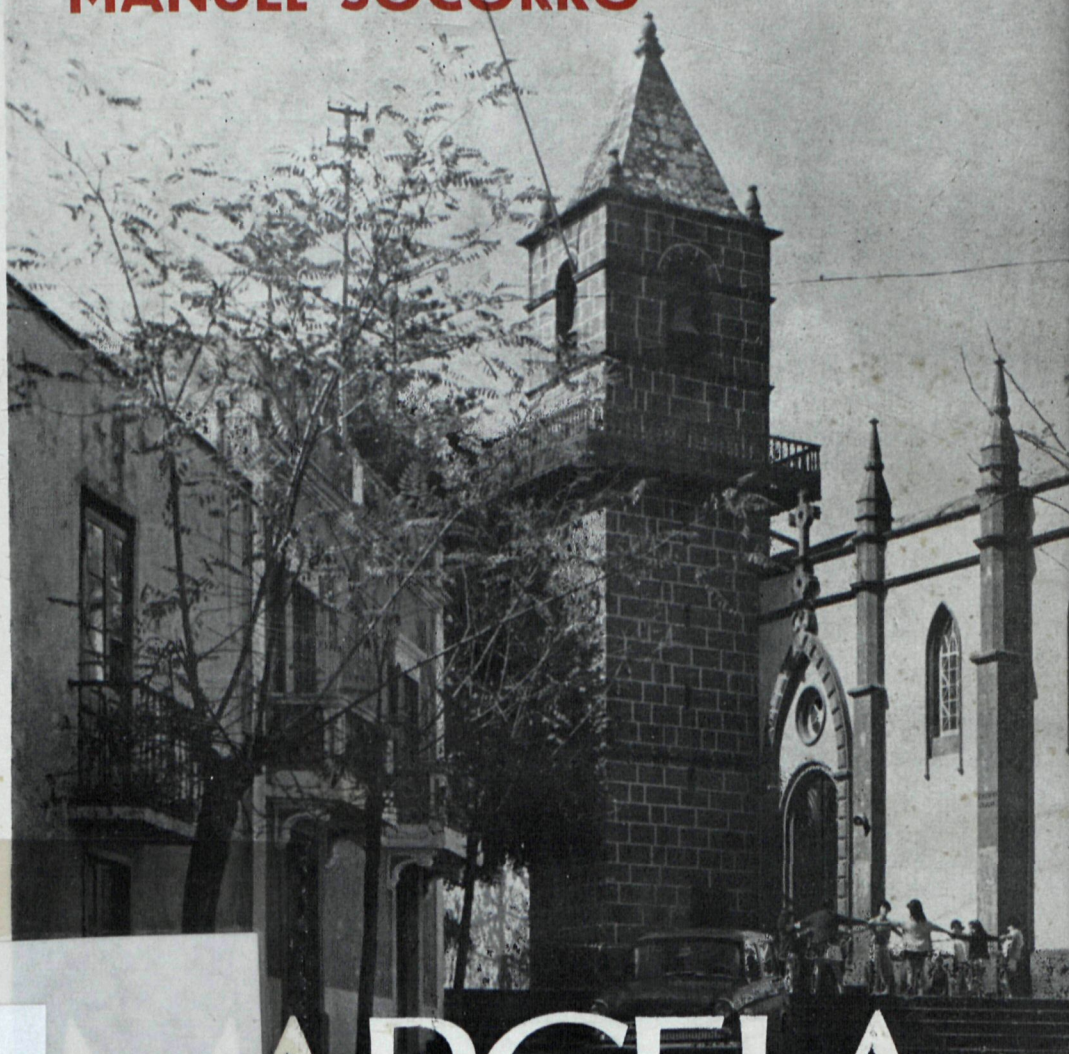


MANUEL SOCORRO



MARCELA

(ESTAMPAS DE SANTA BRIGIDA)

DONACIÓN
Juan Pulido
Castro

Al querido amigo el ilustre señor Sr.
Juan Pulido Castro Presidente del
Excmo. Cabildo Insular, con el ma-
yor afecto y consideración.

26-VI-70

~~Marcela Castro~~

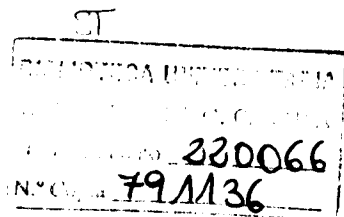
MARCELA

MANUEL SOCORRO



MARCELA

(ESTAMPAS DE SANTA BRIGIDA)



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1970

Depósito Legal G. C., 119-1970

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

«La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por solo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos».

CERVANTES.

Don Quijote de la Mancha, Cap. XIV. Episodio de Marcela.

—Se nos va a hacer tarde, Marcela— le dijo María.

—Espera, chica, que me acicale un poco— le respondió Marcela. Pocas veces me ocurre esto. Es que anoche me quedé dormida muy tarde, y hoy se me han pegado las sábanas.

María y Marcela estudiaban en el Instituto, y tenían que tomar el coche de horas de las ocho para llegar a tiempo de las clases.

—Son las ocho menos cuarto y...

—Aún hay tiempo.

Marcela baja las escaleras de su casa y encuentra a María en el patio con los libros debajo del brazo. Le da un beso muy sonoro, y alegres, bulliciosas y habladoras se dirigen a la estación del coche de horas.

Por la acera encuentran alguna que otra persona, que corre presurosa a sus tareas, entre ellas a Perico González, estudiante también del Instituto.

—¡Hola Perico! ¿Se madruga?

—Y con el frío que hace. No hay más remedio, si uno quiere alcanzar la primera clase.

—¡Y la clase de Matemáticas! —dice María—. D. Ciriaco tiene muy en cuenta las faltas de asistencia.

—Una vez se nos rompió a nosotros el coche —¿te acuerdas Marcela?— y nos acercamos a él, para suplicarle que nos quitara la falta, y nos dijo muy displicente:

—A madrugar más. La falta no se quita. —Es que se nos rompió el coche—. Excusas, excusas nada más. Qué hombre más torcido y sin humanidad.

—No te vimos ayer, en todo el día, Perico. ¿A dónde fuiste?— le preguntó Marcela, después que habían subido al coche.

—Salí.

—¿Es que tú no lo sabes, Marcelita? —dijo María— Perico, según me han dicho, tiene un entretenimiento en la Vega de San Mateo los domingos.

—¿Quién te lo dijo, María?— le respondió Perico.

—Lo sabe todo el mundo. Te han visto con ella muchas veces.

—No sé por qué. Pero a los chicos de Santa Brígida les atraen mucho las chicas de San Mateo— dice María.

—Nos gusta ascender— respondió Perico. ¿No dicen que hay más belleza en los montes?

El coche de horas renqueando, renqueando, pasa el Monte, pasa Tafira, y se abre paso por las curvas de Barranco Seco.

—Creo que llegamos a tiempo— dijo María.

—Si no hay por las calles de Las Palmas algún embotellamiento— dijo Perico.

—A estas horas no hay mucho tráfico —concluyó Marcela—. Por cierto, ¿se han fijado ustedes? El coche viene casi completo de Santa Brígida.

—Sí. Es verdad. No me había fijado.

—¿Por qué no crearán un Instituto en Santa Brígida?

—Por falta de alumnos no será.

El coche llegó a la calle de Bravo Murillo. Paró en la gran estación y los estudiantes con sus libros debajo del brazo se dirigieron por la calle de Tomás Morales al Instituto. Aún no eran las nueve. Aún no había sonado el timbre para las primeras oraciones. Aún los patios eran un hormiguero de alumnos innumerables y caóticos. Aún las puertas de entrada se veían obstruidas por oleadas de estudiantes que llegaban de todas partes.

Los alumnos de Santa Brígida no eran sino una gota de agua en aquel océano.

2

Desde pequeñita era Marcela una niña muy inquieta. Vivaracha. Sin sosiego.

—Estate quieta, Marcela— le decía su madre.

Pero inútil. Para ella no había nada bien puesto. Ni sillas, ni bancos, ni mesas, ni mueble alguno.

Rompía vasos. Comía de pie. Siempre de pie. Saltando. Corriendo y riendo. Eso, sí. Tenía siempre muy buen humor.

—¿Por qué te ríes, Marcela?— le decía su padre muy serio.

—Por nada. ¿Te has fijado en el gato, papá?

—¿Qué le pasa al gato?

—Nada. Miralo tú.

Y el gato saltaba de una parte a otra con un trapo rojo atado al rabo.

—Eres un diablillo. ¿Qué te ha hecho el pobre animalito?

—Nada. Me gusta mucho verlo saltar.

Marcela era lo mismo en la Escuela. Ni estudiaba ni consentía que estudiaran sus compañeras. Siempre estaba pellizcando a sus vecinas, que, a veces, soltaban el grito, poniendo en guardia a la Maestra.

—¿Qué pasa ahí?— decía D.^a Mercedes.

Y la compañera, por no delatar a Marcela, respondía:

—Nada.

Pero un día, como D.^a Mercedes estaba sobre aviso, notó que Marcela acosaba a una de sus compañeras, y ésta confesó cuál había sido la autora del desaguisado.

—Hoy te he cogido, pícara. Levántate y trae tu libro.

Marcela se levantó con la cabecita baja y los ojos llenos de ira contra la compañera.

Y, al salir de la Escuela, se acercó a Narcisa y le dió dos bofetadas muy sonoras.

Hubo grupos de alumnas. Discusiones en voz alta. Salida de D.^a Mercedes. Y emplazamiento de Marcela para ser juzgada en la sesión de la tarde.

Y a la tarde Marcela fue reprendida severamente y amenazada de expulsión en la primera falta que cometiera.

D.^a Mercedes lo pensó muy bien. ¿Por qué —se decía— no pongo estas cosas en conocimiento de sus padres? Esta chica es muy viva y si no se corrige se convertirá en una golfa.

A los dos días la Maestra se entrevistó con la madre de Marcela.

—Perdone, D.^a Inés, vengo a decirle que Marcelita se porta muy mal en la Escuela. Ni estudia ni deja estudiar a sus compañeras de al lado. Siempre está inventando diabluras. Lo que no hace nadie se le ocurre a esta niña.

—Le agradezco su advertencia, D.^a Mercedes. Pero ¿qué podemos hacer nosotros? En casa ocurre lo mismo. La estamos castigando y reprendiendo severamente y no conseguimos nada. Crea usted que no le damos mimo ninguno. Al contrario. A veces, le digo a su padre que disimule algo, por si acaso la niña se vaya creando un complejo y con el tiempo tengamos en casa una golfa. Yo se lo diré a su padre. Que usted ha estado aquí y a ver si con el tiempo Dios nos ayuda y esta chica va entrando en razón. Gracias, D.^a Mercedes, por el interés que usted se toma.

Otro día, fué una vecina que entró por el zaguán sin llamar.

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Quién?

—Mire, aquí vengo con este puñado de vidrios rotos. Su hija Marcela le ha tirado una piedra a mi ventana y ha roto las vidrieras.

—¿Está segura, mujer? Mi hija no es una golfa para tirar piedras por la calle. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Ahora mismito, al salir de la Escuela.

—Entonces no es ella. Aquí no ha llegado.

—Es ella misma, que ha corrido con otras por la cuesta de la Cochina.

—¿Ve usted? Iba con otras. A lo mejor han sido esas otras.

—Señora, estoy segura de que fué ella misma.

—Bueno. Yo se lo diré a su padre.

—Y los vidrios rotos, ¿quién los paga?

—Veremos.

A estas y otras fechorías se unía que no estaba nunca en casa. Cuando salía de la Escuela —si iba— se marchaba con otros chicos y chicas por los campos en busca de frutas, de nidos, o, simplemente, a tomar el viento.

—¿Qué hacemos, Inés, con esta hija única que Dios nos ha mandado? —dijo Policarpo—. No podemos tener una mujer que esté siempre cuidándola. Ni podemos cerrarla en una habitación ¿Qué hacemos?

Y estuvieron cavilando mucho tiempo sobre el particular.

—Nuestra hija es ya un personaje célebre en toda Santa Brígida. Por donde quiera que voy me hablan de Marcela. Fijate. El otro día, sin ir más lejos, iba yo por el camino de Los Olivos y me tropiezo con Felipe Gutiérrez, el trabajador de los hermanos Rodríguez. ¿Qué crees tú que me dijo?

—¡Qué hija más valiente tiene usted!

—¿Por qué?

—Pues mire. Ayer vino hablando hasta estas palmeras con Antonio Delgado, un muchachote, hijo de D. Pedro Delgado. Por lo visto la invitó a pasear y hablaban de novios. Venían discutiendo, dando voces y gritos.

—¿Para esto me has convidado, Antonio? ¡Cuidado! Lejos de mí. Contigo ni un segundo más. ¿Qué te has creído gandulete? Adiós, indecente.

Y le volvió la espalda. Luego se le oyó decir:

—Vaya el muy puerco. ¡Que le diera un beso! Que se lo dé su madre, y luego a cogerme.

Y se marcharon cada uno por su parte. Ella indignada, muy indignada, y él más corrido que una mona. ¿Qué habría pasado si esta escena hubiese sido en solitario, digo yo? Así que, señor, tiene usted una hija valiente. Desde pequeñita se defiende como una fiera.

La madre, al oír este relato, se quedó perpleja, y dijo a su esposo:

—Debemos vigilar a Marcela. Puede darnos un disgusto cualquier rato.

3

Inés González vivía en el número 9 de la calle de Castelar. ¿Cómo se llamaba antes esta calle? El cronista de nuestra historia no lo dice. Por cierto nos aseguran que es uno de los mejores cronistas de Santa Brígida.

Lo cierto es que hoy este número 9 está colocado sobre la puerta de una casa de dos pisos. Construcción sencilla, vulgar y de un estilo sin estilo. La casa aún ofrece buen aspecto y, aunque antigua, parece tener bastantes comodidades para una familia de pocos miembros.

Inesita, como se la conocía en el pueblo, fué hija de D. Alberto González y de D.^a Carmen Viera. Fué criada con mucho mimo, tanto que ya grandecita fué enviada a la escuela pública y como la maestra no la atendía debidamente, y no le daba los mimos de la casa, la niña lloraba y su mamá, indignada, la quitó de la escuela y se enfadó con la maestra.

—¡Y lo que comía esa maestrita de nuestra casa!— decía D.^a Carmen, la madre de Inés.

—¿Qué le pasó a Inés en la escuela?— le preguntó un día una amiga.

—No me diga —le respondió D.^a Carmen—. Esa maestra creía que mi hija era una niña como las demás. Como una niña cualquiera. Y apenas se ocupaba de ella. Mi niña es una niña distinguida y de muy buena familia. Y la quité de su escuela. Por cierto que no sé ahora a donde mandarla. Este pueblo está de escuelas muy mal.

—Mándela casa de D.^a Serapia, señora.

—Casa de D.^a Serapia se paga mucho y tengo entendido que esa maestra tiene muy mal genio.

Eso dice un cronista de la Villa, pero afirman que Inés salió de la escuela pública expulsada. La maestra nada podía con ella. Y, además, Inés era tan inquieta que no le permitía a la maestra hacer labor con las demás niñas.

El caso es que Inés creció como los árboles silvestres. Con todos sus mimos y caprichos. Haciendo en todo su real voluntad, y dando patadas a todos los que a ella se acercaban.

Y ya tenemos a Inés una joven crecida para su edad. Tendría quince o veinte años sin que ningún joven del pueblo pudiera tener con ella relaciones estables. Todos, más pronto o más tarde, salían despedidos de mala manera.

D. Alberto su padre era rico, como se entienden las riquezas en Santa Brígida. Tenía una buena finca en Los Olivos. Atendida por un mayordomo y algunos peones. De esta finca, así como de la casa en que vivían la única heredera era Inés.

Era natural que los novios la asediaran. Porque era rica. No era fea. Y no tenía un pelo de tonta. Aunque le afeara mucho la rudeza de su lenguaje y, sobre todo, su falta de cultura. Inés era una piedra sin pulir.

No hacía vida de sociedad. Apenas se juntaba con alguna que otra chica, tan falta de pulimento como ella. Por eso los jóvenes del pueblo no se atrevían a hablarle.

—Inés, —decían— cree ella que vale mucho. Y no nos mira a nosotros.

Un año por las fiestas de La Naval, que aquel año tuvieron mucha propaganda, vino mucha gente de otros pueblos. Entre los jóvenes que asistieron estaban algunos de Arucas.

Inés, en el paseo, se llevaba la primacía por su presencia. Era alta, elegante, de excelentes facciones, risueña y habladora. Sin duda se dió cuenta de que sus gestos y ademanes ordinarios debía dejarlos en casa, si pretendía conseguir algún partido. Uno de los jóvenes de Arucas se fijó en ella, y dijo a un amigo:

—¿Te das cuenta, Miguel, qué chica más imponente?

—Es verdad. ¿Te acercas?

—Voy a por ella. ¿Qué puede ocurrir?

Y Policarpo Estupiñán —asi se llamaba el joven de Arucas— perdido el miedo del primer momento, se acercó a Inés, ante el asombro de los jóvenes del pueblo.

—Esa lo despide de mala manera, decían.

Pues se engañaron. Jamás vieron a Inés tan atenta y acogedora. No sólo no lo despidió, sino que estuvo charlando animadamente con ella toda la tarde. ¿Quién obró el milagro en aquella ocasión? Hablando, hablando pasaron toda la tarde y quedaron comprometidos para el próximo domingo.

Policarpo, antes de marcharse a su pueblo se enteró de que era Inés hija única. Y el hombre regresó a Montaña de Cardones muy contento y optimista. Había encontrado lo que él quería. Una novia guapa y rica.

Sin embargo, días después, cuando los nervios y el optimismo se fueron serenando, Policarpo ya pensaba así: Pero, ¿cómo es posible que en un pueblo, como Santa Brígida, estuviese vacante hasta este momento esta plaza tan prometedora? ¿Es que no hay chicos con vista en Santa Brígida? ¿No habrá aquí gato encerrado?

El domingo siguiente se vino muy temprano. Almorzó en Santa Brígida, y pudo enterarse de los defectos de Inés.

¿Será verdad, o es que Inés los desprecia, y por eso no la pueden ver?

Y aquella tarde, cuando fué adquiriendo alguna confianza, contó a Inés las cosas que de ella se decían por el pueblo, atenuándolas y disculpándolas lo más posible.

—La gente aquí, Policarpo —le dijo ella— es muy mal pensada y muy envidiosa. Es cierto que yo observo cierto recelo para tratar con ellos. No me junto con todas las chicas. No asisto a esas verbenas indecentes en que los hombres abusan de algunas chicas, no admito relaciones con cualquier chico que se me presente.

Policarpo quedó convencido. Inés —se dijo— es una buena chica y de dignidad. No es igual a las otras chicas. No es una chica vulgar... Y, sin embargo... no habla un lenguaje correcto. Habla un canario muy cerrado. No tiene cultura. No sabe que París está en Francia. ¿Me conviene a mí una mujer así?

Y después de mucho reflexionar se hizo a sí mismo aquella consideración que se lee en el «Quijote» de aquel pretendiente que también dudaba sobre si le convenía o no la mujer con quien tenía relaciones: «Para lo que yo la quiero...». Ella no se va presentar a ningún concurso. En un pueblo de estos no hay tanta sociedad tampoco. Con tal que me atienda la casa. Pero...

Y venció la pasión antes que las conveniencias sociales.

Pocos meses después Policarpo Estupifán se casó con Inés González en una noche del mes de junio. La sorpresa en Santa Brígida fué mayúscula. ¿Cómo será el nuevo vecino?, decían todos.

* * *

Y en la casa número 9 de la calle Castelar nació en abril del año siguiente la niña Marcela, protagonista de nuestra verdadera historia.



4

¿Cómo cayó en Santa Brígida Policarpo Estupiñán? Dice el cronista que se ocupa de este asunto que la sorpresa en la Real Villa fué general. Por cierto que es la primera vez que dicho cronista llama *Real* a la Villa de Santa Brígida. Hemos registrado todos los rincones de los archivos y en ninguno aparece este título. ¿Quién lo otorgó? Los investigadores se queman las cejas y no dan con él.

Ultimamente se ha sabido que aparece este título de Real en el relato de la tragedia que hace ya bastantes años ocurrió en la plaza pública, delante de la Iglesia, con ocasión de una verbena en que murió un oficial del ejército por unos disparos hechos por la guardia civil a fin de mantener el orden público. Aquel hecho tuvo una resonancia enorme que conmovió a toda la Villa, a quien el cronista del suceso dió también entonces el título de Real.

Pero, la verdad, no se explica que el simple casamiento de una chica del pueblo con un joven de Montaña de Cardones haya tenido los mismos honores.

Y es que nadie se explica qué es lo que vió Policarpo en la Inesa, como se le llamaba en el pueblo, para dejar su Arucas por Santa Brígida.

¿Riqueza? No es tanta como para un hombre dejar Arucas. ¿Hermosura? La chica se presentaba bien a primera vista, pero no es para encandilar a nadie. ¿Simpatía, atracción? Al decir de los chicos de la Villa carece en absoluto de ella. Pero nosotros comentamos que no será tan en absoluto, cuando con ella se hizo Policarpo.

—Pero, entonces, ¿qué ha sido lo que a Policarpo impulsó a casarse con esta mujer?— dicen.

Nadie se lo explica. Seguramente, algunas circunstancias familiares del propio Policarpo que le obligaron a todo trance a dejar Montaña de Cardones y que tal vez se esclarezcan más adelante.

Y el cronista deja ya todas estas cábalas y se dedica a observar los primeros pasos de la luna de miel de los nuevos esposos.

Policarpo, desde los primeros días, quiso conocer la finca de su esposa. Y la invitó a dar un paseo a la misma.

—Te vas a llevar una desilusión, Policarpo. Estas fincas de las Vegas no son como las de Arucas.

—Ya lo sé, pero tienen mucho atractivo. Entretienen más que las fincas de las costas.

La finca de Inés se encontraba en el camino que conduce hacia Los Olivos. Casi al final de esta carretera hay una entrada hacia la izquierda. Lo primero que a la vista se ofrece es un alpénder lleno de vacas. Luego hay algunos chamizos con las crías y unas chozas con animales menudos. El estado de todo esto es bastante rústico y primitivo.

Les salió al encuentro el boyero, Nicolás, que fué presentado por Inés a su marido. Nicolás se quitó el viejo sombrero que su cabeza cubría y saludó a su nuevo amo.

Le presentó también a un muchacho ya algo crecido que servía de ayudante al boyero. Y no faltó un perro grandote y de mala cara que meneaba incesantemente el rabo.

El recibimiento no estuvo mal. Policarpo recorrió de un extremo a otro la cuadra de vacas, y acercándose a Inés y Nicolás, les dijo:

—Los animales no están mal cuidados. Pero esta ganancia necesita algunas reformas. ¿Cómo entra usted, Nicolás, a servirle el pienso y las legumbres a los animales?

—Por detrás. Por aquí pasando por medio de ellos.

—Esto hay que reformarlo. Las comidas deben servirse desde un espacio que habrá delante de los pesebres.

—¿Eso quiere decir que nos debemos de gastar unas miles de pesetas más? ¡No, señor! Ya nos gastamos bastante en años pasados. ¿No es eso, Nicolás? Se acabó el gasto de dinero. Por lo demás, Nicolás, haga usted lo que el nuevo amo le dice. El será en adelante quien le mandará a usted.

—Desde luego, señora, pero lo que el señor dice yo no lo puedo hacer. Hay que reformar el alpendar por detrás, fabricando un espacio detrás de los pesebres. Eso costará ahora unas miles de pesetas.

—¿Qué dice, Nicolás? ¿Nuevos gastos? Ya gastamos bastante este año de tan malas cosechas.

—Mira, cariño, este gasto no tiene importancia. Ya veremos. No te alarmes. Ya veremos. Vamos a ver la finca.

Y recorrieron todas las piezas de terreno, unas plantadas y otras con simple barbecho.

—¿Los cercados estos tienen agua?— preguntó Policarpo.

—No tenemos agua de la Heredad ni para la mitad de la finca. Ya lo ve usted, está la finca vacía en su gran parte.

—¿Y entonces?

—Tenemos que comprar agua. Y bastante agua, si queremos recoger algunos frutos.

—¡Malo!

En esto llevaban recorrido mucho terreno, cuando Inés se quejó de cansancio. Nicolás se marchó a atender los animales y se quedaron solos los esposos.

—¿Quieres que nos sentemos sobre estas piedras?

—Bueno.

La tarde estaba maravillosa. Un sol espléndido. Un airecillo suave que acariciaba los rostros. Los pájaros estaban muy parleros en los árboles que al lado derecho del matrimonio se levantaban, dando tono y personalidad a la finca.

Pronto advirtieron que se hallaban casi encima del

poblado de la Angostura, cuyo barranco cruzaba debajo casi de ellos.

—¡Qué valle más hermosol— dijo Policarpo.

—Sí, es bellissimo. Pero más bello era antes, cuando el agua discurría libremente por su cauce.

—¿Llevaba agua este barranco?

—Sí. El agua que llamaban de la Mina, Heredad de Las Palmas. Esa agua ahora está entubada. Todo el cauce del barranco era antes un jardín. Los árboles crecían por todas partes y los cultivos de flores y legumbres lo esmaltaban todo. Hoy, en realidad, esto está desolado. Aunque las casitas, salpicadas por esas abruptas laderas, le dan a este valle una nota típica muy sobresaliente.

—Pero, fijate, estamos rodeados de riscos y montañas por todas partes. Eso que vemos allá arriba es la Cumbre, ¿verdad?

—Sí, es la Cumbre. Desde allá donde están los Sauccillos hasta la Cruz de Tejada que está detrás de aquella montaña roja, qué de cañadas y barranquillos, qué de montes y laderas! Qué de altibajos que cierran las Vegas de San Mateo y de Santa Brígida. Es maravilloso.

—Tenemos nuestra finca en un sitio estratégico. A lo mejor con el tiempo harán aquí un Parador de Turismo y podremos vender estas tierras en un precio muy elevado.

—Ni pensarlo, Policarpo. Mi finca no la vendo yo nunca. ¡Ahl, ¿te casaste conmigo para venderme mi finca? No lo pienses.

—No te preocupes, mujer. Esto es hablar por hablar. Y allí ¿aquella Cruz que se ve por aquella parte?

—Es la cordillera que nos separa de la Vega de Valsequillo. Aquella Cruz es la Cruz de la Atalaya, hacia donde hay un paseo maravilloso, que tenemos que hacer cualquier tarde. Desde allí se ve un panorama encantador. Los jardines de la Vega de Enmedio, el Madroñal, y, hacia abajo, hacia la mar, los parrales del Monte presididos por la montaña de Bandama.

Pollicarpo se levantó sumamente complacido por el paisaje que desde su finca se contemplaba.

—Esto es un paraíso— dijo.

5

Nicolás Gómez había servido al padre de Inés muchos años. El se encargaba de todo en la finca. Era boyero y era mayordomo. Buscaba el agua para regar y contrataba los peones necesarios para hacer las labores de arar y sembrar. Para plantar y recoger los frutos. En la casa de Inés, Nicolás era una pieza necesaria.

Tenía ya sesenta años y aparentaba unos cincuenta. Se hallaba bien conservado. Era hombre de fiema y llevaba la administración con discreción y tacto. Cuando él enfermaba se paralizaba todo.

Hablaba con aplomo y era muy ponderado en sus juicios. No carecía de humor. Y parece que tenía alguna cultura. Había frecuentado en su niñez la escuela nacional y conocía también algo de cuentas.

—Como tengo de jefe a una mujer —decía— me conviene llevar un librito de cuentas por si acaso. Las mujeres...

Al casarse Inés, el hombre temió por el nuevo amo. Y se puso a cavilar cómo reaccionaría éste.

—Como es de Arucas, a lo mejor este señor se cree que en Santa Brigida se producen plataneras. Todo puede ser.

La tarde en que Pollicarpo vino con Inés a la finca, a Nicolás no le produjo mala impresión. No le pareció tan caballero como él se imaginaba a los cosecheros de plataneras.

—Parece más bien un señorito —se dijo— que poco o nada entiende de labranzas. Pero veremos. Con tal que me deje hacer.

En la misma semana se presentó Policarpo en las ganancias. Para Nicolás fué una sorpresa.

—Hombre —se dijo— parece que no se olvida de mi.

Policarpo pasó revista a todos los animales, uno por uno. E iba haciendo observaciones de cada uno.

—Este ternero tiene ya tres meses, ¿no?

—Tres meses y unos días.

—Lo encuentro muy flaco. ¿No le da usted leche?

—Sí que mama bastante, pero la leche de su madre parece que es agua y le da poco alimento.

—Buena vaca ésta, ¿verdad?

—Es una fuente. Todos los días se le sacan unas 40 medidas de leche.

—¿Qué hacen con la leche?

—Se le está echando a la Central Lechera.

—¿La paga bien?

—No mucho. Pero no hay otra opción.

Y, atendidos todos los animales, salieron a pasear por la finca.

—Tienen pocas plantaciones en la finca. Hay muchos cercados vacíos. ¿A qué se debe ésto?

—A la falta de agua.

—¿Tiene la finca poca agua de la Heredad?

—Tiene bastantes horas, pero el agua de la Heredad se ha mermado mucho de algunos años a esta parte. Se ha quedado a menos de la cuarta parte de la que antes había.

—¿Tanto?

—Sí, señor. Todas las Vegas se han quedado de sequero.

—Y eso, ¿a qué se debe?

—Se dan muchas razones. Creo que la principal es que ya hace muchos años que no llueve bastante y no hay filtraciones. Otros creen que se debe a la cantidad de pozos y agujeros que se abren por todas partes y desvían las aguas por otros derroteros. Creo que esto está pasando en todas las Heredades de la Isla.

—¿Y no realiza la Heredad trabajos para captar aguas?

—Se han hecho algunas galerías, pero sin fortuna. Ultimamente ha construido una presa en el barranco del Madroñal, pero no se llena, sino alguna vez. Los barrancos no corren. Estas Vegas de Santa Brígida se van a convertir en un erial.

—Antes no era así, ¿verdad?

—¡Qué va! Antes no veía usted aquí, en estas tierras que llaman Los Barros, sino un verdadero jardín. No había un trozo vacío. Todo sembrado o de papas o de maíz, o de trigo o de cebada y otros cereales. No me creerá usted si le digo que crecían junto a esa acequia que usted ve ahora tan seca, trozos de berros lozanos y florecientes y su superficie siempre cubierta de agua. Estas llanuras con agua son muy fértiles. Es una tierra muy fuerte, pero muy feraz. Alrededor de los cercados crecían bastantes árboles frutales, especialmente perales. Eran muy famosas las peras de agua de Santa Brígida. Estas llanuras producían mucho. ¿Qué le diré a usted de las verduras que salían de aquí, semanalmente, para los Cercados de Las Palmas?

—Pues, hoy...

—Hoy la producción está muy limitada por la escasez de agua.

—¿Y los animales se mantenían aquí de año a año?

—Sí, señor. Casi todo el año. No obstante allá por el mes de abril los labradores más pudientes compraban en la Cumbre trozos de lentejas y otros cereales en rama y llevaban allí sus reses uno y hasta dos meses no solo para hacer descansar las fincas de aquí, sino para apacentamiento de sus gañanías. La Cumbre, en ese tiempo, daba gloria. Todo cubierto de hierba que coronaban rojas amapolas, contrastando con las flores de las lentejas y el amarillo de las retamas y codesos por las llanuras y laderas. Al anochecer los cantos de los zagales interrumpían el trinar de los pájaros. Y todas las praderas iluminadas por un sol amarillento y mortecino. Y durante la

noche las guitarras sonaban dentro de las chozas acompañando folías y malagueñas. Créame, D. Policarpo, aquello era una gloria y todos queríamos ir a la Cumbre. Ya terminada la estancia, era muy hermoso y divertido contemplar aquellas filas interminables de animales, gordos y rollizos, por los caminos y carreteras hacia nuestro pueblo. ¡Ay, qué vida aquella en que yo era todavía un muchacho lleno de vida y salud!

—¿Y ahora?

—Ahora todo se ha acabado, porque, por falta de lluvias los labradores apenas siembran en la Cumbre por temor a perder las semillas.

Policarpo llegó aquella tarde a su casa con la cabeza llena de poesía y de encantadoras bucólicas.

—¿Sabes una cosa Inesa?

—Si no me la dices, cariño...

—Que me ha estado contando unas cosas Nicolás muy sabrosas y encantadoras.

—¿Qué?

—Lo que era hace unos años la cabaña de Santa Brígida, cuando llovía mucho.

—Pero, ahora...

6

Policarpo Estupifián procedía de Arucas. Era natural de Montana de Cardones. Su padre era un labrador acomodado. Trozos de plataneras. Dos yuntas de vacas, con sus crías. Algún ganado menuno. Tenía un buen pasar.

Tenía tres hijos. Tres hijos varones. Así que estos crecieron los empleó en los trabajos de la finca y en el cuidado del ganado. Solamente a ruegos de su mujer consintió que el más pequeño de ellos, Policarpo, y también el menos dispuesto físicamente para el trabajo, al salir de la escuela nacional, ingresara en el Colegio La Salle de los Hermanos de Arucas.

—El no va a ser ni abogado ni médico, ¿para qué va a estudiar, Marcela?

—¡Quién sabe, hombre! Hay otras carreras menores. El chico parece que vale.

Y la razón no era esa. Es que Isidoro era un gran tacaño, y creía que las pesetas que en la educación se emplean, eran pesetas perdidas. Isidoro era así y había hecho de su casa un lugar incómodo. Se comía muy mal. Casi siempre caldo de papas y gofio amasado en un bernalgal común, que luego, después de bien sobado, repartía la madre a cada uno de los comensales en sendas pellas. ¿Conduto? El queso ni se olía. Estaba fuera del dominio de todos, incluso de los más delicados. Cebolla cruda que les arrancaba gruesas lágrimas. No se conocía el pan, sino algún día que repicaba gordo, como el de San Juan o el de San Isidro patrono de Montaña de Cardones. ¿Y la carne? ¿Dónde vive esa gran señora? —decían ellos.

Peseta que caía en manos de Isidoro —y caían bastantes, sobre todo de la venta de plátanos y de leche— peseta que iba a parar a una prisión oscura de una talega y después a los sótanos del Banco.

La señora Marcela sudaba tinta para sacarle algunas pesetas para ropas y zapatos.

—Aquí no hace frío, mujer. El año va mal. Que se las apañen como puedan.

—Isidoro, me da vergüenza. La familia tan distinguida que somos no podemos estar rotos y remendados.

—Peor es pedir limosna. Piensa que este año no ha llovido una gota. Tenemos los animales con hambre.

—Y estamos nosotros también con hambre, ¡caramba!, con el dinero pudriéndose en las arcas del Banco.

Por todas partes se hablaba de la roñosidad de Isidoro.

—¿Cómo consentiría en enviar al hijo al Colegio de los Hermanos? Señá Marcela lo cogió en un mal momento.

Y en el Colegio de Arucas estuvo Policarpo, con buen aprovechamiento, los cuatro años del Bachillerato Elemental.

—Ahora —le decían— a Las Palmas a estudiar el Bachillerato Superior.

—Ni pensarlo. Si se lo digo a mi padre, me pega.

Y el pobre Policarpo tuvo que volver al rudo trabajo de la labranza con todo su Bachillerato Elemental a cuestas. Y no era eso solo. Sino que en la casa no se podía vivir. El genio de Isidoro se fué agravando a medida que envejecía y repartía palabrotas contra todo y contra todos por poco más de nada. La casa era un cementerio. Allí nadie hablaba una palabra estando Isidoro presente.

Y así un año y otro año. Policarpo y sus hermanos conspiraban para huir de la casa e intentaban marcharse a Cuba; pero carecían de dinero.

Policarpo tenía ya 25 años y decidió salir de una manera hábil. ¿Cómo? Buscando una novia y casándose. Y así lo hizo. Aprovechó que el padre le comisionó para ir a las ferias de las Vegas a comprar una vaca y allí se enamoró de Inés, plaza vacante en Santa Brígida por las razones que dichas llevamos.

¿Pero cómo se lo dijo a su padre?

Noche tras noche caviló cómo se lo diría.

—Es una chica muy rica, padre. Hija única. Bastante guapa y atractiva. ¿Me da su permiso?

—Pues, sí. Uno menos para la mesa y para el vestido. Yo no pienso hacer de nuestra casa un convento. Cástate. Y vosotros, leños, buscad mujeres y casaos también.

* * *

Con razón en Santa Brígida todo el mundo se hacía cruces cuando Policarpo se casó con Inés. ¿Qué viene, decían, buscando este hombre aquí? Se ve que no se ha enterado quien es Inés. ¿O viene buscando algo? ¿No será la libertad? O viene huyendo de algo. ¿No será de la tiranía?

Y así lo explicó Pedro Izquierdo natural de Montaña de Cardones y avecindado en Santa Brígida. Y, entonces,

todo el mundo descansó del largo suspense en que estaban sumergidos.

—Policarpo Estupifán viene huyendo de la terrible inquisición que su padre ejercía en su casa.

Pero ¿no habrá caído este pobre hombre en el otro extremo? Ha dejado Guatemala, pero ¿no habrá caído en Guatepeor?

7

Inés recibía muy pocas visitas. Tenía, como hemos dicho muy pocas relaciones en el pueblo. Vivía encerrada en su concha, y muy pocas personas se atrevían a pasar el zaguán de su casa.

Una tarde llegó Policarpo de su diario paseo por la finca. Se encontraba algo aburrido y se dijo:

—Me retiraré a casa y me sentaré en la butaca a leer una revista.

Al penetrar cancela adentro oyó una conversación muy animada. Alguien había venido y estaba conversando con Inés. Las voces de ésta eran muchas y muy elevadas. Inés solía hablar muy alto. Entra Policarpo y se encuentra con D.^a Francisca la esposa del Secretario del Ayuntamiento.

—Mira, Policarpo, te presento a la señora del Secretario del Ayuntamiento.

La saludó y se conversó de todo, incluso del tiempo.

—¿Qué? ¿Se amaña usted en Santa Brígida?

—Sí, señora. Me encuentro muy bien. No echo de menos mi tierra. Aquí se vive muy bien.

—Eso mismo decía yo cuando llegué. Ahora no puedo decir lo mismo. Ya le he dicho a mi marido que tiene que pedir traslado cuanto antes. Este es un pueblo muy chico y se ocupan mucho unos de otros.

—A mí me tienen sin cuidado lo que digan o puedan decir las gentes— respondió Policarpo.

—Pues, sí señor. Hablan, hablan bastante de ustedes, como hablan de mí. No les gustan los extraños, a los que llaman advenedizos. No parecen sino que forman un clan impenetrable estos pueblos.

Y siguieron un buen rato ocupándose de los naturales de la Vega de Santa Brígida.

Al marcharse esta buena señora y quedarse solo el matrimonio, Inés le dijo a Policarpo:

—Yo no sé por qué ha venido hoy aquí esta ave de mal agüero. ¿Qué quiere? Jamás la he saludado ni la he convidado con mi casa. ¿Cómo se atrevió a visitarnos?

—Mira, Inés, hay que vivir en sociedad. No podemos vivir aislados, como buhos. Lo que sí lamento es tus maneras de recibir una visita, sobre todo, de estas visitas que son lo mejorcito del pueblo. ¿Crees tú que se habla así como tú hablas, dando voces y gritos como una salvaje? ¿Quién te enseñó a hablar tan alto? Yo sé que estarías algo nerviosilla por lo insólito de la visita; pero, hija, se te oía de la calle. Yo me pregunté: ¿qué es lo que le pasa a Inés con esos gritos?

—Exageras, Policarpo. Yo no hablaba tan alto.

—Además, niña. Veo que careces de cierta culturita elemental. Lisboa no está en España, sino que es la capital de Portugal. Ni Almendralejo, tierra de donde procede D.^a Eufrasia, la mujer del Secretario, es de la provincia de Bilbao. Ni se dice *arrempujar*, sino empujar. Tampoco se dice *cualo*, sino cual. ¿Estuviste en la escuela, Inés? Creo que no.

—No pensaba yo que eras tan fino. Claro, ya me has dicho que eres Bachiller Elemental. Yo apenas estuve en la escuela unos meses. Mis padres, como era hija única, creyeron que mi única carrera era casarme. Ahora lo lamento y veo cuánta falta me hace cierta cultura para vivir en sociedad. Procuraré no tener visitas y menos de personas extrañas, que todas son finicuras.

Inés se levantó de mal humor, y Policarpo se quedó tendido en su butaca mirando hacia el techo de la habitación.

Policarpo meditaba y meditaba hondamente.

—Ya me lo explico todo —decía—. Me he casado con una analfabeta. ¡Pobre de mí! Huyendo de una cárcel he caído en una trampa terrible. ¿Qué será de mí junto a una mujer ignorante e insociable todos los días de mi vida? ¡Única y rica! Sí, y que no tuvo pretendientes en su pueblo y a su alrededor. Por eso. Porque tenía atractivos físicos, pero no morales. Cuantos conversaban una vez con ella huyeron del abismo de su ignorancia y de su natural rudeza. Tonto de mí, qué ciego estaba. No haber advertido esto. ¿Estaba yo en Babia? ¿No me di cuenta de que esta muchacha, al no tener pretendientes en su pueblo, era porque tenía defectos muy graves?

¡Dios mío, qué calvario! ¿De qué puedo yo hablar junto a esta mujer? Cuando leamos el periódico o oigamos la radio o veamos la televisión, ¿qué comentarios puedo yo hacer con mi esposa? ¡Han matado al senador Kennedy, Inés. —Sí, eso he oído. ¿De dónde era ese senador? ¿De Francia? —No, mujer. Era americano. —¿De Argentina o de Cuba? —¡Qué disparate! De Norteamérica. —¿Era buena persona? —Creo que sí.

—Por Dios, qué suplicio vivir con una analfabeta toda la vida. Si se pudiera explicar así, me explicaría yo las causas del divorcio. Estos esposos viven en planos distintos. Ella en la ignorancia y papanatería, yo entre gentes civilizadas.

Cuando Policarpo llega a esta conclusión, entra Casilda, la sirvienta y le dice:

—Señorito, la cena está servida. Cuando usted guste.

—Seguramente esta chica de la Atalaya es más culta y más tratable que mi esposa D.^a Inés.

Policarpo, poco a poco, iba adquiriendo amistades y ambiente en la buena sociedad de Santa Brígida. ¿Cómo

pasaba el día? ¿En qué se entretenía? No frecuentaba tabernas. No asistía a tertulias, donde él creía que se le consideraba como un arrivista o, al menos, como un extraño o advenedizo.

Y, en efecto, los rumores que hasta él llegaban eran esos.

—¿Qué viene buscando este costero de Arucas a las Vegas?— decían.

Policarpo salía después del desayuno y no llegaba a su casa hasta la hora del almuerzo. No se detenía en el pueblo, del cual salía por los lugares menos frecuentados. Llegaba a su finca, donde se entretenía, muchas de las veces, solamente hablando con Nicolás. Nicolás le enteraba de todo. De los propietarios principales, de sus fincas, de sus cuadras de vacas. De los frutos que en el pueblo se producían, ganancias, pérdidas. De todo lo referente a la labranza.

—¿Dan resultado aquí las fincas, cuando no se producen sino frutos ordinarios?

—Muy poco, señor. El maíz casi no se cultiva ya. La gente prefiere comprarlo en el almacén. Además del agua que exige, necesita abonos, personal para recolectarlo y almacenarlo. Aquí, se puede decir que el fruto que más produce son las papas. Se siembra algún trozo de millo para forraje del ganado.

En esto, cuando más animada estaba la conversación, entre D. Policarpo y Nicolás, asoma por el camino Don Dámaso Núñez.

—Aquí tiene usted —le dice Nicolás a su amo— al mejor y más entendido agricultor de Santa Brígida.

D. Dámaso lindaba con la finca de Policarpo. Y, al llegar, le dice Policarpo a D. Dámaso:

—Hablando, D. Dámaso, del provecho o de los provechos de la agricultura en este pueblo.

—¡Los provechos! Cada vez son menos, señor. Quien conoció antes a Santa Brígida y la conoce hoy se queda asombrado. La agricultura de este pueblo, D. Policarpo, es una desolación.

—¿Causas?

—Las cosas, desde mucho atrás, han venido rodando así. Se suele hablar de la falta de aguas. Sí, señor. El agua escasea; pero no es la causa total del desastre. Los productos agrícolas están muy depreciados. ¿Cuál es su valor hoy? Apenas valen algo las papas y las verduras. La leche no paga el pienso de los animales. Ustedes en la costa, tienen los plátanos que aún se cotizan muy bien. ¿Pero aquí? Aquí se venden unos kilos de papas y verduras. Tiene algún valor la leche Pero nada más. La finca que tiene algunos trabajadores, apenas hace para pagarlos. Y ¿qué dejamos para abonos, para agua, y otros gastos?

—Me han dicho que los trabajadores escasean.

—Ese es otro problema de la agricultura. Los trabajadores han preferido irse a los trabajos de la construcción. Aquí apenas queda nadie. ¿Quién puede competir en salarios con los maestros y encargados de la construcción de casas? Y en cambio en la agricultura, aún el salario mínimo, es mucho. ¿De dónde puede el agricultor sacar esos salarios tan elevados?

—¿Porvenir de los campos?

—Muy incierto y muy sombrío. Poco a poco sus pobladores lo van abandonando todo. Sin agua que Dios hace años que no manda, sin trabajadores que los labren y benefician, los campos se van convirtiendo en un desierto. Los establos que antes albergaban las mejores reses de la Isla, se ven hoy vacíos. Los árboles, que antes con sus sabrosos frutos abastecían los mercados, al no lloverles en invierno carecen de savia y poco a poco van desapareciendo. Como usted ve, el panorama es bastante sombrío para los campos. Y usted, D. Policarpo, ¿cómo se halla en su nueva patria?

—Hasta la fecha bien. Aún me estoy ambientando en las costumbres de aquí. Aquí las cosas son muy distintas de Arucas.

—Este clima es más frío que el de Arucas, pero creo

que es más sano. Se duerme mejor y, aunque la gente parece hurafía y reservona, es buena y considerada con los extraños.

En esto llegaron al comienzo del pueblo y se hicieron mutuos ofrecimientos.

Cuando Policarpo penetró en su calle oyó hablar alto a su señora y asomó las narices al callejón que separa su casa de las casas vecinas y vió...

¿Qué vió Policarpo? Vió a Inés, a su adorada Inés, asomada a una ventana y a un caballero, con la boca llena de risa, conversando con ella.

Dió media vuelta y penetró en el zaguán de su casa lleno de terror y de vergüenza.

—¿Esas tenemos, Inés? —dijo para sí—. De manera que esta mujer pasa la tarde en animado coloquio con otro hombre. ¿Quién es este hombre? ¿Cómo se atreve a platicar así, tan bonitamente con una mujer casada? Nos sentaremos y esperaremos a que Inés nos dé sus excusas y nos justifique la escena.

Pero Inés, cuando le pareció, cerró la ventana y entró en la casa, yendo directamente a la cocina, donde se hallaba la sirvienta, sin decirle a su marido una palabra. Ni aún saludarle por haber llegado de la calle.

—Esta mujercita es una mula— se dijo para sí Policarpo.

9

Aquella noche guardaban silencio los esposos. Policarpo entró en el *hall* de la casa. Encendió la luz y se puso a leer el periódico por segunda vez. El ya lo había leído después del almuerzo; pero como no tenía otra cosa a mano...

Inés entró en la cocina. Preparó la cena. Arregló el comedor en silencio; pero se le notaba por el gesto y por los pasos que daba, que estaba muy nerviosa.

Policarpo decía para sí: ¿Qué le pasará a esta mujer? Cuando Inés tenía todo preparado, dijo:

—A la mesa.

Policarpo dejó el periódico sobre la mesa del hall, y el sombrero y la chaqueta en la percha, entró en el comedor y se sentó en su lugar habitual. El silencio continuaba. Nadie osaba romperlo. —Pero si yo no le he dicho nada —decía Policarpo para sí—. ¿Por qué, entonces, está así? Se ve que su conciencia no está tranquila.

Y así se llegó al final de la comida. Policarpo vuelve a su asiento del hall e Inés levanta la mesa.

Pero Inés ya estaba cansada. No podía más. Y cuando vuelve de la cocina y al pasar delante de su marido, comienza a llorar y dar suspiros.

—¿Qué te pasa Inés? ¿Por qué lloras?— le dice Policarpo.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Te atreves tú a preguntármelo?

—¿Es que yo lo sé? Yo no te he dicho nada.

—¿Y esa cara de hereje que me has puesto cuando entré?

—Es que no me parece bien que una mujer casada pase la tarde hablando por la ventana con otro hombre. ¿Te parece bien esto?

—Claro, tú lo que quieres es que me pudra aquí, dentro de esta casa, sin tener aire ni sol. ¿Por qué no me cierras las ventanas y me trancas la puerta? Encerrada como una esclava. ¡Qué crueles sois los hombres y qué celosos! Y luego hablan de las moras.

—Tú sabes que eso no está bien. Una señora de tu categoría en Santa Brígida no puede estar asomada toda una tarde en la ventana conversando con un hombre, y más en el estado en que tú estás. ¿No tienes nada que preparar para el hijo que esperas dentro de poco?

—Lo tengo todo preparado y lo que me falta tendré tiempo de hacerlo. Se trata, Policarpo, de un señor de Las Palmas que yo conozco antes de conocerte a ti. Salíó

de su casa, me vió en la ventana y me saludó. Luego le pregunté por su familia y la conversación se enredó. Yo no lo iba a despedir así, así. A secas. Eso es todo. ¡Qué egoistas sois los hombres! Yo y nada más que yo que soy el dueño de esta plaza. Ni corresponder a los buenos modos, ni a las buenas reglas sociales.

—Mira, Inés, aquí llueve sobre mojado. No es la primera vez que en esta semana hablas con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo me he enterado. A ese señor le gusta el palique y a ti, por lo tanto, te agrada su figura y conversación. Procura desprenderte de esta amistad, antes que las cosas se pongan serias. No estropees mi felicidad y porvenir.

* * *

D. Leopoldo Ibáñez —así se llamaba el señor que tanto entretenía a Inés— era natural de Las Palmas. Hacía ya varios años que venía a Santa Brígida a veranear. Era solo. Soltero. Muy tenorio y de una figura muy atractiva y muy festiva. D. Leopoldo se había propuesto pasarlo bien. Siempre tenía en la boca el piropo para la mujer, cualquiera, soltera o casada, que a su lado pasara. Siempre la mirada suave y atrayente para cuantos con él se relacionaban. Era un tipo verde y un habilidoso conquistador.

Desde el momento que D. Leopoldo llegaba al pueblo, los maridos se ponían a temblar, los padres de las jóvenes casaderas pasaban muy malos ratos.

Vivía en una casa frente a la de Inés, y ésta no era insensible a sus buenas dotes de conquistador. D. Leopoldo no se cansaba de mirar y acechar a Inés tras los visillos de las ventanas. Por su parte, Inés acechaba las salidas y entradas de D. Leopoldo. ¿Caería Inés en sus redes? Eso pretendía el tenorio veraneante, que cada día

se cambiaba de traje dos veces. Las mujeres lo habían advertido, y, al verlo salir a la calle, se preguntaban:

—¿Qué traje lleva hoy D. Leopoldo? ¿El verde o el canelo?

Y D. Leopoldo caminaba recto como un huso por la acera, con una flor en la solapa y dándole vueltas a un ligero bastón. Y el rostro siempre sonriente. Decía adiós a todos y cuando una señorita se acercaba le cedía la acera a varios metros de distancia.

De esta manera D. Leopoldo llegó a ser el hombre más popular de Santa Brígida.

Como vivía junto a la casa de Policarpo, alguien con la mejor buena intención le advirtió a éste el peligro que corría. Además, Inés antes de casarse había sufrido muchos asedios del tenorio. Y, como por esos pluebsos se habla tanto, llegó a correr el rumor de que alguna noche había penetrado en la casa de Inés. Rumores, nada más. Pero eran imaginaciones de gentes mal pensadas. Tanto es así que cuando Inés quedó encinta, alguien, con lengua malévola, llegó a decir que no era de Policarpo sino de D. Leopoldo.

Dios nos libre de la lengua de estos pueblos pequeños.

* * *

La madre de Inés siempre estaba a la guerra con ella por estas relaciones de Inés con D. Leopoldo. Inés era muy ventanera. Siempre que tenía un rato libre se iba a la ventana.

—¿Dónde está Inés? preguntaba el padre.

—¿Dónde ha de estar? En la ventana.

La ventana era para Inés una enfermedad. Allí hablaba con las personas que pasaban por la calle. Ella llevaba el control de toda la gente que entraba y salía del Ayuntamiento o se dirigía a la Iglesia. Con frecuencia preguntaba a los transeuntes a donde se dirigían o los quehaceres que entre manos traían.

Es natural que cuando el turista D. Leopoldo cruzara por la calle inclinara la cabeza bien peinada y perfumada a Inés. Al principio casi no le hacía caso; pero después vino la sonrisa y el doblar el cuerpo hasta la cintura. A Inés se le hacía la boca agua y se relamía de gusto por conversar con persona tan fina.

Los padres de Inés no consiguieron nada de ella en este sentido. ¿Lo conseguiría ahora Policarpo?

10

Aquella tarde de domingo las campanas de la Iglesia de Santa Brígida sonaron mucho. Y sonaban alegres. Y sus sonidos eran intermitentes. ¿Por qué sonaban así las campanas de la Iglesia de Santa Brígida? No sé si el lector conoce este bello templo, y la bella y esbelta torre donde suenan las campanas.

¡Ay, con qué emoción se oyen a veces las campanas, que reflejan también en su tañer todas las emociones de sus habitantes!

Buenos campaneros tienen las campanas de la torre de la Iglesia de Santa Brígida. Ya lloran, ya ríen. A veces hasta son carcajadas que alegran los corazones de estas hermosas Vegas.

—¿Por qué suenan las campanas esta tarde?— preguntan algunos.

—Muy sencillito. ¿No lo oyés? Se trata de un bautizo.

—¿De quién?

—De la hija de D. Policarpo Estupifián y de D.^a Inés González.

—¡Pobre niña!

—¿La compadeces?

—Sí, porque viene a la vida. Y la vida, ya lo sabes tú, la vida es dolor y sufrimiento.

—Filósofo estás, Sempronio.

En efecto, la niña nació para amanecer del domingo anterior. Y nació riendo y dando pataditas. ¡Hermosura de niña! Que parece que vino al mundo con una misión: la de reír y no de llorar, como decía nuestro filósofo Sempronio.

Con este motivo los disgustos entre Policarpo e Inés tuvieron un buen armisticio.

—¿A quién se parece, Policarpo?

—En eso estoy pensando, Inés. ¿Se parece a ti? ¡Esas orejitas! Como las tuyas. ¿Y los ojos pardos? El mismo color de los tuyos. ¿Y el cabello? ¿Y los labios? ¿Y las manecitas de coral?

—Y yo, cuando ríe, creo ver tus labios. Sí, Poli. Esa expresión del rostro es la misma tuya. ¿Qué nombre le ponemos? A ver si encontramos un nombre bonito.

—¿Cuál le cayó en el Calendario? Ayer fué día de San Antonio.

—¡Ay, no! Ese nombre para una niña es nombre vulgar.

—¿A ti te gusta el nombre de Antonia?

—No. ¡Qué va! Pongámosle un nombre raro.

—¿Te parece bien el nombre de Micaela?

—¡Jesús, por Dios! ¿De dónde te ha salido?

—¿Y el de Flora?

—¡Qué horror!

—Dejemos, por ahora, el nombre. Vayamos al padrino. ¿A quién convidamos?

—¿Se lo dirás a tus padres?

—Desde luego. ¿Qué te parece si viene mi madre de Montaña de Cardones? ¡Quiero tanto a mi madre! ¡Se portó tan bien conmigo! Oye, se me está ocurriendo una idea. Mi madre se llama Marcela. ¿Por qué no le damos a la niña el nombre de Marcela? Mi madre se llevará una gran alegría.

—¡Marcela! ¡Marcela! Un nombre raro es; pero no es tan bonito que digamos.

—Sí. Estamos ya cansados de las Pepas y las Antonias, las Tomasas y las Elsas...

Y aquella tarde de domingo salió D.^a Marcela de la casa número 9 de la calle Castelar muy ufana con su nieta en los brazos hacia el próximo templo parroquial, donde les esperaba ya el Párroco para verificar la ceremonia del bautismo.

—¿Qué nombre le van a imponer a la neófito?— preguntó el Sr. Cura.

Y a la vez la abuela y el padre respondieron:

—Marcela, Sr. Cura.

—Marcela, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Marcela no lloró al derramar agua fría sobre su cabecita. Y hasta rió cuando los granitos de sal entraron en sus labios.

D.^a Marcela regaló a su ahijada un gran medallón con la figura de la Inmaculada, que ella había heredado de su bisabuela. Inés lo recibió, en nombre de su hijita, muy complacida.

Y las campanas de la torre de la iglesia de Santa Brígida seguían tañendo sus alegres sonidos.

11

D.^a Marcela, la madre de Policarpo, pasó unos días en Santa Brígida.

—¡Qué costumbres tan distintas, Policarpo! Tan distintas de las nuestras. No sé cómo te amañas aquí. Y por otra parte...

—¿Qué, madre?

—Mira, no sé si decírtelo. Creo que tu mujer está algo recelosa conmigo. No lleva mucho gusto con mi presencia.

—¿Cómo lo has notado?

—Es que me pone cada cara... Creo, Dios me lo perdona, que hasta me hace hocicones. Desde luego, reírse

conmigo, nunca. Cuando hablamos de la niña parece que lo hace forzada. A donde quiera que voy manda detrás la sirvienta para expiar todo mis pasos. Yo, hijo, me siento incómoda en tu casa. Me voy.

—A lo mejor son suspicacias tuyas, madre. Disculpa las cosas y los gestos de Inés. Es una mujer rara. Sin cultura, sin educación alguna. No sabe disimular. Dice cada disparate... Ya ves, madre, la cruz que tengo que llevar toda la vida.

—Y Dios quiera que no se llegue a más.

—Madre, ¿a qué aludes?

—Creo que te lo imaginas. Ha habido una señora que me ha revelado un secreto. Un secreto...

—Ya sé. ¿Las relaciones de Inés con D. Leopoldo?

—Sí, hijo. Eso es gravísimo. A ver si ahora con la niña Marcela las cosas tienen remedio.

—Así lo creo. La niña es un cielo y creo que nos traerá la felicidad que hasta ahora nos ha faltado.

Y D.^a Marcela, al día siguiente, tomó rumbo hacia Montaña de Cardones, con el corazón oprimido. Sabía la tragedia que dejaba atrás. Las cosas no marchaban bien en casa de Policarpo. ¡Qué hijo más desgraciado! —decía—. Huyó de Montaña de Cardones por el temperamento del padre. Pero ha caído aquí en algo peor.

—Atiende bien a la niña, Casilda. No te descuides con ella.

Fueron las últimas palabras de D.^a Marcela al subir al coche.

—La niña es muy noble, señora. Como le den de comer, está siempre tranquila. Espero que no nos dará nada que hacer.

* * *

Inés tuvo mucha suerte. Encontró una sirvienta ideal. ¿De dónde era Casilda? De la Atalaya de donde son casi todas las sirvientas que en Santa Brígida trabajan.

Un día a poco de casarse, le dijo Inés a su marido:

—Policarpo, me siento muy cansada. Tengo el lavado pagado, pero nuestra casa es grande. Para tenerla limpia hay que moverse mucho. La comida me lleva también mucho trabajo. ¿Por qué no colocamos una muchacha que me lleve el peso de la casa? Nosotros tenemos con qué pagarla. ¿Quieres?

—¿Por qué no?

—Pues vamos esta tarde de paseo a la Atalaya, que allí suele haber buenas sirvientas. Y de camino conoces el panorama típico de la Atalaya.

Ya allí, se les ofreció a la vista un paisaje original y muy pintoresco.

Unas laderas llenas de agujeros y cuevas donde vivía una nutrida población. Se les oía hablar alto y las voces de las gentes tenían ecos lejanos. Los animales —ovejas, cabras, perros, gallinas, palomas— pululaban por todas partes.

Cuando Policarpo e Inés recorrían aquellos lugares, un enjambre de chiquillos les seguían, vestidos de andrajos, caras sucias y dando silbidos y gritos, como animales.

—¿Qué te parece, Poli?

—Algo insólito y terrible. hija.

Llegaron a una de las tiendas, e Inés preguntó por una sirvienta. Y la tendera les dijo:

—Puede que *haiga* alguna. Rosendo, ve y dile a tu hermana que suba aquí. Anda. Ve en seguida.

El chico se fué corriendo y a poco llegó acompañado de una muchachota doblada, rolliza y de ojos grandes.

—¿Usted me llamaba, Paquita?

—Sí, por si te quieres colocar con estos señores.

—¿De dónde son?

—De Santa Brígida.

—¿Hay mucho trabajo?

—Creo que no.

—Porque yo estuve en una casa donde le sacaban a

una hasta el cuero. Y me pagaban poco. Y me daban mal de comer. Y me soltaban muy tarde para venir de noche a la Atalaya. Así no me coloco yo.

—¿Sabes trabajar bien en la casa? ¿Lavar pisos? ¿Sacudir el polvo? ¿Ayudar en la cocina?

—Creo que sí.

—Pues vente con nosotros y te pagamos dos mil pesetas.

—¡Dos mil pesetas! ¿Son ustedes americanos?

—No. Somos españoles; pero queremos que estés contenta en nuestra casa y mires por ella.

Y Casilda apareció en la casa de D.^a Inés al día siguiente a las 9 de la mañana.

Resultó ser una chica excelente. Callada. Trabajadora y muy limpia para la casa.

Cuando nació Marcela, creyó Inés que Casilda, aumentado su trabajo, acusaría un poco de malestar. Pero se engañó. A Casilda le gustaban mucho los niños y pronto le tomó a la pequeña mucho cariño. Casilda recabó para sí la tarea de atender a la niña.

Una tarde estaba ya preparada para irse a la Atalaya y Marcela no se cansaba de llorar.

—Lo siento mucho, señorita. Pero tengo que dejarla sola esta tarde con la niña. Lo siento mucho; pero tengo que irme.

Es que aquella tarde Casilda iría acompañada para la Atalaya. Hacía rato que le esperaba su novio.

Al llegar a esta altura de nuestra historia, uno de los cronistas que para la misma utilizamos parece que nos pregunta: Y ¿cuándo vas a contar a tus hipotéticos lectores la biografía de D. Dámaso Núñez? Es una biografía llena de interés. Merece la pena de abordarla ya. Y to-

mando el consejo del cronista, vamos a abordarla, para demostrar cuanto antes que nuestra Villa tiene también sus prohombres.

Es una historia sumamente ejemplar.



El padre de D. Dámaso tenía una tiendecita de comestibles en la calle de Iriarte. Al padre de D. Dámaso se le veía, con frecuencia, caballero en un mulo, de finca en finca, comprando verduras y hortalizas para él revender en su tienda. ¡Cómo discutía Dámaso —que así se llamaba también— el precio de las hortalizas! Los labradores, en vista de ello, le recibían con algún malhumor.

—¿Cómo pagas hoy las verduras, Dámaso?— le decían.

Y Dámaso bajaba del mulo y después de discutir el precio de las legumbres, o de las habichuelas, las pagaba y las metía en un saco que preparado traía.

Otras veces el labrador de turno prefería no vender sus frutos tan baratos y Dámaso se iba con viento fresco, y entonando una cancioncilla que le permitiera desahogar su mal humor.

El pequeño Dámaso, que más tarde llegó a ser Don Dámaso Núñez era hijo único del viejo Dámaso y de Carmen la Piojosa. Dámaso se crió así. En la tienda con la madre y en la calle dando patadas a las tapas de botellas de agua mineral que encontraba a su paso.

A Carmen la llamaban *La Piojosa*, porque tenía siempre una de las manos en la cabeza, no se sabe si buscando ciertos animalitos que en ella tenían su asiento. Aún en el mismo momento de pesar la mercancía, la mano de Carmen buscaba algo en medio de la pelambre. Y, por eso, muchos clientes perdieron de ir a la tienda de Dámaso, a pesar de que sus hortalizas eran bastantes frescas. Las había traído Dámaso el día anterior en su mulo.

Damasillo, el chico fué creciendo. Y crecía a ojos vista, hasta que se hizo un mozo fuerte y rollizo.

—¿No vas a la escuela, hijo?— le decía su madre.

—¿Para qué voy? A lo mejor el maestro no viene hoy.

—¡Si está ahí! Si lo vi yo pasar hace un rato por delante de la tienda.

—¡Ah!, ¿estuvo aquí en el pueblo? Ese vino a beber. Hoy ya está borracho.

—¿Qué dices, Dámaso? El maestro no se emborracha. Vosotros sois unos tunantes. Decís que el maestro está borracho para quedaros por ahí cazando moscas. Anda, vete a la escuela.

Pero Dámaso se cambiaba de calle y pocas veces visitaba la escuela.

Así que fué mayor comenzó en Dámaso la reflexión.

—¿Qué hago yo? Soy un hombre inútil. No tengo una peseta que gastar. Ni mis padres me la pueden dar. ¿Voy a seguir así siempre? Y si me encuentro una novia ¿qué le digo? ¿Le puedo ofrecer algo? Nada. Hay que pensar en el porvenir.

Un día se juntó con otros muchachos de la misma edad y profesión suya. Y se habló de las muchas personas que emigraban a Venezuela.

—¿Vámonos también nosotros? —decía uno—. Allá dicen que hay muy buenos negocios. A lo mejor en poco tiempo nos hacemos ricos.

—¿Qué negocios podemos emprender nosotros? —decía otro—. Somos unos gandules. No sabemos hacer nada.

—¿Sabeis lo que estoy pensando? —dijo Dámaso—. Vamos a aprender algo de contabilidad. A darnos a la lectura y al estudio unos meses y luego nos marchamos. Limpios de toda cultura y medio analfabetos no hacemos allí nada.

Se adoptó por unanimidad esta propuesta. Estudiaban mucho. Y en poco tiempo se habilitaron para desempeñar un empleo.

Y un día, un domingo por cierto, ya no aparecieron estos tres muchachos por las calles de Santa Brígida. Se habían marchado la noche anterior para Venezuela.

* * *

Y un domingo también, diez años más tarde volvió a la Villa Dámaso Núñez, hecho todo un caballero. Hecho un D. Dámaso Núñez. Buen terno, buen reloj, buenas alhajas, modales finos y distinguidos y decían que también con muchos miles de bolívares en el banco. Sus padres había muerto ya. Ya el local de la tiendecita de verduras había sido ocupado por otras personas que no vendían verduras.

Dámaso Núñez ya no era Dámaso Núñez, sino D. Dámaso Núñez.

Pero aún nos queda que contar de nuestro personaje una de las facetas más interesantes: las peripecias de su matrimonio en Caracas.

* * *

Era D.^a Rosa una mujer brillante. Siempre lo había sido. Y así pudo encandilar a Dámaso. Era D.^a Rosa una buena venezolana, lo que ella tenía a mucho orgullo.

—Soy venezolana— repetía siempre con cara sonriente.

Pómulos salientes y sonrosados. Ojos grandes. Ojos negros y saltones. Cabello negro, brillante.

Su voz era sonora. Carácter dominante.

Dámaso la vio una noche de baile en el Club Español y se quedó apabullado. Es que Rosa, con su plena juventud, iba radiante.

Tipo alto. Elegante. Dominador.

¿Cómo se atrevió a acercárcele el joven canario? Porque Dámaso era algo timorato y cohibido. No se sabe. Sin duda se acercó sugestionado por los dos faros de sus ojos. Hipnotizado.

Rosa iba cargada de joyas que la luz del salón hacían fulgurar.

Después, a los pocos días, cuando el hechizo pasó, Dámaso se dió cuenta de que no era oro todo lo que brillaba.

Pero se regularizó el noviazgo.

En Dámaso no se perdió totalmente la emoción de los primeros flechazos en el Club Español.

Rosa seguía dominando en él.

Y por si faltara algo para el retrato de Rosa, diremos que Rosa era hija única. Rosa, sin embargo, no tenía muchos pretendientes en Caracas. Mejor, cuantos a ella se acercaban huían poco después, heridos de su espíritu vanidoso, soberbio y dominador.

Rosa era una bella sin atractivo.

¿Cómo perseveró Dámaso? No se sabe. Puede que en ello influyera su timidez nativa que creyó conveniente no perder los pasos ya dados. Rosa era hija única y rica. Tal vez influyera también la muerte de los padres de Rosa. ¿Cómo la podía dejar sola en estas circunstancias?

Rosa se quedó sola y sin tener quien le administrara los bienes, que eran bastante crecidos.

Al perder a sus padres Rosa recibió un golpe muy fuerte, que influyó poderosamente en su carácter. Ya no era la Rosa de antes. Se sintió sin ambiente triunfador. Perdió soberbia y vanidad. Se unió a Dámaso, perdiendo bastante personalidad.

Al fin, se casaron. Dieron a la boda la mayor sencillez. Y a los tres meses, le dijo un día Dámaso:

—Querida, tenemos que cambiar de clima. Tienes que dejar estos lugares, que te recuerdan muchas cosas. Me temo que vas a enfermar.

—¿Qué propones?

—Que nos vayamos a Canarias. Allí estarás más tranquila y serás más feliz.

—¿Feliz yo?

—¿Por qué no?

Dámaso arregló todos los asuntos en Caracas y con un buen capital se trasladaron a Canarias. Establecieron

su residencia habitual en Santa Brígida, en un hermoso chalet que construyeron en las afueras del casco de la Villa.

Dámaso, con el beneplácito de Rosa, compró una espaciosa finca en Los Olivos.

—Esa finca Dámaso ¿no te dará algunos dolores de cabeza?

—La agricultura, Rosa, ya sé que me producirá algunos dolores de cabeza. Pero es mi afición, es mi gusto. ¿En qué quieres que pase el tiempo? A mí me encantan las faenas agrícolas y quiero hacer de esta finca una finca modelo.

Y el lector habrá podido ver por las visitas que hemos hecho a la finca de Dámaso los excelentes frutos que en ella se cosechan. Construyó varios estanques. Mejoró notablemente los terrenos cultivados y los alrededores.

Por lo pronto pasaba el tiempo sin sentir y muy entretenido. ¿Qué más deseaba?

D.^a Rosa le había dado un solo hijo, a quien dieron el nombre de Luis. ¿Por qué no lo llamaron Dámaso como su padre? D.^a Rosa se opuso:

Con un Dámaso basta. Es un nombre esdrújulo, difícil de pronunciar.

Y Luis crecía lleno de mimos y en un ambiente de abundancia y de la satisfacción de sus padres.

Luis venía a tener la misma edad de Marcela.

Ya hemos visto la amistad tan grande de D. Dámaso y Policarpo, el padre de Marcela. ¿La compartían también las dos señoras Rosa e Inés?

Así lo pretendían ambos esposos; pero D.^a Rosa visitó a Inés dos o tres veces y notó que Inés era un caso.

Inés era una mujer semisalvaje, retraída, hurafía, casi analfabeta. No sabía tratar a nadie. Tenía temor de hablar por un terrible complejo de inferioridad que padecía. Sin cultura y personalidad. Imposible. D.^a Rosa vivía en un plan muy superior.

—No puede ser, querido —le dijo D.^a Rosa a su ma-

rido—. Yo no puedo estar ni un momento con una mula.

—¡Mujer!

—Sí. Una mula. Y estoy pensando que nuestro Luis, a lo mejor va a enamorarse de Marcela y no me gustaría.

—Pero Marcela es una chica guapa, educada y se presenta muy bien. Yo la he saludado varias veces y es estupenda. Tengo entendido que es la mejor alumna del Instituto.

—Todo lo que tú quieras; pero su mamá...

13

Inés notaba que su sirvienta cada día se presentaba en casa más tarde. Al comenzar las tareas diarias lo hacía muy desganada. Con mal humor y bastante distraída.

Cuando Marcelita se le acercaba no la acogía con cariño, como lo hacía antes. Era brusca.

—¿Qué le pasará a Casilda —se decía Inés— ¿Querrá marcharse y dejarme plantada?

Y así estuvo una temporada, hasta que un día Inés no pudo dominarse y le dijo:

—¿Qué le pasa a usted, Casilda, de poco tiempo a esta parte? La veo desganada, de mal humor. ¿Le ocurre algo?

—A mí nada, señorita. Es que en su casa hay mucho trabajo y paga tan poco...

—¿Que pagamos poco? Lo que usted nos pidió. ¿Cuánto quiere usted ganar?

—Yo... Yo...

—Dígalo. Pero no crea que mi casa es una casa de americanos.

—Ya que usted los nombra, le digo que el lunes entro yo a servir en una casa de norteamericanos, ganando tres mil pesetas.

—¡Ah, sí! Ya me lo explico todo.

Y Casilda se marchó el sábado de la casa de Inés, sin que le movieran a quedarse las buenas razones de la señora y del caballero o los llantos de Marcelita para que la sacara de paseo.

El problema del servicio doméstico se complicó mucho en Gran Canaria con la llegada de los extranjeros a la Isla. Las asistentas trabajaban en los hoteles y apartamentos con sueldos elevadísimos, imposibles de igualar o superar por la familia canaria. Además, en dichos servicios las mujeres gozaban de cierta autonomía. No tenían sobre ellas los ojos de las amas de casa. Se despachaban a su gusto. Imponían en la Caja de Ahorros cada mes bastantes pesetas.

¿Qué familia canaria llegó entonces a encontrar una sirvienta? Pocas, muy pocas.

Los sueldos dieron entonces un buen estirón. Las sirvientas ponían severas condiciones para entrar al servicio. Condiciones de comida, condiciones de confort. Soltura los domingos y días de fiesta.

Y hubo señora que prefirió hacérselo todo antes que admitir en su casa una tirana.

—¿Quién es el ama de esta casa, hija mía? ¿Soy yo o eres tú?— se les oía discutir a veces con la asistente.

En Santa Brígida existía el mismo problema que en otras partes. Las sirvientas de Santa Brígida procedían principalmente de la Atalaya, también venían de la Angostura y de la Calzada, de Pino Santo y aún de la Vega de Enmedio.

Inés estaba contenta con Casilda. Era cortita de manos. Pero durante el día lo atendía todo. Y, sobre todo, la niña Marcela, que ya era tan egoísta que la quería para ella sola. Esto fué lo que más sintió Inés. Que se le quedara Marcelita sin control alguno.

Policarpo sacaba a Marcela algún rato de paseo, principalmente a la Plaza de la Iglesia. Pero Policarpo por mucho que quisiera a su hija no podía convertirse en una nifera: ¡Cuántas veces llegó tarde a la finca, no pudo

asistir a la tertulia con sus amigos y renunció al paseo que tan bien le sentaba por quitarle de encima Marcela a su mujer!

Y, no obstante, Inés no estaba conforme con su ayuda.

—¿Te vas? Sí, vete. No me ayudes. Yo tengo que hacerlo todo. Limpieza. La comida. Atender la niña. Recibir visitas. Todo. Todo. Y tú conversando con tus amigos tan tranquilo. ¡Los hombres, los hombres, Dios mío! Y a las horas de la comida preguntan insaciables e incomprensivos: ¿Está ya la comida? Pero cualquier día tendrás que ir a la fonda, porque me declaro en huelga. Así. Que trabaje Rita.

Y, desde aquel día Policarpo se afanó por encontrar sirvienta, por todos los barrios de Santa Brígida. Pero con mala fortuna.

Un día se tropezó en una de las calles del pueblo con un hombre que vendía verduras de Pino Santo.

—Oiga —le dijo— usted es de Pino Santo, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Qué se le ofrece a su merced?

—¿No sabe usted de una mujer que se coloqu?

—¿Lo que usted procura es que le busque una criada?

—Sí, señor, y le doy una buena gratificación, si me la encuentra.

—Mire, señor. Eso es muy difícil. Las muchachas que allí había se han ido a la Ciudad a ganar buenos sueldos. O se han marchado con sus padres al Sur al empaquetado de tomates. O sus padres no las dejan salir de sus casas por miedo a la corrupción, que entre las muchachas de servicio suele haber en las ciudades. ¿Sabe usted?

—Sí, es cierto. Pero en mi casa miramos la sirvienta como una hija.

—Eso dicen todos, señor. Pero le puedo citar casos de muchachas buenas y hermosas, que al cabo de los años, llegan a su casa hechas una lástima. Más vale pasar hambre en la casa, que deshonrada en un palacio.

—Habla usted como un libro, amigo. Pero no se le olvide mi encarguito.

14

Aquella tarde Policarpo venía muy preocupado de la finca. Toda la tarde la había pasado discutiendo con Nicolás, el mayordomo, sobre la renovación de cultivos.

—¿Por qué esta finca no ha de rendir más? Hay que ensayar nuevos cultivos.

Pero Nicolás era un hombre muy cerrado de mollera. Muy apegado a la tradición y a lo antiguo. Era un rutinario.

Policarpo, en cambio, deseaba ensayar nuevos cultivos y nuevos procedimientos agrícolas.

—¿Se cree usted, señor, que está en Arucas? Allí es otro clima. Otro sol. Aquí estamos en las medianías. Haga el ensayo y verá como fracasa.

Y pensando en ello salió Policarpo de la finca aquella tarde. Y tan preocupado salió que no se dió cuenta de que un coche se le venía encima. Escapó de milagro. Tal vez tenga razón Nicolás —se decía—. Y pasó por medio de los guardias que se hallaban a la entrada del pueblo, sin saludarles ni darles las buenas tardes, como era su costumbre. Entró en su casa y encuentra silencio absoluto.

—¿No hay aquí nadie?— dijo.

—Sí. Estoy aquí yo— respondió Inés con voz quejumbrosa desde su dormitorio.

—¿Estás enferma? ¿Qué te pasa?

—Muchas cosas, hijo. Como tú eres huésped de la casa...

—Eso es lo que me faltaba. Estar aquí encerrado todo el día, por si a tí se te ofrece algo.

—No es eso. Es que tú te desprecupas mucho de mí. ¿No sabes que estoy sola, sin criada?

—Sí. Lo sé. Por cierto que me ha dicho Nicolás que

va a buscar una en Pino Santo. Como él es de allí puede que haga el milagro.

—Las chicas de Pino Santo son tan torpes...

—Al menos que saque a Marcela. Por cierto, ¿dónde está la niña?

—Ahí la ves, durmiendo.

—Marcela, aquí está papá, despierta.

Y Marcela se puso en pie. Corre hacia su padre quien la colmó de besos y mimos.

—¿Me llevas de paseo, papá?

Y Policarpo sale con Marcela hacia la plaza del pueblo delante de la Iglesia, donde a aquella hora hay muchos niños que corren, juegan y dan brincos. Un aire suave perfuma el ambiente. Un capirote ensaya sus suaves trinos. El señor Cura asoma a la puerta de su despacho y sonríe a los pequeños que corretean ya a pie o bien montados en ligeros carritos. Y la torre de la Iglesia se yergue vigilante sobre las Vegas con su elegante silueta.

Policarpo se sienta al borde de la plaza, en los asientos que la rodean. Al mismo tiempo que observa las idas y venidas de Marcela. También echa una ojeada a la depresión y barranquillo profundo que se extiende hasta Los Silos. Le llama la atención la fila de pozos, que abren sus bocas sedientas, pregonando el afán de aguas que este pueblo tiene y que no consigue por ninguna parte.

—¡Cuánto dinero —medita Policarpo— se invirtió en estos pozos y cuántas ilusiones fallidas caerían para siempre hacia el fondo sin fondo de los mismos.

Observa también las orillas de árboles frutales que rodean los cercados o cadenas y que tanta hermosura dan a los campos.

En esto oye llorar a la niña Marcela. Se levanta presuroso y acude en su favor.

—¿Qué te pasa, Marcelita?

—Aquél niño me castigó.

—¿Qué le hiciste tú?

—Lo empujé y cayó al suelo desde su coche. ¿Ves tú, si yo tuviera un coche...?

—Ya te compraré uno cuando seas mayorcita. Ea, no llores. Ven acá. Vamos a sentarnos un rato.

En este momento la mamá del niño del coche acude a dar explicaciones a Policarpo.

—Fué ella, señor. Su hija la que empujó a mi niño, porque pretendía que la dejara subir. Hay que ver el genio de esa niña. Y como Fernando no le dió el cochecito, le dió un empujón y le hizo volcar. Entonces Fernando se fué a donde ella estaba y le dió una bofetada.

—Mal, muy mal. Debieron avisarme.

—Así son los niños. Pero su hija, señor, va a ser toda una mujer. Tiene un carácter muy vivo. Había que verla. Le brillaban los ojos y entonces desarrolla una fuerza de una niña de ocho o diez años.

—Perdone, señora. Haré lo posible porque mi hija no vuelva a hacer lo que hizo.

—Créame, caballero, me gustaría tener una hija así. Esto demuestra que dentro de unos años tendrá usted aquí una real moza, dispuesta a hacer su voluntad y abrirse un buen camino para la vida.

Y el paseo se dió por terminado aquella tarde.

Policarpo entró en su casa aquella tarde con más optimismo que nunca.

15

Al salir del pueblo, por la carretera que conduce a la Angostura, y a su mano izquierda, se levanta el grupo escolar *García Escámez*, llamado así por haber sido construido durante el Movimiento Nacional por el general de este nombre, que entonces ostentaba la Jefatura del Mando Económico del Archipiélago Canario. Este grupo escolar tiene dos alas: una para escuelas de varones y otra



para escuelas de niñas. Carece esta construcción de elegancia y consistencia; pero en él tienen cabida y reciben enseñanza todos los niños del casco del pueblo.

La sección femenina tiene varias maestras. Y una de ellas es D.^a Mercedes Morales, persona diligente y enamorada de su profesión. A ella acudió Inés cuando entendió que era hora de matricular a su hija Marcela.

Su padre, Policarpo, creía que la niña no estaba todavía en edad escolar.

—Es muy pequeña, Inés. La niña es muy viva y muy inquieta, y la maestra, ya lo verás no se hace cargo de ella.

—Sé que es pequeña. Pero tiene una inteligencia superior a su edad y no quiero que después sea imposible dominarla. Aún tengo en los oídos lo que mi madre sufrió conmigo. Era una gandula cuando fui a la escuela y la maestra no podía conmigo.

—Y, claro, te expulsaron de la escuela y te quedaste como una burra. Todavía dices *haiga, arría, cuala* y otras lindezas por el estilo.

—¿Qué quieres? Me crié sin educación alguna. Sin tener quién me corrigiera esos disparates y ahora estoy muy madura para aprender y hacerme fina. Y lo he jurado: Mi hija no será así.

Y pocos días después se presentó a D.^a Mercedes para recomendarle a Marcelita.

—Hijita —le dijo a la niña muchas veces—. Tú serás pronto una mujer y quiero que seas una mujer lista, fina, despabilada. Irás como una niña mayor desde mañana a la escuela y aprenderás más que todas tus compañeras.

Marcela tenía mucho amor propio. Tenía unos instintos bastante desviados, pero pronto se corrigió.

D.^a Mercedes estudió despacio el carácter de la nueva discípula y le dijo a los padres que sus travesuras serían pronto corregidas, estimulando el carácter de independencia y otras inclinaciones de su amor propio. Ahí, pensó D.^a Mercedes, está el mérito del buen maestro. En

ir corrigiendo los malos instintos del niño y encauzar todas las energías hacia las buenas acciones. No es buen maestro el que castiga mucho, sino el que persuade al niño de su maldad y le inclina hacia el bien.

—Marcela, señora, —le decía una vez a su madre doña Inés— es un torrente. ¿Qué se saca con castigarla?

—Eso mismo le he dicho yo a su padre.

—Nada, nada. No se saca nada. Aguzar sus inclinaciones. Cultivar el resentimiento interior. La venganza. Hay que penetrar en su alma y conseguir atraerla hacia el bien.

Tal era la persona de D.^a Mercedes en Santa Brígida. La encarnación de la maestra modelo.

D.^a Mercedes, además, era muy popular. Entraba y salía en todas las casas del pueblo, con el cariño y la risa en todos los rostros. Donde había un pesar allí estaba D.^a Mercedes. Las chicas más díscolas terminaban adorándola.

Y es lo que ella decía: La misión del maestro no termina en la escuela. Está también en las calles y en las casas del pueblo. Hay que conocer a todos los habitantes y hablar con ellos. Aconsejarles y advertirles cuando la ocasión se ofrece. Reír con ellos y mirarles como seres dignos de nuestra amistad y amor.

Cuando D.^a Mercedes llegó al pueblo no tenía casa en que vivir. Vino a la fonda. Y alguien le preguntó:

—Pero, usted, ¿por qué no se marcha a Las Palmas cuando termina su clase? Total, trece kilómetros.

—No. No, señor. Yo no termino nunca mi clase. Yo quiero dar clase en este pueblo las 24 horas del día.

—Pero los niños...

—No. No. Yo doy clase también a los grandes. Y doy clase en la calle y en las casas. Con mi presencia nada más. No comprendo cómo hay maestros que están pendientes siempre de los coches de hora. Claro, tendrán otros quehaceres en la Ciudad. Yo creo que el maestro y el sacerdote deben vivir en el mismo pueblo. Han venido

a educar y dar ejemplo a chicos y grandes, y debemos estar todo el día en contacto con el pueblo.



Las niñas, discípulas de D.^a Mercedes, la seguían a todas partes. Cuando la veían por la calle se acercaban siempre a ella. Le preguntaban si se le ofrecía algo. La miraban con la misma confianza de una madre.

Y, por amor se conquistó también a Marcela, que no obstante sus pocos años, adelantaba enormemente en todas las asignaturas.

—¿No te lo dije, Policarpo? Marcela ya es otra niña. Ya no es lo inquieta y traviesa que era.

—Es cierto. Ese milagro lo ha hecho D.^a Mercedes.

16

—Ya llegó D. Leopoldo Ibáñez— le decía una vecina a otra.

—¿No sabes, Rita? Ya está ahí D. Leopoldo Ibáñez.

—¡Ay, si tú lo vieras! —decía una muchachita, muy peripuesta—. Viene este año más joven que el año pasado.

--Yo no sé, Josefita —decía otra—. ¿Se pintará la cara D. Leopoldo?

Para las mujeres de Santa Brigida la llegada de don Leopoldo Ibáñez era un acontecimiento. Tal el predicamento que entre ellas gozaba.

Y, en efecto, era verdad. No había más que salir a la calle a eso de las cuatro para ver la figura elegante, jovencísima de D. Leopoldo, que dándole vueltas a un bastón paseaba por la plazoleta delante de la Iglesia.

Un clavel reventón en el ojal de la chaqueta, sombrero de anchas alas en su peinada y perfumada cabeza, ojazos bribones y saltones, pómulos rojizos y sin una

arruga, sonrisa de juventud y satisfacción extendida por un rostro anfiado, andar lento, ojos inquisitivos que no perdían el caminar y deambular de jóvenes y semijóvenes que taconeaban por las aceras... Para él ver unas enaguas era encontrarse un tesoro. Le gustaban todas, y si eran jovencitas era su mayor satisfacción.

Las mujeres se sentían perseguidas por las miradas del tenorio. Y volvían con frecuencia la cabeza cuando salían del campo de visión, para contemplarle y reírse un poco. Porque la verdad, nadie, absolutamente nadie, tomaba en serio al viejuco. De aquí que sobre él, desde que salía de la casa en que vivía, hasta que volvía a entrar, todo el mundo lo seguía con la vista. Hasta que un día...

Había en Santa Brígida una moza fuerte y garrida. Vivía en la Cuesta de la Cochina. Esta moza se sintió mirada y expiada por D. Leopoldo. Este se ponía arriba, en el muro de la Plaza de la Iglesia y la veía salir de su casa todos los días. Y la veía bajar de nuevo después de haber efectuado sus compras en las distintas calles del pueblo. La moza era bien parecida y de buen tipo. Y estaba casada con Victorio Rodríguez. Rosenda —este era el nombre de la moza— y Victorio no habían tenido hijos. Vivían con cierta holgura del sueldo que Victorio ganaba.

Rosenda se vió perseguida por D. Leopoldo. Y don Leopoldo llegó a creerse que Rosenda accedía a sus miradas. Rosenda ciertamente coqueteaba, y hay quien dice que le correspondía las de D. Leopoldo. D. Leopoldo llegó a bajar y subir con frecuencia la Cuesta de la Cochina, deteniéndose junto a la casa de Rosenda. Había que ver como caminaba jadeante por la Cuesta el vejete de D. Leopoldo.

Alguien se lo comunicó al marido de Rosenda. Y hubo sus más y sus menos en el hogar.

—Sí, Victorio, es verdad que ese hombre me persigue por todas partes.

—Y tú lo consientes.

—No, eso no es verdad. Lo hago por coquetear y reirme.

—No me lo explico. Claro, tú quieres vengarte. Como no hemos tenido hijos...

—No es eso. Es el gusto que sentimos las mujeres por coquetear con los hombres.

—Pues yo te digo una cosa. Ese gusto tuyo tiene que desaparecer muy pronto y si no te muelo a palos.

—¿Sabes una cosa que se me está ocurriendo? A quien tienes que moler a palos va a ser a ese viejo verde que me persigue.

—Como yo lo coja a mano...

Pasó el tiempo. El pueblo todo estaba al cabo de las escenas de D. Leopoldo con Rosenda. Había muchos y muchas que desde la Plaza de la Iglesia contemplaban la Cuesta de la Cochina. Aquella tarde —¿esperaban algo?— en los bancos de la Plaza había más de cien personas. No se sabe como se corrió que Victorio había preparado una trampa a D. Leopoldo. Rosenda salió como otras tardes a sus compras del pueblo. Pero iba más preparada que nunca. Bien embadurnada, bien peinada, más risueña. Iba contoneándose como una reina. Miraba a una parte y otra. Caminaba despacio. D. Leopoldo la seguía a cierta distancia, y cuando llegó a la esquina de su casa, Rosenda se sentó en una piedra que allí había.

D. Leopoldo la saluda y ella corresponde con la cara llena de risa. Comienza el palique con euforia de parte y parte. Y cuando el flujo y reflujo de piropos estaba más animado, sale Victorio de la casa con un gajo de acebuché y le dice al galán:

—¿Qué hace usted aquí, sirvergüenza? ¿No sabe que ésta es una mujer casada? Fuera de aquí—. Y comienza una lluvia de palos sobre D. Leopoldo, lluvia que no pudo resistir y cayó en el suelo malherido.

El griterío y las risas de las gentes que desde arriba presenciaban el espectáculo fué clamoroso. Se oía desde todo el barranquillo de Los Silos.

D. Leopoldo entró en Santa Brígida molido y apaleado, víctima de unos amores intempestivos e impertinentes.

Hubo risas y comentarios muy sabrosos por largo tiempo.

Y no faltó quien le echara la culpa a la lagartona de Rosenda, que así embaucó al infeliz tenorio de D. Leopoldo, que, en más de quince días, no pudo salir de la casa.

17

Aquella noche se habían acostado tarde. La conversación era muy interesante. Policarpo e Inés hablaron largo y tendido sobre Marcela. Le darían estudios superiores. La niña prometía mucho. Si le daban carrera, ¿con qué recursos contaban? La finca daba poco, pero tenían unos ahorrillos y...

Al fin, el sueño los venció y se fueron a la cama.

Y, cuando vino el día, el matrimonio se hallaba completamente dormido.

—¿No sientes, Policarpo? —le dijo Inés—. Dan unos golpes muy fuertes en la puerta. Espera. Oye.

Y los golpes se repetían cada vez más intensos.

—¿Quién será ese animal?— dijo Policarpo.

Y medio dormido y casi sin vestir se asomó a la ventana.

—¿Quién?— dijo Policarpo, con voz de mal humor.

—Soy yo, D. Policarpo.

—¡Ah, eras tú, Nicolás? ¿Qué te pasa?

—Llego ahora de Pino Santo y le traigo aquí una sirvienta.

—Espera, hombre. Te abriré la puerta. Hoy nos hemos quedado dormidos.

Mientras el matrimonio se levanta y se viste, el día aparece esplendoroso sobre la torre de la Iglesia. Nicolás

se va a sus quehaceres y Catalina —así se llama la nueva sirvienta— se queda hablando con D.^a Inés. El trato quedó muy pronto cerrado. Nicolás tenía instrucciones sobre el sueldo y sus condiciones de trabajo.

—Lo que te dije, Policarpo. Estas sirvientas de Pino Santo son unas pobres mujeres. De muy pocas luces y algo burritas. Sin embargo, dicen que son muy buenas. Calladitas y obedientes.

—Pues, ¿qué quieres? ¿Que una colegiala te venga a servir? Por lo pronto ha entrado en casa a fuerza de golpes. ¡Este Nicolás! ¿Tú sabes lo que me dijo cuando le pregunté sobre sus buenas condiciones?

—Yo que la traje...

—Así que tengamos confianza en él.

Marcela salió para la escuela acompañando a su padre. Catalina fué con ellos para enterarse del camino.

—Yo sé, señora, donde queda el Colegio. Yo he trabajado en aquella finca y sé a donde van los niños a aprender a leer.

—Bien pero hoy vas con D. Policarpo para que veas donde la dejas.

Y Catalina, muy contenta por cierto, se pasó todo el día oyendo las instrucciones de su ama.

Catalina era una mujer alta, algo cuadrada, no mal parecida, que hablaba mucho. A veces mareaba. Con esa bondad e ingenuidad que ofrecen los campesinos canarios. A veces parecía torpe, pero otras se desenvolvía bien.

Cuando fué a buscar el pan, según las señas que Inés le había dado, se tropezó con otra muchacha de Pino Santo.

—¿Estás aquí, Catalina?

—Sí, aquí estoy colocada con una señora que la llaman Inés.

—Ya sé quien es. Ten cuidado, porque dicen que ahí dan leña a las criadas.

—A mí no me dan leña. ¿Soy yo acaso una burra? Cuando me traten mal me marchó. Se ve que no se te ha

quitado la maña cizañera. Siempre metiendo cizaña. La señora es muy buena y el caballero.

—Veremos.

Cuando Catalina llegó a casa le contó a su ama lo que le había dicho aquella muchacha de Pino Santo. Inés se echó a reír.

—Tú no hagas caso. La gente aquí es muy cizañera y quieren tenerte siempre en alarma.

Por la tarde, cuando se había acabado el trabajo, le dijo D.^a Inés:

—Ahora, si quieres, puedes salir un rato a ver el pueblo y coger un poco de aire. Te vienes a eso de las seis o seis y media.

Catalina se compuso y salió a la Plaza de la Iglesia. Allí encontró bastante gente y numerosos niños que jugaban y se divertían.

Al cabo de un rato vió cómo reía y se agolpaba la gente a la baranda que la Plaza rodea. ¿Qué pasaba en la Cuesta de la Cochina? La gente aumentaba sus risas y daba gritos. Se fija y ve cómo a eso de la mitad de la Cuesta y junto a la esquina de una casa, un hombre que daba palos a otro hasta hacerle caer al suelo. Cómo acuden otros y salvan al caído de los palos que sobre él llueven. Y lo levantan del suelo. Mientras esto ocurría una mujer, joven aún, reía históricamente y decía al de los palos:

—Déjalo, hombre. ¿Qué te ha hecho?

Al fin, el hombre caído es llevado por otros Cuesta arriba hasta una de las calles del pueblo.

Mientras tanto el grupo de curiosos siguió aumentando en la Plaza. Y hombres, mujeres y niños siguieron comentando el suceso bastante tiempo.

Catalina vino antes de las seis a casa. Contó a doña Inés lo que había visto. D.^a Inés se indignó, por lo que le había ocurrido a D. Leopoldo Ibáñez.

—Esto, Catalina, no ocurre sino en este pueblo bár-

baro de Santa Brígida. Si tú vieras, Catalina. Si tú vieras lo noble y lo caballero que es el señor Ibáñez...

—¿Al que le dieron la paliza?

—Sí. Vive aquí delante de casa. Es todo un caballero. Lleva corbata encarnada. Camina siempre con bastón. Echa miradas a las ventanas con aquellos ojos grandes que tiene que parten el corazón. Va despacio. Muy despacio por las calles. Se quita el sombrero para decir adiós hasta para los niños. ¡Pobre señor! No me llama la atención que un hombre celoso coja el palo; pero esas burlas de este pueblo zafio y bárbaro me crispan, hija. ¿De qué se ríen? Yo no puedo creer que el hombre estuviera enamorado de una mujer tan baja como la Rosenda. No, no lo puedo creer. Lo que creo es que ella le siguió y le dió alientos, con el fin de prepararle una trampa. ¡Sinvergüenza!

Cuando Inés llegaba en su perorata a este término entró Policarpo. Inés calló.

—¿Estás comentando el caso de la tarde? Así deben obrar con esos vejetes enamoradizos que se las echan de tenorios.

El silencio más absoluto se hizo en toda la casa.

18

¿Cuál es el verdadero significado de la torre de la Iglesia de Santa Brígida? ¿Por qué se halla siempre enhiesta, en verano y en invierno, de noche y de día, sobresaliendo sobre las casas y los árboles, al borde de una gran hondonada y siempre en comunicación vigilante con todos los barrios de la Villa? ¿Por qué no se oculta alguna vez? ¿Por qué no descansa nunca en su continuo e incesante trabajo?

¿No será la torre de la Iglesia de Santa Brígida algo así como el espíritu del Bien? ¿Algo así como el espíritu

de lo justo y de lo recto, que mira siempre hacia el cielo, avisando siempre en vigilia tensa a los hijos de estas Vegas?

Y por eso, cuando llega o se acerca el día grande de la Ascensión sus campanas repican alegres atrayendo hacia ellas las miradas de todos.

¡La Ascensión del Señor! Ese es el día grande de Santa Brígida. El día en que los niños se incorporan de una manera mística a la Iglesia. Es el día de la primera comunión de los niños de la Parroquia.

Marcela estaba muy contenta. Marcela se preparaba con otros niños para hacer su primera comunión. Y como lo sabía todo, como lo asimilaba fácilmente todo, su espíritu inquieto traía también inquietos a la maestra y al Párroco que llevaban a cabo las instrucciones.

¡Qué preguntas hacía Marcela! ¿Cómo se le podían ocurrir estas ideas a una niña de siete años? Todos estaban admirados.

Marcela era muy inquieta. Le hervía la sangre. Se levantaba de su asiento con mucha frecuencia.

—Siéntate, Marcelita. ¿Por qué estás siempre de pie, molestando a tus compañera?— le decía la maestra doña Mercedes.

El día de la primera comunión era un día de mucha fiesta y de mucha preocupación en la Villa. Y ¿por qué era esta preocupación en todas las familias del pueblo?

Por el atuendo y el vestido de los niños. De año a año se estaba pensando en los vestidos de primera comunión. ¿Cómo ser más original? ¿Cómo sorprender a los demás? ¿Qué modistas los confeccionaban? ¿Qué simbolismo le sugerían? ¿Cuál sería el más hermoso y el más perfecto?

Y era también la preocupación de D. José. D. José era el párroco de la Villa. D. José era un ancianito de cabellos blancos, ojos vivarachos, sotana raída que había visto nacer a la mayoría de sus feligreses. Era un santo varón.

D. José era un santo y como tal le veneraban en la Parroquia. Su prestigio en el pueblo era muy grande.

Y el domingo anterior y los domingos anteriores lo dijo muy claro:

—Hijos míos, no convirtais la primera comunión de vuestros hijos en una fiesta profana. Nada de lujos. Sencillez y pureza. Eso es lo que le gusta al Señor. Nada de banquetes y fiestas profanas. Jesús viene el día de su Ascensión sonriente a vuestros hogares. Tan sencillo, tan bueno, tan alegre. El día de vuestra primera comunión es ciertamente un día de alegría; pero que no sea también de lujos y frivolidades.

Y D. José lloró aquel día ante el pueblo.

Alguno del pueblo le preguntó la tarde de aquel domingo:

—¿Por qué lloró hoy en la Misa, D. José?

—Porque sé que no me vais a hacer caso.

—¿Es bonito mi traje, mamá?— le dijo Marcela a su madre.

—Muy bonito y sobre todo muy sencillo. ¿No oíste lo que dijo D. José? Tu traje será el más original. Llamará la atención por lo sencillo y natural.

Y llegó el día. El día grande. La Iglesia rebosaba de padres y niños de primera comunión. La plática del Párroco conmovía por lo sencilla y emotiva. Conmovía porque las palabras le salían del corazón. El público se hallaba sugestionado.

Quien hablaba no era D. José. Quien hablaba era el mismo Jesús que se daba en comida y bebida a los niños.

—¿Le gustó la fiesta, D. José?— le preguntaron al venerable Párroco, de cabellos blancos, cara rojiza y sotana raída, días más tarde.

—No, hijo, no me gustó. Habeis desobedecido mis instrucciones. Mucho lujo, mucho cuchichear en la Iglesia, mucho reír, mucha algazara. ¿Sois cristianos? Parece que no. Ya sé que vuestros corazones no quieren ofender al Señor. Pero...

Marcela aquella mañana despertó muy pronto. Se había acostado con la cabeza llena de fiesta. Aún sus padres estaban dormidos.

—Mamá, mamá...

—¿Qué, hija, ya estás despierta? Todavía es de noche.

Pero Marcela se levantó muy dispuesta. Y ya toda llena de nervios. Fué a la habitación de Catalina y la hizo saltar de la cama. La casa toda se puso en movimiento. Marcela en esta mañana era el centro de todas las atenciones.

Cuando se hubo vestido caminaba de una parte a otra de la casa, nerviosa, mirándose con la cara llena de risa.

—¿Es bonito, Catalina?— decía a la criada.

—Muy bonito. No habrá otro mejor.

Y en medio de sus padres, dando saltitos, salió Marcela para la Iglesia. Aún había poca gente. Era temprano. Marcela había madrugado mucho.

Van llegando con sus familiares las niñas, una detrás de otra. Marcela se fija en los vestidos de todas, y muy bajito, cada vez que entraba una, preguntaba a sus padres:

—¿Verdad que mi traje es más bonito?

Y sus padres siempre, invariablemente respondían que sí.

Sin embargo, sin embargo... Hubo uno de una niña de las principales familias del pueblo que puso en duda a Marcela.

—Mira, mamá, el traje de Cirila es hermoso. Este es más bonito que el mío.

—No te lo creas, Marcela. Tiene muchos pliegues y bastantes colorines. Pero ¿quién te ha dicho a ti que las cosas por sus perifollos y colorines son más bonitas? No, hija, la sencillez suele ser más bella y más encantadora.

No obstante, Marcela se quedó anonadada por el traje de Cirila. Y no se le quitaba de la imaginación. Poco a poco fué perdiendo alegría y se fué quedando como paralizada. Ella que era un triquitraque. No podía ver que

otra fuera más que ella. Ni en el juego, ni en la escuela, ni en la calle, ni en la Iglesia. Cuánto tendría que padecer Marcela por este amor propio.

Terminada la ceremonia, en la Plaza de la Iglesia se solía amenizar la fiesta sirviendo un chocolate las señoritas del pueblo a los niños que habían recibido la primera comunión. Todo ello con fondo de música alegre.

Marcela dijo a sus padres al salir:

—No me quedo, mamá. Nos marchamos. Estoy aburrida.

—Pero, hija, ¿te pierdes este chocolate y la fiesta?

—No tengo ganas de chocolate. Nos vamos ¿verdad?

Y la familia de Policarpo e Inés se marcharon a su casa, porque a Marcelita se le había atragantado el traje de primera comunión de su compañera de escuela Cirila.

19

Hablaban D. Dámaso Núñez y D. Policarpo.

—Hacer revivir las antiguas costumbres de las Vegas fué uno de los principales objetivos que yo me propuse al comprar la finca de Los Olivos. Cuando yo era joven, D. Policarpo, se hacían aquí muchas y buenas trillas. Era un espectáculo maravilloso. Un día se lo conté a mi señora y me dijo: —Pues este año haremos nosotros también una gran trilla. —No es posible, niña. Se necesitan muchas gavillas de trigo. —Siembra trigo, mucho trigo y podré yo ver también ese espectáculo. Y así va a ocurrir, amigo D. Policarpo.

—¿Cuándo es esa trilla, D. Dámaso?

—El jueves de la semana que entra. Queda usted invitado.

—Pues no me perderé el espectáculo. En Arucas todos los cultivos están absorbidos por la platanera. Apenas quedan unos retazos de terreno para frutos ordinarios.

—Pues aquí, en Santa Brígida, los cultivos de cereales están también en franca decadencia. ¿Por qué? No lo sé. Los cereales valen bastante. Además proporcionan forraje y paja para el ganado.

Aquel día desde muy temprano comenzó a afluir público al lugar de Los Olivos, donde la trilla se iba a celebrar. Parecía una fiesta.

La era se había instalado en medio de uno de los cercados de más capacidad. La parva de trigo era gigantesca. Más de la mitad de la finca se había sembrado de trigo, que se había criado lozano y tenía magnífica granazón.

—¡Cómo me voy a divertir ese día, Dámaso!, —le decía a su esposo D.^a Rosa—. Seremos la admiración de todo el pueblo.

—Eso espero, querida.

No podía disimular D.^a Rosa su natural vanidad.

D. Dámaso había concertado a veinte y cuatro bestias de otros tantos señores de la Vega de San Mateo, del Madroñal, de Pino Santo, La Calzada, Angostura...

Y, al amanecer del jueves, se veían por todos los caminos que a Los Olivos conducen, labradores, montados en sus yeguas. ¿Quién le podía faltar a una persona como D. Dámaso Núñez?

Algunos conversaban así por los caminos:

—Oye, Rodríguez, ¿tanto es el trigo que tiene D. Dámaso?

—Me han dicho que es una montaña.

—Entonces tardaremos bastante.

—No. Las yeguas que acuden son bastantes y este año están bien cuidadas.

—¿De dónde son los animadores?

—Dicen que vienen José Gil, el de San Mateo y Pedro Lozano, el de La Lechuza.

—Buenos maestros. Aún me acuerdo de las trillas en que los vi trabajar. Son maestros del cuero.

Por su parte, D.^a Rosa, en los preparativos de la jor-

nada, se hallaba espoleada por su gran vanidad. Lunes, martes y miércoles los pasó en Los Olivos disponiendo el bar, las mesas de la comida y cuanto hacía falta para la fiesta. D.^a Rosa era una mujer fornida, de talle elevado y yendo de una parte a otra parecía un sargento que dá órdenes para que todo salga bien. Le obedecía un ejército de sirvientas y de hombres jóvenes.

Cada labrador que llegaba, caballero en su cabalgadura, se acercaba a D.^a Rosa y la saludaba. D.^a Rosa los acogía a todos con frases muy expresivas y los obsequiaba con el primer brindis.

A eso de las diez llegaron los animadores con sus instrumentos de trabajo y comenzaron a formar la cobra. Cuando llevaban encobradas unas quince bestias, una de ellas quiso insolentarse dando gruñidos, relinchos y patadas a sus compañeras. Se formó una algarada, y hubo que sacar la díscola al rastrojo. Al fin con gran habilidad se encobraron unas veinte bestias y comenzaron las vueltas en torno a la era. La concurrencia era muy grande. ¿Quién se perdía en Santa Brígida aquel espectáculo, que ya no se veía hace muchos años?

Los convidados tenían sus asientos no lejos de la era, debajo de un laurel de Indias. Pero los no convidados eran más. Formaban un círculo inmenso que seguía los movimientos circulares de las bestias con interés creciente.

Y a pesar del gentío, había orden y respeto. D. Dámaso tenía una gran personalidad y la presencia de doña Rosa se imponía donde quiera que acudía.

Las voces de los animadores se oían desde lejos y el chasquido en el aire de los interminables látigos. Y las bestias corrían a galope sobre las parvas de trigo. Dentro del recinto de la trilla un suave vientecillo espesa el polvo del trigo y caldea el ambiente.

Había que ver a D. Dámaso recorriendo los distintos sitios de la trilla, conversando con los concurrentes y repartiendo sonrisas y satisfacción.

A las dos de la tarde la trilla se dió por terminada, y se comenzó la organización de la comida de más de cincuenta comensales repartidos por las huertas de la finca.

Los no convidados iniciaron el desfile hacia sus casas, sobrecogidos por el ambiente del espectáculo. Muy cortesmente, si alguno era convidado a la mesa, declinaba la invitación.

Pero los convidados se sentaron cómodamente frente a las mesas que D.^a Rosa les había preparado. Se comía con gran apetito. Los manjares eran los habituales en las trillas. Habían sido preparados por los mejores cocineros de la Villa. No faltaron licores y puros. Ni alegría y regocijo.

—¿Son cigarros de Venezuela, D. Dámaso?

—No, hijo, estos cigarros son legítimos de Vuelta Abajo.

* * *

Y cuando el sol estaba cansado de alumbrar los campos del valle de las Vegas, inició su carrera tras los montes de Tejada. Y los caminos de la Vega de San Mateo, del Madroñal, de la Angostura y de la Calzada se sentían llenos de sonoridad por el paso de cansadas caballerías, llevando sobre sí a sus amos que contaban y no acababan las incidencias de la gran trilla de D. Dámaso.

D.^a Rosa y D. Dámaso estaban satisfechísimos del éxito de esta fiesta que hacía muchos años no se veían en Santa Brigida. Despedían con la cara llena de risas a cuantos habían acudido a celebrarla.

D.^a Rosa por su parte, decía, a boca llena, que era el día mejor que había pasado en Canarias.

20

Marcela tenía bastante popularidad en Santa Brígida. Es que Marcela no era una niña como las demás. ¿Por qué? Marcela aún no había cumplido diez años. ¿Cómo había adquirido esta popularidad? ¿Por sus adelantos en la escuela? ¿Por su carácter raro e independiente? ¿Por su desenfado y respuestas rápidas y contundentes a las preguntas que se le hacían?

Para D.^a Mercedes, su maestra, Marcela se había convertido en su discípula favorita y privilegiada.

—¿Cómo es posible —decía la gente— que esta niña prodigio sea de Inés? Casi no se puede creer.

Apenas llegó a la escuela, Marcela se convirtió en el centro de la misma. Adelantaba en los estudios a ojos vista. Pronto se situó la primera de la clase.

Y no es que en la conducta fuera una niña modelo. No. Marcela era inquieta. Vivaracha. Se movía en su pupitre como una ardilla. Hablaba con las demás. Y hasta se permitía alguna travesura. Como en pocos minutos se aprendía la lección, luego se dedicaba a charlar con las demás. A veces fué reprendida por D.^a Mercedes, y Marcela se callaba y bajaba la vista.

¡La vista de Marcela! Era una vista especial la vista de Marcela, digna de una descripción. Marcela tenía los ojos grandes y verdes. Unos ojos siempre alegres y dispuestos a sugestionar al que con ella conversaba. Muchas personas la paraban en la calle por el placer de verle los ojos a Marcela. Aquellos ojos tan raros eran la ventana por donde se asomaba su alma inquieta, rebelde e independiente. El aire de su rostro era enérgico y siempre dispuesto a demostrar su inteligencia. Pero esta vivacidad no era inclinada al mal. Marcela era de suyo bonachona, comprensiva para cuantos a ella se acercaban.

Por eso se conquistaba todas las simpatías.

A los nueve años ya estaba preparada para ingresar en el Instituto. Y así se lo comunicó a sus padres doña Mercedes.

—¿En el Instituto?— decía su padre.

—¿En el Instituto, D.^a Mercedes?— decía su madre.

—¿Podemos nosotros —decía Policarpo— enviar nuestra hija al Instituto?

—Marcela no se puede quedar en Santa Brígida, señores. Sería una lástima —dijo D.^a Mercedes—. Marcela es una niña extraordinariamente dotada. Una niña así no se puede quedar sin carrera.

Y Policarpo e Inés discutieron mucho tiempo este asunto.

—¿No te dará la finca para los gastos, Policarpo?

—La finca da muy poco. Todas las fincas, Inés, todas las fincas de Santa Brígida. Sin embargo, veremos.

—¡Qué cosa más rara! Yo en la escuela era una calamidad. Apenas aprendí a leer malamente. Era una perfecta cateta. Me quedé sin cultura y sin saber presentarme. Ahora mi hija es un portento. Hay que sacrificarse, como sea, y sacarla adelante.

—Venderé si es necesario, lo que me tocó de mis padres en Montaña de Cardones para los gastos de Marcela. Irá al Instituto y a donde sea.

Y Marcela ingresó aquel septiembre en el Instituto. La presentó D.^a Mercedes. Hizo muy buenos exámenes. D.^a Mercedes fué muy felicitada por sus compañeras y D. Policarpo regresó a la Villa muy satisfecho.

Inés le preparó el uniforme y Marcela, muy ufana, comenzó a lucirlo con otra niña de Santa Brígida en los primeros días de octubre en los coches de hora.

¿Confirmaría Marcela estas buenas impresiones ante los Profesores del Instituto? Algún trabajo le costó adaptarse al nuevo régimen didáctico, pero se adaptó al fin.

21

Marcela crecía y avanzaba triunfalmente por los cursos de Bachillerato. Decididamente se hizo dueña de su curso. Era el centro de todos sus condiscípulos. A Marcela acudían todos en sus dudas, porque Marcela lo sabía todo y lo resolvía todo.

Solía ocurrir que cuando una de sus compañeras tenía algún percance, cuando no se sabía la lección, cuando era reprendida por algún profesor, cuando era molestada por un compañero, siempre, casi siempre acudía al recurso del llanto. Toda pena se resolvía en llanto para la mujer. ¿Que le llama la atención un profesor? La reacción es llorar. El llanto lo resuelve todo. ¿Será por aquello de atraer la compasión sobre sí? ¿O más bien por lo de qué bella es una mujer que llora?

A Marcela el llanto no le hacía gracia ninguna. Refisa a sus amigas. ¿Cómo se ve —les decía— que sois mujeres. El llanto es señal de impotencia, de debilidad, de inferioridad. ¿Por qué no lloran los chicos? No. No lloran. Se aprietan los dientes. Se callan y el furor recorre todas sus venas. Son hombres. ¿Sois inferiores las mujeres? No. Mil veces no.

—¡El sexo débil! ¡Somos el sexo débil! ¡Mentira! Esa es una calumnia ancestral que los hombres aprovechan para remachar nuestra esclavitud.

Y, con frecuencia, se veía a Marcela en medio de un corro muy numeroso de chicos y chicas predicando sus doctrinas feministas.

—Somos —decía Marcela— en todo iguales a los hombres y, en algunas cosas, superiores. ¿Qué pueden hacer los hombres que no podamos nosotras las mujeres hacer también?

Marcela tenía una gran vitalidad. No era altanera,

soberbia, engreída. Era sencilla, afable. No tenía una sola enemiga entre sus compañeras. Si alguien le decía que alguna compañera había dicho algo de ella, allá iba Marcela para deshacer las negras nubes o malentendidos. No se fijaba en ninguna compañera para distinguirla con una amistad especial. Trataba a todas por igual.

Para el deporte era ágil y bien dispuesta. Ella figuraba en el mejor equipo de baloncesto y llegó a jugar muy bien. Cuando jugaba Marcela todo el Instituto se convertía en espectador. Alguna vez perdía su equipo y Marcela lo sentía mucho y advertía a sus compañeras de los fallos habidos.

A veces acudían al Instituto equipos de otros Centros y, siempre, naturalmente les hacía frente el equipo de Marcela. Pocas veces perdía.

El nombre de Marcela se fué agrandando dentro y fuera del Instituto. Subía el ambiente de admiración.

Siempre que se organizaba algún acto Marcela ponía la mano en todo. Lo mismo los festivales que las excursiones y veladas.

Ella produjo en las chicas de su edad y cursos superiores cierta competencia en tenerla a su favor.

Uno tras otro pasaban los chicos por su lado tratando de enamorarla.

—Es guapa, Enrique, ¿verdad?— le decía a un amigo uno de los chicos.

—Sí, guapa y atractiva. Como esta chica se encuentran pocas. Pero yo llevo asediándola más de dos meses y no he recibido ninguna muestra de correspondencia. Es una esfinge.

Y no sólo los chicos del Instituto. Los de otros Centros trataron de conquistar a Marcela. Incluso chicos de familias ilustres. Chicos de notas sobresalientes. De muy buena conducta. Marcela no quería novios.

—Por ahora, hijo, no te afanes ni te disgustes. Yo no quiero novios. Los novios son enredos y una carga. La que tiene novio no puede salir de casa. No puede dar un

paseo. Habeis hecho de la mujer una esclava. No falta sino que la obliguen a taparse la cara como a las moras. Yo quiero ser libre, dueña de mis actos. Hacer lo que me dé la gana. Hablar con el chico que quiera y cuando quiera. Sois los hombres egoistas y tiranos, y haceis de las mujeres unas esclavas.

—Yo te doy todas las libertades que quieras.

—¿Sí? De palabra, pero si veis un día que estoy conversando en Triana con otro chico, me pones una cara de herrero. Así que fuera novios. Cuando los quiera pondré un cartel o un anuncio en el periódico o en una de las esquinas de la calle de Triana.

—¿A dónde llegará esta Marcela?— decían algunas lenguas de Santa Brígida.

22

La trilla de D. Dámaso Núñez fué un acontecimiento en Santa Brígida. Precisamente lo que se proponía don Dámaso. ¿Cuántos años hacía que no se celebraba una trilla así en esta Villa?

Desde luego una trilla así es antieconómica. No paga ni el cincuenta por ciento de los gastos. Hombres como D. Dámaso son los que se pueden atrever a ello.

Pero, ¿quién tenía más interés D. Dámaso o su señora D.^a Rosa? D.^a Rosa, como venezolana, no había presenciado nunca un espectáculo de estos y animaba a su marido.

Se puede decir que la preparación de la trilla duró medio año. Desde la siembra se desecharon otros cultivos que producían más, para sembrar trigo.

En el pueblo se decía que D. Dámaso estaba loco. ¡Magnífica locura el crear un espectáculo así para revalorizar el campo!

Y al día siguiente de la trilla, antes que su marido,

llegó D.^a Rosa a la era, con alguna amiga, para no perderse la operación que los campesinos llaman *aventar* o sea levantar la era. Para ello se procede así:

En primer lugar se hace un solo montón con el trigo ya triturado o trillado. ¿Hay aire? ¿Hay marea, como dicen los campesinos? Pues se comienza a aventar. Seis o siete hombres en fila, bieldos en mano, comienzan a tirar, todos a la vez, el trigo y la paja al aire. Y es de ver la pequeña nube que se forma, cayendo el trigo más acá y la paja llevada por el aire a otro montón más allá. En poco tiempo crecen estos dos montones, alcanzando el de la paja mucha mayor altura.

Lo importante es que haya marea y fuerza de aire, el cual realiza en poco tiempo la separación de la paja y el polvo del trigo.

D.^a Rosa no le quitaba ojo y alababa la agilidad y técnica de los aventadores. Junto a D.^a Rosa y D. Dámaso se forma un círculo de curiosos que seguan complacidos la operación.

Y eran de oír los comentarios:

—En Venezuela esta operación la realizan con facilidad y en poco tiempo las máquinas; pero a mí me complace más este espectáculo primitivo.

—Aquí también, en algunos sitios —decía D. Policarpo— se emplean máquinas. Y no sólo para trillar y aventar, sino para sembrar, escardar, segar, etc.

—Pero es tan poco lo que se siembra ya, que el empleo de máquinas se hace innecesario— decía D. Dámaso.

—Y es una lástima —añadió D.^a Rosa—. ¡Con lo bello que es el campo! ¡Con lo útil que es el campo! Desgraciadamente el campo está en desuso. El campo está pasando de moda. Todo el mundo a la ciudad, donde la gente goza de todos los placeres y comodidades de la civilización.

—Que lo diga usted, D.^a Rosa —dijo D. Policarpo—. Todo el mundo a la ciudad. Aunque vivan unos encima de otros. En locales antiigénicos. Aunque pasen hambre.

Aunque respiren los mismos aires que los vecinos han despedido de sus pulmones. Pero tienen radio, televisión, cine y otros espectáculos.

—¿Cuál es el remedio para esta despoblación de los campos? —dijo D. Dámaso—. Yo no creo que haya otro que emprender una enérgica campaña para revalorizar el campo. Llevar al campo todas las comodidades de la ciudad. Demostrando con una propaganda y más con hechos reales que con propagandas, que se vive mejor en el campo que en la ciudad. Estableciendo cooperativas que ayuden y reaviven la economía de los campesinos. Estableciendo centros culturales y de recreo donde se eduquen sus hijos. Suprimiendo intermediarios que desvalorizan sus frutos, de cuya venta se encargarían las mismas cooperativas...

—¡Ah! Los prejuicios del campesino canario están muy arraigados —dijo D. Policarpo—. ¿Cómo meterle en la cabeza a un campesino canario la idea del cooperativismo?

Y mientras los espectadores discutían sobre el porvenir del campo canario, el montón de paja y trigo desaparecía ante los bieldos. ¡Qué bello y brillante es el montón de trigo libre de tamo y paja! La operación de aventar llega a sus finales con gran contento de los asistentes.

23

Era D. Onofre un catedrático modelo. Competente, trabajador. Excelente maestro. Profesaba Lengua y Literatura. Y estaba enamorado de su asignatura. Todos los años, al comenzar las tareas del curso, decía a sus discípulos:

—No hay lengua más hermosa que la castellana. Lengua llena de sonoridad, viva en extremo, atractiva, plena de belleza.

D. Onofre era natural de Cuenca.

Era en su Instituto Auxiliar de la misma asignatura. El Director del mismo trató de disuadirle para que dejara las oposiciones para más adelante:

—Las plazas son malas, Onofre. Fijate, Las Palmas y Melilla. No merece hacer oposiciones para irse a Africa.

—Señor Director, en Africa también se debe enseñar la Lengua Castellana.

Onofre sacó el número uno y escogió Las Palmas. Y pudo decir cuando empezó el curso y conoció Las Palmas:

—Pero esto no es Africa. Esto es Madrid. Madrid en plena primavera.

Onofre era un tipo más bien bajo que alto. Era hombre siempre bien dispuesto. Activo como una ardilla. Ojos vivos. Miradas suaves y simpáticas. Trato cordial y sincero. Buen amigo y excelente compañero. Cumplidor exacto del horario de clases.

D. Onofre había caído muy bien en Las Palmas. Era muy competente en su asignatura. La explicaba con mucha claridad. Sus discípulos salían encantados. Nada de gestos. Nada de aparatosidad, ni de teatro, sino hombre dueño de sí mismo y de lo que dice. Acogía con simpatía cualquier pregunta que el alumno le formulara y resolvía con claridad sus dificultades.

En su clase el alumno no enredaba ni se distraía con sus compañeros. La clase era amena y sugestiva, que todos tenían en la tarima del maestro sus miradas.

Pero sus explicaciones no eran sólo teóricas.

—Las palabras, señores, —decía— se las lleva el viento. La clase debe ser activa. Vosotros teneis que cooperar conmigo para llevar adelante la clase.

Y en cada clase el alumno hacía ejercicios, que el mismo D. Onofre dirigía paseando entre los bancos. A veces señalaba ejercicios para casa, después de haberlos explicado bien en clase.

En la clase de sexto había menos alumnos, y se trabajaba más intensamente y con gusto. Marcela estaba entre ellos. Marcela era muy conocida en el Instituto. No

sólo por su carácter franco y sincero, sino por sus respuestas originales sobre la necesidad de independizarse de la mujer. D. Onofre la consideraba como su mejor alumna. Dado este ambiente, cuando llegó la lección del «Quijote», D. Onofre quiso plantear a sus discípulos, y en honor de su distinguida discípula Marcela, el caso de la pastora cervantina Marcela. ¿Fué la pastora Marcela precursora de la libertad e independencia de la mujer moderna?

—Veamos —dijo D. Onofre— en pocas palabras la historia de la pastora Marcela tal cual nos lo refiere Cervantes:

—¿La sabe usted, señor Gómez?

—Marcela, la Marcela de Cervantes era una muchacha rica y muy bella. Nadie la miraba que no bendijera a Dios que la había criado. Al quedar huérfana guardábala un tío suyo sacerdote en mucho recato y recogimiento. Por la fama de su hermosura y por sus riquezas en el pueblo, hubo muchos jóvenes que la pidieron en matrimonio. Pero el tío no le quería dar estado sin su consentimiento. Pero un día la melindrosa Marcela, contra el parecer de su tío, se hace pastora, marchándose al campo con otras zagalas a guardar el ganado de su propiedad.

Llegó de vacaciones, que estudiaba en Salamanca, Grisóstomo, hijo también de uno de los más ricos campesinos del pueblo, quien en vista de la sin par hermosura de Marcela, se enamoró perdidamente de ella. Y para conseguir sus honestos propósitos se viste también de pastor.

Marcela, a pesar de su oficio, no pierde el recato y honestidad. Marcela es dueña de sí misma en medio de la vida libre de los pastores.

Los jóvenes del lugar la pretenden todos y todos se hacen pastores; pero ella desde que descubre su intención los arroja de sí como un trabuco. Marcela hace más daño en aquella tierra que una pestilencia. Y la llaman cruel y desagradecida.

¿En qué para la altivez y arrogancia de Marcela?

Grisóstomo llega a la desesperación y a consecuencia de ella le viene la enfermedad y la muerte.

La muerte del joven de tales prendas conmociona al pueblo y sus honras fúnebres se preparan en pleno campo, precisamente en el lugar en que vió por primera vez a Marcela. Acuden de pueblos vecinos y acude el buen caballero D. Quijote de la Mancha, que aquella noche tuvo noticias del caso al pasarla entre cabreros.

Cuando ya estaba cavada la sepultura aparece Marcela «tan hermosa que pasaba a su fama su hermosura».

Todos la admiraban con admiración y silencio.

El pastor Ambrosio, que dirigía las honras fúnebres le dijo:

—¿Vienes, oh fiero basilisco de estas montañas, por si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable a quien tu crueldad quitó la vida?

—Vengo —dijo Marcela— a volver por mí misma. No tengo la culpa de la muerte de Grisóstomo por las razones siguientes:

1.^a No está obligado nadie a querer a quien le quiere. ¿Y si el amador fuese feo?

2.^a No todas las hermosuras enamoran. Algunas rinden la vista, pero no la voluntad.

3.^a El verdadero amor ha de ser voluntario y no forzoso.

4.^a Si el cielo me hubiera hecho fea, ¿sería justo que me quejara, porque no me querían?

5.^a No he dado yo esperanza a Grisóstomo ni a ninguno otro.

6.^a Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos.

En este mismo lugar le desengañé. Quiero navegar contra viento. ¿Soy yo culpable? Que no me llame homicida aquel a quien nada prometí—.

Y después de otras razones volvió la espalda y se metió por lo más intrincado de la selva, dejando admira-

dos a todos de su discreción como de su hermosura.

Algunos trataron de seguirla, pero Don Quijote creyó que su deber de caballero era defender aquella doncella, y dijo espada en mano:

—Nadie se atreva a seguir a la hermosa Marcela.

D. Onofre tomó entonces la palabra:

—Ha hecho usted, señor Gómez, un buen resumen de la historia de Marcela. Ahora nos falta enjuiciar su conducta. ¿Qué piensan los señores alumnos de la conducta de la pastora Marcela? ¿Son convincentes las razones de Marcela? ¿Qué culpa tiene ella de que alguien se quite la vida por su amor?

—Creo —dijo uno de los alumnos— que debió humanizarse. ¿Agotó Marcela todos los recursos persuasivos y humanos con sus pretendientes?

—Seguid meditando sobre este tema sobre el que volveremos en días sucesivos. Pensad también en la actitud de Don Quijote. ¿Fue correcta en un caballero andante?

24

Era domingo. ¿Cómo son los domingos en Santa Brígida? Paz, silencio, tranquilidad. A no ser junto a las carreteras donde el tráfico de coches hace de las suyas. De resto no se oye nada. Ni se ve a casi nadie por calles y caminos.

Una misa de madrugada para las personas que se dedican a las tareas agrícolas. Una misa a las siete y media y otra a las diez y media. Y así un domingo tras otro. Sin que la iglesia se vea —suele ocurrir pocas veces— repleta de fieles.

Y, después de misa, a casita.

¿Vida social? En Santa Brígida se hace muy poca vida social. Casi no hay visitas y reuniones.

Hay, desde luego, un casino. Pero en realidad casi no

funciona, sino de vez en cuando. De vez en cuando, digo, en que algunos jóvenes celebran un baile, que ellos llaman «asalto».

Hay señoras que no salen de casa en años. A no ser para realizar, como un deber alguna visita de luto.

Las jóvenes pasean por las carreteras un poco después de oír misa. Y, algunas, las tardes de los domingos, salen acompañadas de sus pretendientes. De resto se lo pasan reclusas en sus respectivas casas, puede que leyendo alguna novela que les prestan. Novela propia, no. ¿Quién se gasta 100 pesetas en una novela? Nadie.

Al cine acuden algunas personas. No son muchas. El cine no les atrae mucho. Sus clientes son sobre todo jóvenes y niños. Personas mayores, pocas.

Hay escasa vida social en esta Villa.

Marcela no era en esto una excepción. Oía la misa de siete y media, y luego se encerraba en su casa. ¿Qué hacía? De ordinario se empleaba en realizar los ejercicios literarios indicados durante la semana por los Profesores.

¿No ayudaba a su madre en la tarea de la casa? Rara vez. Para Marcela las tareas domésticas casi no existían. No porque su madre no la invitara cada domingo o día sin clase. Ella siempre se excusaba. Y, cuando su madre la reprendía, diciéndole:

—Hija, aprende también a llevar una casa. ¿Crees que tendrás ayuda el día que te cases para que te hagan todo? Esto del servicio doméstico se pone cada día peor. Tiene una que hacerlo todo. Fregar platos, hacer las camas, limpiar el polvo... Todo.

—¿Pero tú crees, madre, que yo me casaré alguna vez? Yo no me caso, porque no pienso ser esclava de ningún hombre.

—¡Ah! si no te casas, ¿qué piensas ser?

—Aún es temprano para saberlo.

Sin embargo, en cierta ocasión cayó enferma su madre. Marcela dejó de ir al Instituto. Se hizo cargo de la

casa y la desempeñaba admirablemente. Todo lo sabía y todo lo hacía, con la ayuda de Catalina, la sirvienta.

Por aquellos días había oído la conferencia de don Onofre en el Instituto sobre el episodio de la pastora Marcela en el «Quijote». Aquella clase dejó muchas huellas en su espíritu. Y aquel domingo Marcela meditaba sentada ante su mesa de trabajo. ¿Por qué —se decía— esa actitud de la pastora Marcela con sus pretendientes? ¿Qué se propuso Cervantes en este episodio? Dicen que el bucolismo es muy artificial. Lo más artificial de la literatura mundial. No existen ni han existido nunca tales pastores. Ni el ambiente de égloga. Todo, mero artificio literario. ¿Es también inverosímil la actitud de la bella Marcela abandonando a su tío el sacerdote? ¿La tranquilidad del hogar? ¿El tradicional recato y encerramiento de la mujer?

Y, ¿qué pensar de la muerte de Grisóstomo? ¿Es culpable Marcela de esta muerte? ¿Tenía, acaso, Marcela obligación de querer a Grisóstomo, sólo por la razón de que era bella? De ninguna manera. Tal vez Marcela se refugia en la naturaleza para verse libre de presiones sociales. Marcela quiere ser libre y se lanza a la naturaleza libre, y por eso se hace pastora. Arroja por la borda los prejuicios sociales. No se le puede encadenar en nombre del amor.

¿Será Marcela el prototipo de la mujer moderna, libre e independiente? Deja la sociedad con todos los prejuicios sociales y busca la libertad en plena naturaleza.

Porque, ¿qué pretendía Grisóstomo, el estudiante rico de Salamanca? Hacerla su esposa. ¿Hacerla su esclava? ¿Tener quién cuidara de su hogar y le ofreciera los manjares de su casa bien abastecida? ¿Que cuidara de sus criados? ¿Que cuando él saliera le recibiera con los brazos abiertos? ¿Que obedeciera su mando, su dominio y acatara su imperio?

Marcela se dió cuenta y le dió un plantón. Creyó Grisóstomo, equivocadamente por cierto, que la mujer sobre todo si es hermosa, había nacido para servir al hombre.

La sociedad y la naturaleza no le daban otra opción. Y Marcela hizo lo que solo era posible hacer en su tiempo: servirse de la naturaleza para ser reina de sí misma. Y la naturaleza la recibió riente y placentera. Las flores se inclinaban y reían a su paso. Las ovejas balaban, al verla venir. Los corderos brincaban de gozo cuando ella los cubría de besos.

¿Se anticipa Marcela al movimiento feminista moderno?

¿Es Cervantes predecesor del feminismo?

Las mujeres de Cervantes, Dorotea, Luscinda y otras son atractivas y bellas; pero son humildes. Sólo Marcela es esquiva, cruel con los hombres».

Hasta aquí llegaba Marcela en su meditación, sentada delante de la mesa de su cuarto de estudio, cuando entra su madre y le interrumpe:

—¿Qué piensas, hija? ¿Por qué no sales por ahí a dar un paseíto en esta mañana de domingo tan hermosa? Coge aire y sol, y así descansas del trabajo de la semana.

25

La noche había estado bochornosa. Un tiempo pesado, agobiante, sofocante se sentía sobre el pueblo. Padecíamos —no cabe duda— uno de los clásicos levantes que azotan el gran valle de Santa Brígida.

Todo el mundo, mirando para la mar, se preguntaba cuánto duraría. Es que hasta que no se forma sobre el mar un cerco negrusco de nubes, no comienzan a remitir estos tiempos de levante.

—No se puede estar —decían los vecinos—. Ni se duerme, ni se come. Ni casi se puede respirar. Jamás se cansa uno de beber agua. Dios nos asista.

Y como en la cama no se puede estar, se madruga bastante y se echa al campo para presenciar una mañana fulgurante de nubes sutiles y policromadas. No hay brisas.

Ni pájaros que canten y saluden al nuevo día. Ni aún abejorros que, medrosos, no salen de la sombra de los árboles.

Sudor, sudor y malestar por todas partes.

Muchas de las familias veraneantes, desde que asoma por la Cumbre un levante de éstos, regresan a Las Palmas, casi, casi sin despedirse de nadie. Un levante en Santa Brígida es una de las cosas más molestas.

Santa Brígida suele tener de ordinario un ambiente de primavera, aún en el más riguroso verano. Son muchas las familias que aquí veranean. Pero cuando aparece un levante hay que echarse a temblar.

Los más viejos de la Villa hablan de que un levante puede cesar a los tres días, a los cinco o a los nueve. Los hay, sin embargo, que rebasan estos plazos. Hay levantes muy majaderos y pertinaces.

Aquella vez se le ocurrió al levante venir a fines de junio. El mes de junio, mes de exámenes en los centros docentes.

Marcela hacía aquel año la Reválida del Preuniversitario el día veinte y cuatro.

Poco durmió aquella noche y apenas oyó la madrugada que anunciaban las campanas de la torre parroquial, se tiró de la cama y se encaminó a la Iglesia.

—¿Habrà misa a esta hora?— se decía.

Y a la Iglesia se encaminó. Algunas mujeres se habían adelantado.

—¿Tan temprano, Marcelita?

—Como no se puede dormir. No se puede ni respirar. ¿Saben ustedes si habrá misa ahora?

—El señor Cura la dice muy tempranito; pero no sé si la dirá hoy.

Y en este momento el sacristán, limpiándose el sudor abre la puerta principal de la Iglesia y todas las mujeres se cuelan por ella respirando el ambiente fresco y gratísimo que en la Iglesia reinaba.

A poco rato llega el señor Cura, quien, después de

confesar algunas personas, celebró el santo Sacrificio.

Marcela, reconfortada con la sagrada Eucaristía, vuelve a su casa para desayunar y tomar luego el coche de horas para Las Palmas.

Catalina ya había hecho el desayuno.

Marcela, sin gana comía, cuando acuden Policarpo e Inés a despedir a su hija.

—Hija, que tengas mucha suerte— le dijo su padre.

—Los que estudian mucho, como Marcela, suelen tener la suerte de su parte— le dijo Inés.

—A veces, padres, la suerte está muy esquiva. Dios me ayude.

El coche de horas sale de la estación medio vacío. Era la primera expedición del día.

—Menos mal —dijo para sí Marcela— con el calor que hace voy solita en este banco.

Marcela iba muy preocupada.

—Vamos a ver —decía— si me suspenden. Sería la primera vez, pero puede ser. Este examen es muy traicionero. ¿Quiénes son los que escapan de un primer suspenso en el Preuniversitario?

En esto el autobús llega al Cruce de la Atalaya. Se para y sube dando suspiros una mujer de la Atalaya, que viene con un niño enfermo.

El niño comienza a llorar. Se sientan en el mismo banco de Marcela.

—Ya decía yo. Tanta dicha —dijo para sí Marcela— no podía durar mucho.

Y la mujer con una voz ronca y de sufrimiento dice a su hijo:

—Calla, hijo, molestas a los señores.

Pero el chico no calla y su madre lanza un prolongado suspiro de sufrimiento.

—Toda la noche llorando, y ahora, con el tiempo que hace, tampoco te callas. Alfonso, por Dios...

—¿Se llama Alfonso, señora? Es un nombre muy señorial. Un nombre de reyes. ¿Por qué lloras, Alfonso?

—Está muy malito, señorita, y lo llevo al médico.

—¡Pobrecillo!

Alfonso se sosegaba y el silencio volvió al coche. Coche pesado y renqueante. Poco a poco se va llenando y, cuando salió del Monte, ya quedaban pocos asientos vacíos.

Sube un estudiante y se sienta junto a Marcela, a quien saluda con la cabeza muy cortesmente.

Cuando el coche llega a Tafira ya no cabe una persona más.

—Perdone, señorita, ¿va usted también a los exámenes de hoy? ¿No tiene miedo?

—Un poquito.

—Pero usted está bien preparada.

—¿Lo sabe usted?

—Usted es Marcela, la de Santa Brígida. ¿No es eso?

—¿Por qué lo sabe? ¿Usted no está en el Instituto?

—No. Yo estoy en el Viera.

—¿Cómo me conoce?

—¿Quién no ha oído hablar de usted estos años? ¿No alcanzó usted el año pasado el premio del mejor alumno del Instituto? ¿No es usted también la mejor jugadora de baloncesto? Usted en Las Palmas, en el ambiente estudiantil, es muy célebre.

En esto el coche atraviesa la Ciudad y llega a la calle de Bravo Murillo.

—Menos mal —dijo Marcela—. Aquí no hace el calor agobiante de Santa Brígida.

—No —le responde su compañero— aquí se puede respirar.

Marcela corre, nerviosilla, hacia el Instituto, donde encuentra ya concentrados a sus compañeros de Preuniversitario.

Saludos, risas. Caras largas y tímidas.

26

Aquella tarde llegó Marcela a Santa Brígida muy contenta. Ahí es nada. Haber aprobado el Preuniversitario. Haber acabado completamente con el Bachillerato. Y hallarse ya dentro de la Universidad.

Cuando por el zaguán de su casa entró Marcela, cantando y tirando al aire la cartera con los libros. La madre al oír este alboroto, se levantó y acudió a la entrada la casa.

—¿Qué te pasa, Marcela?— le dijo.

—Ya soy Bachiller, madre.

—¿Sí? ¿Has aprobado?

—Aprobé y con buenas notas.

—Me lo esperaba. Tú estudias mucho y te lo merecías.

—¡Ay, madre, este examen tiene también mucho de suerte!

—Entonces ya no tienes que bajar todos los días a Las Palmas?

—No.

—Me alegro mucho. Con la falta que tú me haces aquí en la casa.

—¿Yo? Pero es que cree usted que ahora yo me quedo en casa para barrer, hacer las camas, limpiar el polvo, cocinar y atender a todos los menesteres de la casa?

—Claro. Pues, ¿qué vas a hacer? ¿Ahora seguirás también estudiando? ¿No dices que ya tienes el título?

—El título de Bachiller, pero...

—Pero, ¿qué?

—Que yo, madre, no nací para esclava. Yo pienso ahora hacer la carrera de Derecho.

—¿Qué es eso?

—Abogado, madre, abogado.



—Ni lo pienses. Esas carreras cuestan mucho. Tienes que salir de la Isla. Estarte por ahí muchos años. Esas carreras suponen muchos gastos y sinsabores.

—Pues, ¿qué cree usted? ¿Que ahora pata quebrada y en casita, ocupada en las labores propias del sexo? Eso ha sido hasta nuestros tiempos. En adelante la mujer tiene los mismos derechos del hombre. Puede ser ingeniero, médico, abogado... los mismos cargos de los hombres. Puede ser Alcalde y concejal. Se acabó la mujer esclava. Metidita en su casa sirviéndole de criada al hombre, trabajando en la cocina, barriendo, fregando, y el hombre, dándose gusto por ahí y divirtiéndose.

En esto entra su padre, don Policarpo, y oye un poco de la discusión de madre e hija.

—¿Ya eres Bachiller, Marcela?

—Y ahora, niño, —le dijo Inés—, quiere ser abogado. ¿Te parece bien Policarpo? ¡Marcela abogado, y que friegue Rita! Nosotros somos pobres y no podemos mantener tal postín con esta niña.

Mientras, el padre seguía callado.

—Ya se convencerán —continuó Marcela— ¿Si me quedo en casa, si no estudio más, en qué quedo convertida? En una joven vulgar, que lavo, plancho, hago de comer, y nada más. La esclavita de siempre que está detrás de la ventana esperando al mocetón del pueblo, que venga a enamorarse y a pedirles a ustedes mi mano para casarse. Que ustedes le dan mi mano, complacidos, y el mocetón me lleve de noche a su casa. Y allí me encierra. Para que le sea fiel. Le limpie y atienda. Le obedezca, le tolere sus perretas. Le zurza sus calcetines y le aguante sus desplantas, y me pase las noches llorando en un rincón, cuando no reciba una tunda de palos. Le dé hijos, se los eduque y cuide, y no salga de la casa sin su permiso, ni aún a hacer una visita a un vecino enfermo. No, madre. No. Y mil veces, no. Eso que lo sufran las esclavas del pueblo. Yo no he de caer en ese cepo.

—Entonces ¿tú no te casas?

—Eso lo veremos. Me casaré o no. El tiempo lo dirá; pero esclava, nunca.

—Pero dime, Marcela, para ser abogado tienes que ir a la Universidad. ¿Y quién te costea la carrera? Nosotros no podemos. La finca apenas da para los gastos ordinarios.

—Veremos. Yo creo que conseguiré una beca.

—Las becas —dijo la madre— son para los estudiantes pobres, y tu aquí, en este pueblo, pasas por ser una niña rica.

—Me tienen sin cuidado los prejuicios del pueblo. Estos pueblos imbéciles y tontos ¡tanto se pagan de las apariencias! Que hablen lo que quieran. ¿Para qué quiero yo el título de rico que el pueblo me da? Para mí lo importante es el título de abogado que me sitúe sobre todos los imbéciles.

27

Aquel levante se prolongó bastante. ¿Más de nueve días? Sí. Más de nueve días. Aquella vez fallaron los cálculos y las experiencias de los más ancianos. Los hombres de más edad del pueblo estaban asombrados.

No. No suelen fallar las experiencias —decía el señor Cirilo, anciano de más de noventa años—. No hay levante que dure más de nueve días.

—Pues éste, el de ahora, ha durado doce días.

—No sé a qué se debe —decía ayer Ricardo—. Puede que tengan la culpa las manchas solares.

—Menos mal que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Ya esta tarde tenemos frío.

—Eso tiene Santa Brígida. Apenas se colocan unas nubes en el horizonte la temperatura baja, así sea en el mismísimo agosto.

—Ahora ya se puede vivir.

Así hablaban ayer los dos hombres más ancianos del pueblo, Cirilo y Ricardo, cuando acertó a pasar por la acera, frente a ellos, Marcela taconeando, taconeando como una pizpireta.

—¿Tu ves, Ricardo? Ahí va Marcela la hija de Policarpo Estupiñán. Ya está hecha una mujer. Mira como camina. Va llena de sí misma.

—Pues me dicen que no tiene nada de orgullosa.

—Y eso que es para estarlo.

—¿Por qué?

—Porque dicen que es muy buena estudiante. Ahora, en estos exámenes últimos dicen que de ciento y pico de alumnos que se presentaron en este Instituto, solo aprobaron unos cuantos, entre ellos Marcela.

En efecto Marcela había aprobado el Preuniversitario mereciendo la admiración en el Instituto y entre los vecinos de la Villa.

Marcela salía muy poco por las calles de Santa Brigida. Los vecinos apenas la veían. Se pasaba el día en casa, cuando no iba a clase. Pero después de los exámenes paseaba bastante. Sobre todo por la tarde.

—Tengo que respirar aire —decía—. El aire y el sol me hacen mucha falta.

No era raro entonces verla por la carretera de Los Olivos cubierta con un sombrero de paja de anchas alas y con un libro en la mano. ¿A quién no llamaba la atención? Antes recluida y sin ver el sol. Ahora al aire libre, por mucho sol y viento que hiciera.

Saludaba tímidamente a las personas con quienes tropezaba en su camino, pero sin entrar en conversación con ellas.

Cuando se generalizaron estos paseos hubo algún que otro joven que se hizo el encontradizo y quiso entrar en plática con ella; pero fué inútil. Marcela no admitía el palique.

Iba a lo suyo. Iba a expandir su espíritu. A beber sol y aire, no en busca de hombres.

Otras veces le daba por recorrer las calles del pueblo, las pocas calles del pueblo, algunas de las cuales aún no había visto nunca. A veces salía a comprarle a su madre unas cosillas. Santa Brígida es muy pobre en comercios, sobre todo en comercios bien surtidos. Apenas tiene dos o tres comercios de ropas, diez o doce de comestibles, alguno que otro de zapatos, y muchas, bastantes tabernas y bares.

Y es que Santa Brígida está a catorce kilómetros de Las Palmas y sus habitantes, cuando necesitan algo, aprovechan la gran cantidad de transportes de que disponen y se van a Las Palmas. Y raro es el día que tanto los coches de horas como los llamados «piratas» no van y vienen a la Ciudad llenos de gente a comprar las cosas que necesitan. Y también a pasear.

En Santa Brígida se viste y se vive a la moda de Las Palmas, y las gentes apenas hacen vida de pueblo. No obstante Marcela, aquel día, quiso salir de tiendas. Recorrer todas las tiendas del pueblo, que jamás había recorrido.

—¿Usted por aquí, Marcelita?

—Sí, señora. Necesito unos zapatos para las tareas de dentro de casa y creo que usted me los podrá servir.

—Con mucho gusto.

—Gracias.

—¿Ya terminó el Bachillerato?

—Sí, señora, gracias a Dios.

—¿No sigue carrera?

—Aún no lo sé. Depende de muchas circunstancias.

—No será por talento.

—También, señora. Una Facultad supone grandes disposiciones naturales.

Marcela se probó los zapatos, y salió de la tienda renunciando a un parloteo que no le interesaba.

Pero no así D.^a Elpidia, el ama de la zapatería, que

vió los cielos abiertos, cuando vió entrar por su puerta a D.^a Ramona, la dueña del comercio de comestibles vecino.

—¿Ha tenido usted una buena cliente hoy, a Marcelita, la estudiante?

—Sí. Es que necesitaba unos zapatos para dentro de casa...

—Dicen que esta chica tiene mucho talento.

—Eso dicen. Pero no estudia carrera, dice.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Pero, señora, entre nosotras. Por lo visto hay poco dinero.

—¿Poco dinero? Pero tienen buena finca. Crían buenos animales. Además, el padre es platanero de Montaña de Cardones. Yo sé que en Santa Brígida las fincas dan poco. Y menos para costear los gastos cuantiosos de una carrera. ¡Es una lástima! Una chica que vale tanto y no pasar de Bachiller.

* * *

Marcela no podía acostumbrarse a aquella vida. Ayudaba a su madre en las tareas de la casa. Paseaba tarde y mañana. Pero, cuando llegaba la tarde, aquellas tardes tan bonitas de Santa Brígida, le parecía que el cielo se juntaba con la tierra. Sentía la opresión del ambiente. A veces no podía respirar. Se ahogaba.

—¿Y yo voy a estar así toda la vida?— decía

Más de una vez se ocostaba llorando.

—Así no puedes seguir, Marcela— le decía el padre.

—Eso le digo yo— decía la madre.

—Yo sé —insistía D. Policarpo— que este pueblo es muy pequeño para ti. Tú te ahogas aquí en este valle. No tienes ambiente que respirar. Esto es poca cosa para ti. ¡Si pudiéramos irnos a Las Palmas!

—No, padre. Yo estoy bien aquí. Nací aquí. Pero me he asomado a otro mundo. He visto otros horizontes. En una palabra. Quiero seguir estudiando.

—Hija, no podemos. ¿De dónde salen los gastos? Las fincas aquí apenas dan para los gastos más indispensables de la casa.

—Padre, ¿y si yo consiguiera una beca?

—No sé. No sé.

—¿Me permites ir mañana a Las Palmas a consultarlo con un Profesor, que me aprecia mucho?

—Pero, hija, ¿esas becas no son para los pobres? Nosotros aquí pasamos por gente bien y acomodada. ¿No te da vergüenza aceptar una limosna?

—No, padre, los vecinos de aquí que digan lo que quieran. Si me dan una beca, yo la disfruto y me hago una carrera.

—¿Qué carrera, hija?

—Abogado.

—Por Dios, hija, ¿Abogado?

—Esa no es carrera para señoritas. ¿Cómo ejerce esa carrera una señorita?

—Yo no tengo vocación sino para abogado.

—Marcha. Tú has sido siempre rara. ¿Y abres aquí tu despacho, aquí en este pueblo?

—O en Las Palmas.

—Te mueres de hambre. Piénsalo bien. Ve mañana a ese Profesor tuyo y consúltalo, consúltalo con él.

28

Luis Núñez también se examinaba del Preuniversitario. Era del mismo curso de Marcela. Estudiaba. Era bastante aplicado. Pero no tenía gran inteligencia. ¿Aprobaría?

Su madre, doña Rosa, solía decir a sus amigas:

—Mi hijo Luis tiene mucho talento. Además, es estudioso. No pierde tiempo. Aún los domingos se los pasa

estudiando. ¿Por qué no ha de aprobar? Claro que no tiene en el profesorado buenos valedores, como otros que yo conozco, pero no creo que vayan a cometer con él una injusticia. Ya se lo he dicho a su padre: Tienes, Dámaso, que buscar alguna recomendación para Luisito. ¿Cómo crees tú que aprueba la gente? ¿Por su linda cara? No, hijo. A fuerza de cuñas.

Pero Luis no aprobó. Las cuñas, si las hubo, de nada le valieron.

Reacción de doña Rosa:

—Mi hijo Luis hizo un buen examen. Lo natural era que aprobara. Pero las cosas en España son así. Como uno no le caiga simpático a los examinadores, no aprueba, aunque sea un Séneca. También podía ocurrir esto en Venezuela... Allí se examina con toda justicia. Pero, en fin, estamos en la madre Patria. En aquella nación que tuvo el mundo en sus manos y lo perdió por estas cosas. Ya se lo dije a Dámaso, que nos quedáramos en Caracas hasta que Luis hiciera su carrera. Pero Dámaso, no quiso, y por eso nos llevamos estos disgustos.

—Es que este examen es muy fuerte, mujer, —le dijo una vez Dámaso— ¿sabes cuántos aprobaron? Ni el cinco por ciento de los presentados. Según me dicen, el aprobar en estas condiciones es una lotería.

—Mira, Marcela.

—¡Ah! Marcela es una chica superdotada. Si no aprueban a esa, ¿a quién van aprobar?

—Sí, sí. La aprobaron por eso o por otras cositas que yo me sé. Mira niño...

—No Rosa. Hay que ponerse en la realidad. El expediente académico de Marcela es de sobresaliente y Matrícula de Honor, en todos los cursos. ¿Crees tú que una chica de este tipo puede ser suspendida en Reválida?

—A mí me han dicho que hay en el Instituto un tal Onofre, que es un chiflado por esa chica...

—Mujer, esas lenguas que te han informado merecen ser cortadas. A Marcela si la considera don Onofre y la

consideran todos los profesores es que ella se lo ha ganado. Su inteligencia les llena de admiración...

—Y su belleza, y su desparpajo y su frescura...

—Mujer, por Dios, Marcela es una chica humilde, simpática, atractiva...

—Sobre todo, atractiva, sí.

—Nuestro Luis la sigue y la persigue. Pero da la casualidad de que Marcela es muy suya. Tiene una personalidad muy acusada y rechaza todo noviazgo. Dice, y hace bien, que es muy joven para tener relaciones con jóvenes.

—No. Lo que ella es muy soberbia. ¿Qué más quiere esa princesa que un joven, hijo único, rico, inteligente y de la mejor familia del pueblo?

—Todo lo que tú quieras. Marcela no es una chica vulgar. Se ha formado un plan de vida y lo seguirá contra viento y marea.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Cuando felicité a su padre, don Policarpo, me dijo lleno de preocupación que Marcela piensa seguir la carrera de Derecho.

—¡Jesús! ¡Jesús! Esa chica no está buena de la cabeza ¡Derecho! ¡Una mujer abogado! ¿Para qué? ¿Qué pleitos pretende defender? Eso es un marimacho.

—Te equivocas. Una tarde acompañó a su padre a la finca de Los Olivos. Me la presentó el señor Estupifán. Y si tú vieras que trato tiene tan femenino. Es un carácter muy femenino, muy atractivo, muy solícito, muy ameno. Hablamos del Instituto, de los Profesores, de los alumnos, de sus compañeros e incluso de la vida en Santa Brígida. ¿Qué conversación tan amena, tan femenina, tan afable, tan culta. No aparece el abogado por ninguna parte. Ni el más mínimo engolamiento. ¿Por qué no vas a hacerle una visita a doña Inés una tarde de estas, en que Marcela está en su casa? Saldrás admirada.

—Admirada, no. Estupefacta con la estupidez de la mamá y las excelencias de la niña. Mira, Dámaso ¿crees

tu que se puede aguantar una tarde la estupidez de una analfabeta, sin ser posible orientar la conversación, porque la señora tiene todos los caminos cerrados?

—Estando presente Marcela hay mil caminos y orientaciones para pasar una tarde. Verás tú que ingenio, que delicadeza, que joven tan espléndida.

—Oye, ¿y cuentan esos señores con parné para costear una carrera de Derecho?

—De eso me habló el padre, y es asunto que le preocupa bastante.

—Claro, ahora con el recurso de las becas...

—Ni él ni su mujer quieren que Marcela disfrute una beca.

—¿Por qué?

—Pues mira el disfrute de una beca dicen que les rebaja su categoría social. Hasta ahora ¿quiénes estudiaban con beca? Los pobres, los económicamente débiles.

—¡Si serán soberbios! Hoy tienen becas todos los que pueden conseguirla. Claro que las becas no se dan, o no se suelen dar a los ricos, sino a los que las necesitan, es decir, a los pobres.

—Por eso dicen que dice Marcela. Que le gusta llevar una guadaña en la mano, cortando malezas, o sea prejuicios sociales. Es una mujer tremenda. —Qué me importa dice— a mí la opinión pública. Que digan lo que quieren mientras yo vaya recta hacia la consecución de mi porvenir.

29

Marcela tenía en Las Palmas todas las puertas abiertas. Era una joven muy juiciosa. Y a todos les pareció muy bien su plan. Consiguió la beca que solicitaba y marchó a La Laguna, en cuya Facultad de Derecho se

matriculó. El curso no era muy numeroso. Ella era el único alumno de sexo femenino.

—¿Qué te ha dado para meterte aquí?— le preguntó un compañero desde el primer día.

—Ya ves. Me gustan estos estudios.

—Pues no tienen nada de amenos. Aridos a más no poder.

—¿Arido el Derecho? Ya oíste lo que dijo de él el catedrático esta mañana. Claro, el que estudia el Derecho como un recurso para obtener el título y ganarse la vida el día de mañana, comprendo que le parezca árido y pesado. Todos los trabajos forzados son penosos. Pero quien estudia el Derecho por gusto, para conocer las relaciones, los derechos y los deberes de los hombres entre sí, como lo hago yo...

—Claro, la mujer hoy se está abriendo paso en la sociedad. Se oponen a su paso mil obstáculos, y es natural que, de vez en cuando, surja algún Don Quijote, y espada en mano, la defienda y la ayude. ¿Es este tu papel?

—No enteramente. Estudio Derecho por conocer científicamente cuál es la misión de la mujer, cuál su personalidad.

La voz se corrió entre los estudiantes, y Marcela no iba sola nunca. Siempre la acompañaba algún compañero que, al fin, llegaron a conocerla.

Tal punto alcanzó su popularidad que comenzó ya alguno a llamarla loca o chiflada.

Hubo alguno que con sus risas y con sus palabras la molestó, y, parándose en una de las bellas plazas de La Laguna, le dijo:

—¿Te ríes? ¿Te burlas de mí? Ni estoy loca ni estoy chiflada. Mi proceder es completamente normal. Espero que comprendereis que una mujer puede ser también alumna de Derecho y estudiar en esta Facultad, sin faltar a la decencia ni a los buenos modos. ¿Quién os ha dado a vosotros, los varones, la exclusiva de estos estudios? ¡Cuidado! No me falteis al respeto, que yo he de obser-

var siempre las normas de la buena educación y del compañerismo. No está bien que una joven os llame la atención a vosotros, adalides del sexo fuerte.

En adelante los brotes burlescos fueron cortados de raíz, sobre todo, cuando, pasadas unas semanas, uno de los catedráticos le preguntó la conferencia a la señorita Estupiñán.

Marcela contestó maravillosamente. El silencio más profundo se hizo en el aula. La atención de la clase y los ojos de todos convergían sobre Marcela. Lo que todos creían un fracaso de la joven constituyó un triunfo completo.

El catedrático al terminar, le dijo:

—Muy bien, señorita. ¿De qué Instituto procede usted?

—De Las Palmas.

—Tiene usted una excelente formación.

Así ganó Marcela el prestigio que en adelante tuvo en la Universidad de La Laguna. De ahora en adelante no hubo un solo alumno que la considerase chiflada. Se le consultaba por todos los alumnos, incluso por los mejores y más aplicados, en las cuestiones más difíciles.

¿Se había borrado la cuestión de sexos en la clase? El sexo ya no jugaba ningún papel. Todos la miraban y consideraban como un alumno más.

Y eso que Marcela era una joven agraciada y atractiva. Pero, en aquella clase de Derecho, su feminidad no se tenía en cuenta. La oían explicarse todos los alumnos con claridad y sencillez, como no lo hacía ningún otro compañero.

Marcela, por lo demás, cayó bien en La Laguna. Se hizo pronto muchas amistades entre los universitarios, especialmente en la Residencia Universitaria, donde vivía. Muchas tardes, cuando no tenía que estudiar salía por las calles y plazas y bellos jardines de la Ciudad.

—El clima de La Laguna —decía a una de sus compañeras— es muy parecido al de Santa Brígida. Pero Santa Brígida se queda atrás, muy atrás, como población. No

tiene rango ciudadano, ni jardines, ni comercio, ni vida social. Hay, no cabe duda, la diferencia entre un pueblo y una ciudad.

Cuando hizo amistades fué presentada en las casas de sus amigas, en términos elogiosos; pero sin poder evitar la sorpresa en todas partes, en todas, sin excepción, de que fuera estudiante de Derecho.

—Se concibe —decía una amiga, muy simpática por cierto— que una señorita estudie Filosofía y Letras, pero Derecho...

30

Al llegar de Venezuela D. Dámaso Núñez, tenía su hijo Luis muy pocos años. El niño crecía en el hogar, lleno de comodidades y de mimos. Pero era necesario educarlo, prepararlo para la vida.

—Tenemos que enviarle a la escuela —le decía D. Dámaso a D.^a Rosa—. Luis debe educarse y aprender a leer.

—Mi Luis no ha de pisar una escuela pública. ¿Sabes, Dámaso, lo que significa eso, Luis, mi hijo único, en medio de tanto golfo? ¿A dónde concurren hijos de tantas madres? ¿Pretendes que tu hijo contemple tantos malos ejemplos? ¿Que respire ese ambiente de zafiedad y ramplonería? ¿Que los maestros le traten sin consideración e indelicadeza? ¿Que gentes irresponsables corrompan su alma pura y angelical?

—Entonces ¿a dónde le enviamos? El niño necesita educación.

—¿Qué te parece si le traemos a casa un maestro que le dé clases aquí, a él solo?

—Pero no un maestro de escuela pública, sino una persona con principios de orden y religiosidad.

Se preguntó por todo el pueblo, y al fin hallaron a

un ex-seminarista, hombre serio y correcto, solterón, que vivía con su madre y se sostenía de los frutos que le producían unos trozos de tierra. No se dedicaba a la enseñanza, pero como sus recursos eran escasos, le convenció D. Dámaso para que aceptara sus mil pesetas mensuales por dos o tres horas de clase a Luisito.

Este preceptor se llamaba Zenón, y era bastante serio y cumplidor.

—Oye, Dámaso —le dijo D.^a Rosa—, lo menos que me gusta es el nombre. Y, además, ¿no será demasiado serio para Luisito? Dile que suavice el rostro.

Vino D. Zenón dos veces al día. Le daba clase a Luisito en una de las dependencias del piso bajo de la casa. Era hombre paciente. Para reírse le costaba un gran esfuerzo. Pero, afortunadamente, le resultaba simpático a Luisito. No en vano el párroco, D. José, de quien D. Zenón era muy amigo, le recomendó buen humor para tratar a Luisito.

Y así cursó Luis Núñez la primera enseñanza.

Luis no era tonto y si se le estimulaba, trabajaba sus lecciones.

El mismo D. Zenón le llevó al examen de Ingreso en el Instituto, que superó fácilmente, no sin que se corriera por todo el pueblo, que D. Dámaso le había recomendado muy bien.

Y ahora se les presentaba un nuevo problema al matrimonio venezolano, como en la Villa se les conocía. ¿Dónde estudiar el Bachillerato? ¿En el Instituto? De ninguna manera. Al Instituto concurre mucha clase de gente. Además, tendría el niño que tomar cada día el coche de horas con todos los peligros de accidentes que eran muchos.

—Mi hijo en algo se ha de distinguir de la plebe de este pueblo —decía D.^a Rosa—. Busca, Dámaso, el mejor colegio de la Capital e interna en él a Luis. Nosotros tenemos recursos para ello.

Consultas al Sr. Cura. Consultas a los primates de la

Villa. Consultas a los amigos de Las Palmas. Y todos, o casi todos le aconsejaron que lo internara en «Los Jerónimos». Ese es un colegio serio. El colegio donde más religión y más orden existe en la Ciudad.

Y se fué D. Dámaso a «Los Jerónimos» de la calle Pérez Galdós, quienes le dijeron que tenían el cupo de alumnos completo.

—No podemos, D. Dámaso, admitir más alumnos internos. Completo el local.

—Pero, padre, ¿es posible que rechace a mi hijo? Las referencias que tengo de su Colegio son muy buenas y es para mí una gran tranquilidad el saber que mi hijo se halla bien atendido. Mire a ver, padre, si le hace a mi hijo Luis un huequito como alumno.

El padre Rector se compadeció de D. Dámaso, y, al fin, admitió a Luis Núñez como alumno.

Y había que ver a Luis Núñez con el uniforme del Colegio de «Los Jerónimos», paseando acompañado de su mamá por las calles de Santa Brigida. D.^a Rosa pavoneaba su vanidad y su satisfacción por todas las partes de su cuerpo. Y parece que iba diciendo:

—Ya nos veis. No somos como vosotros. Mi hijo crece y se mueve en un ambiente aristocrático, muy distinto del aire corrompido y popular del que respiráis vosotros. Así, solamente así, es como se hacen los hombres sanos y fuertes.

Por eso, por este pensar y moverse de D.^a Rosa, esta señora tenía muy pocas simpatías en el pueblo. Apenas visitaba a la señora del Alcalde, del Juez o del Farmacéutico. Y era rara la persona que se acercaba a la casa de D.^a Rosa.

Y en el Colegio de «Los Jerónimos» hizo Luis Núñez el Bachillerato. No era muy inteligente, pero sí trabajador. No perdió ningún curso, pero llegó la reválida del Preuniversitario y en ella fracasó. Pero en septiembre la aprobó. Y se matriculó en el primer curso de Derecho de

la Facultad de La Laguna, en el mismo en que estaba matriculada Marcela.

—Cuánto lo siento, Dámaso, cuánto lo siento que Luis asista a las mismas clases que Marcela. Mi Luis entre tanto gamberro como ha de haber en esa Universidad. ¿Se podrá defender de tanto mataperro? No sé.

—Marcelita es buena chica y le defenderá de tanto granuja. Y, además, le dará buenos consejos. Por algo son del mismo pueblo.

—Y crees tú que ella...

—Marcela es noble, generosa y una mujer entera. Jamás traicionará a Luis.

—Además, ¿no crees tú que a pesar de todo lo que ha dicho, allá en sus adentros, le destina como pretendiente suyo?

—No sé. No sé. En ese sentido nada te puedo decir. Es una chica muy reservada. De novios, por otra parte, no quiere oír hablar.

31

¿Como se portaba Luisito Núñez en la Universidad de La Laguna? En un principio se hallaba algo cohibido. A veces descentrado y hasta desorientado. ¡Pobre Luis! Había hecho la primera enseñanza y el bachillerato en un internado. Sin contacto con la calle. Sin libertad para ser dueño de sus propios actos. Sin luz y sin aire. Y, ahora, de pronto, se encuentra solo en medio de la calle y de muchas clases de amigos. ¿Tenía Luis una formación seria y eficaz para dirigirse en medio de esta sociedad, no digna de confianza? ¿Podía él con criterio recto dirigirse en medios de buenos y malos amigos?

Su actuación era muy difícil. La formación recibida era una formación falsa y muy peligrosa. La vida no

siempre es buena. Hay que acostumbrarse a vivir en la realidad. En un ambiente social humano, donde se respire el aire y el sol de la realidad, no el fingido de un internado, donde todo el joven lo encuentra siempre hecho y preparado.

En algunas ocasiones que paseó con Marcela por las calles y jardines de La Laguna se lo advirtió ésta:

—Ten cuidado, Luis. Aquí tienes compañeros de muchas procedencias y de indoles diversas. Tú, estúdialos primero. No te entregues fácilmente. Resiste a los gamberros y gandules, que vienen a ti muchas veces, porque han oído decir que eres de una familia rica y acomodada.

—Gracias, Marcela. Te agradezco tus avisos. Pero ya yo he salido de las faldas de mamá. Ya no soy un niño.

A medida que pasaba el tiempo notó Marcela que Luis perdía tipo. Vestía descuidado. No usaba corbata. No se cortaba el pelo. Y no se acercaba a ella. Hasta que ella se hizo la encontradiza a la salida de una de las clases:

—¿Qué hay, Luisito?

—¡Hola, Marcela!

—Hace unos días que no te veo. ¿Qué te pasa? ¿Has estado enfermo?

—No. He ido con unos amigos de paseo a La Orotava.

—¿Y has abandonado las clases? Por Dios, Luis. No hagas eso. No hagas caso de ciertos amigos, que no quieren sino divertirse. Y, a lo mejor, pagándoles tú todos los gastos.

—Te agradezco tus consejos, pero creo que ha llegado la hora de mi libertad

Marcela se fijó bien en él y percibió por sus cinco sentidos que Luis Núñez iba camino de convertirse en un *hippie*. Le siguió observando y vió que no acompañaba sino con otros excéntricos y raros jóvenes. Para ellos lo de menos era estudiar. Raramente asistían a clase. Sus ojos perdían vida y brillantez. Sus vestidos sucios, descoloridos y hasta rotos. Sus zapatos deslustrados y sucios. Su conversación la de un gamberro.



—¿Es esto —se dijo— lo que pretendía D.^a Rosa con su exagerado cuidado, no consintiendo que Luis frecuentara la escuela nacional? ¿Costeándole el internado del mejor colegio de Las Palmas? ¿Procurando que no tuviera contacto con otros jóvenes de la villa de Santa Brigida? Luis no tiene formación ninguna para afrontar una vida autónoma y en libertad.

Vinieron las primeras vacaciones de Pascua. La Universidad de La Laguna consiente que los alumnos disfruten de las vacaciones a mitad de diciembre. Marcela regresó inmediatamente a su casa. En cambio Luis no llegaba a Santa Brigida. Los padres estaban alarmados. Don Dámaso en persona vino a casa de Policarpo. No estaba éste, pero estaba Marcela, que le recibió muy atentamente.

—¿Que tal, Marcelita?

—Muy bien. Yo estoy muy contenta.

—¿Ya han dado las vacaciones?

—Sí. Ya las han dado. O mejor los alumnos nos las hemos tomado. Y los profesores no van a clase.

—¿Por qué no ha venido Luis?

—El día antes de salir de La Laguna hice por verlo y me dijo que vendría uno de estos días. Dice que tiene que copiar unos apuntes y tardará un poco.

—Mucha aplicación es esa. Me parece que ese hijo mío va camino de la golfería. ¿No crees tú lo mismo, Marcelita?

—No lo sé, D. Dámaso.

—Vaya ¿tú qué vas a decir? Tú no lo vas a acusar. Estoy pensando en irme a La Laguna esta tarde misma y enterarme de las andanzas de Luis.

—Pero yo creo que llega de un día a otro.

—Sí, pero quiero enterarme de su conducta en este primer trimestre.

La pobre Marcela se hallaba entre la espada y la pared. ¿Cómo iba a delatar a un compañero de estudios que era al mismo tiempo vecino de su mismo pueblo? ¿Y con unos padres que pertenecían a la aristocracia del pueblo,

y, por otra parte, tan pagados de sí mismos? ¿En qué situación quedaba la educación tan esmerada que D.^a Rosa había dado a su hijo?

Y, en efecto, D. Dámaso tomó el primer avión de la tarde y llegó a La Laguna bastante temprano. ¿Dónde encontró a su hijo Luis? En la pensión nada sabían de él. Hacía ya dos días que no venía a ella. ¿A dónde iba a buscarlo? Divagó por las calles de La Laguna hasta las nueve, cenó, paseó un rato y se acostó sin pegar los ojos en toda la noche.

Al día siguiente visitó la Universidad y pudo enterarse por un compañero que su hijo había ido con otros amigos al Puerto de la Cruz, donde decía aquel joven que había muchas turistas suecas.

—Así, señor, les oí.

Tomó un taxi y se fué al Puerto de la Cruz. Y, efectivamente, allí lo encontró en una sala de fiestas. Al verlo, levantó los brazos y le dijo:

—Hijo mío, ¿eres tú?

—Sí, papá. Estaba aquí distrayéndome un poco para luego irme a Las Palmas y regresar a Santa Brígida. ¿Por qué has venido? ¿Te ha llenado la cabeza Marcela? Papá, no la creas.

—No, hijo, a quien te creo es a ti.

32

La calle principal de la Villa de Santa Brígida está en realidad al paso de la carretera que de Las Palmas conduce a San Mateo. Es una plaza amplia a la que el Municipio ha dado el nombre de «General Franco». Allí es el sitio de reunión de los vecinos desocupados que se sitúan en grupos en las aceras para ver pasar los coches y para charlar y comentar los sucesos del día.

De allí parte la calle que conduce hacia dentro del pueblo, donde está la Iglesia. De allí parte también la carretera que va a la Angostura. Allí, frente a frente, están los surtidores de gasolina, y allí rinden viaje los coches de hora y los llamados «piratas». El sitio es céntrico y muy distraído. Por allí entran los que al interior del pueblo se dirigen, y los que del recinto salen. Y allí concurren los que pretenden saber noticias de los que viven en el pueblo o que a él han llegado. Para ello siempre está de guardia en sitio tan estratégico uno o dos guardias, deseosos, de tanto esperar y avizorar de tener con quien pegar la hebra.

En derredor de esta Plaza-carretera, detrás de cada acera hay un comercio o un bar. Los mejores comercios o bares del pueblo.

Por eso se forman tertulias sobre las aceras a donde concurre lo más granado del pueblo. Allí se habla y se discute todo. Todo el que acude al pueblo o sale de él, tiene que sufrir el control de dichas tertulias, que, en algunas casas, colocan bancos o sillas en las mismas aceras para más comodamente llevar el control de todo.

Por tratarse de un señor de edad provecta D. Ezequiel Penichet, persona de pro en Santa Brígida, el tendero le coloca una silla en la puerta de su comercio.

De ordinario D. Ezequiel no estaba solo nunca. Siempre le acompañaba un amigo, que también de pie y, a veces, sentado, le hacía tertulia. Hoy le tocaba a D. Emilio Melián. Cuando más animada estaba la conversación, aparece cruzando la escena por medio de la calle Luisito Núñez.

—¿No me dijiste, Emilio, que este chico de D. Dámaso estaba estudiando en Tenerife?

—Sí, señor, estaba; pero ahora está aquí de vacaciones.

—¡Ah, es verdad! Estamos a mitad de diciembre ya. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Por cierto que ayer tarde me contaron una historia de este chico.

—Cuenta, hombre.

—Pues me dicen que este chico se ha echado a perder en Tenerife.

—Aquí tenía una conducta muy seria.

—¡Y tan serio! Como que no salía de las enaguas de su madre D.^a Rosa. De la casa al Colegio de religiosos. Era un modelo de chicos. ¡Pero fuese usted de los modelos! Desde que se vió solo en la Universidad y sin control de nadie le dió por hacerse un joven moderno, de costumbres libres y de ideas raras. Llegan las vacaciones y que no aparece en Santa Brigida. Le telegrafía D. Dámaso y no contesta. Hasta que lleno de preocupación va a Tenerife su padre y lo encuentra entre los golfos *hippies* en el Puerto de la Cruz. Y no sé si llegó ayer o anteayer con él.

—¡Estos hijos! Mímelos usted. Edúquelos usted como príncipes. No los deje pasar falta de nada .. ¡Cómo estarán los venezolanos!

—Me dicen que D. Dámaso se acostó el día que llegó y no se ha levantado más. D.^a Rosa ha sido presa de un nerviosismo que no le deja hacer nada.

—¿Y el niño?

—Ya lo ve usted tan campante y tan orondo. Dicen que le da por estar todo el día en la barbería peinándose y arreglándose el pelo que le cae sobre los hombros como a una señorita. Se perfuma. Pero se viste de cualquier manera. No le importa estar roto, tener el calzado sucio.

—¿Tiene amigos?

—Aquí todavía no se le conocen. Aún no tiene tiempo. Pero ya los tendrá.

—¿Y el padre no coge un vergajo y lo muele a palos?

—No. Aún la reacción de uno y otra es meramente sentimental. Se esconden en casa. D. Dámaso no va ni a la finca. D.^a Rosa llora de la mañana a la noche.

—Esperan que el niño reaccione y recobre juicio; pero la de los *hippies* es una enfermedad pegadiza y no admite razonamientos.

—A lo mejor, si se enamora...

—¡Los *hippies* se enamoran! Dicen que quería antes de ir a la Universidad a Marcelita Estupifñán; pero ella no le admitió.

—Y eso que era hijo único del más grande propietario de Santa Brígida. Pero Marcela es una chica sensata y no tiene en cuenta riquezas y conveniencias sociales.

—Ahí vuelve ese loco, D. Ezequiel. Mírelo. Todo el mundo se fija en él.

—La verdad que Santa Brígida no ha producido nunca tipos como éste. Tal vez si todos le hicieran el vacío y huyeran de él se curaría y volviera al buen camino.

33

Con frecuencia Marcela, terminadas las tareas escolares, salía con una o varias amigas de paseo por las calles de La Laguna, y, sobre todo, por los parques y jardines de esta bella ciudad. Desde hacía algunas semanas sufría el asedio de un chico. Al salir de las clases. Al cruzar las calles, al entrar en algún comercio, al entrar o salir de las iglesias. ¡Recibía unas miradas!

—¿Quién será éste?— se decía a sí misma.

Otras veces iba hablando con una compañera y el joven le interceptaba el paso.

—¿Conoces a éste, Marcela?— le dijo la amiga.

—No, chica. No se quién es. Desde luego estoy tropezando con él cada momento, pero no hace por presentarse.

—¿Será algún pretendiente?

—Podrá ser.

Hasta que un día le vió que venía acompañado de Luis Núñez y se dijo: seguramente es un chico canario.

—¡Hola Marcela! Buenas tardes. —le dijo Luis— Quiero presentarte a un amigo de la Gran Canaria. Es Esteban

Izquierdo, estudiante de quinto año de Derecho. Es un paisano de Santa Brigida.

—¿De Santa Brigida? —respondió Marcela, algo extrañada.

—Sí, señorita —dijo Izquierdo—. Tengo entendido que lleva usted una vida muy recoleta.

—Lo reconozco —respondió Marcela.— ¿Es del mismo pueblo?

—No, yo soy y he vivido siempre en el Madroñal.

—¡Esteban Izquierdo! Ese apellido, créame, a mi parecer, lo oigo hoy por primera vez.

—¿Y el de Núñez, Marcela?

—¡Ah, ese no! ¿Quién no conoce a D. Dámaso en mi querida villa?

Y aquella tarde la pasaron todo el tiempo en una charla insubstancial sobre las cosas de Santa Brigida.

En efecto, Esteban Izquierdo vivía junto a la Gran Parada con sus padres y hermanos. Su padre, Pedro Izquierdo era uno de los labradores más distinguidos. Y no se hallaba en mala posición económica. El no tenía un palmo de terreno sin cultivar. Cultivaba muy bien y con mucho éxito. Tenía una buena criación de animales. Y, aunque le decían que la agricultura no daba resultado, él respondía:

—La agricultura si se atiende con empeño, con amor y con afición siempre da resultado. Si un fruto se pierde otro duplica sus resultados. Dígame usted, D. Juan, ¿qué fruto es el que no vale? ¿Qué fruto lleva usted a la Plaza del Mercado que no se lo paguen muy bien? ¿Qué animal es el que lleva usted a la feria que no se lo paguen doble de lo que vale? Hay fallos, naturalmente, como en todas las profesiones, pero para eso trabajamos, para superarlos con valor y optimismo.

Pedro Izquierdo vivía bien y con una buena cuenta corriente en el Banco. Le pagaba al hijo la carrera y se hacía oír en la Hermandad de Labradores y en el Ayuntamiento de la Villa.

Su hijo Esteban iba ya a terminar la carrera de abogado. Esteban era un buen estudiante. Aprovechaba el tiempo. Y era muy considerado por los Profesores.

Desde que Marcela llegó a La Laguna se propuso tener relaciones con ella. El la consideró desde un principio como un bocado exquisito. ¿Podré yo ser novio de ella algún día? Lo veo difícil; pero el hombre no debe considerar nada imposible. Es mujer y las mujeres... Si uno tiene suerte. ¡Quién sabe!

No se puede negar a la familia de los Izquierdo tenacidad y perseverancia. Y estuvo los años detrás de Marcela, sin que se le presentara ocasión de que se la presentaran. Pero Esteban, si bien tenía una voluntad de hierro, estaba dominado por la cortedad y el miedo a la sociabilidad y a la comunicación. ¿Qué cosa más sencilla que hacer valer los derechos del paisanaje para acercarse a Marcela? Esteban era muy corto de genio. Y estaba siempre dominado por el temor.

Al fin, aunque le caía muy antipático, hizo alguna amistad con Luis Núñez, al que conocía del pueblo y le planteó el asunto.

—Sí, hombre, yo te presento. Es una chica muy sencilla, a quien he querido ya hacer mi novia, pero ella me ha rechazado hasta ahora. Más adelante, veremos. Si es que no se hace novia tuya.

—¿Novia mía? ¡Qué más quisiera yo, Luis!

Y desde aquel día data la amistad de Marcela con Esteban Izquierdo.

* * *

Esteban Izquierdo era un joven más bien alto. Bien plantado. Simpático. Corto de genio. Vestía bien, pero parece que su atuendo padecía el sello del hombre de campo, sin dejar por eso de ser elegante. Tenía una conversación amena y una vez que hacía una amistad era muy natural y muy leal en sus actos. Nada de hipocresías y si-

mulaciones. Consecuente con sus palabras y con su pensamiento. Sincero. Y esto es lo que más gustaba a Marcela.

—¡Qué diferente es-este de Núñez! —decía Marcela.— Aquí nada tienen que hacer los artificios del «hippie». Este es un hombre serio y grave.

Y andando el tiempo, Esteban hubo de insinuársele cuando creyó que el camino ya estaba preparado.

—Ahora tengo que abrir mi despacho —le dijo Esteban—. No sé si lo haga en Santa Brígida o en Las Palmas. ¿Qué clientela tendría yo ahora en la Ciudad? ¿Qué clientela tendría en Santa Brígida? Seguramente en ninguna parte tendría; pero con el tiempo puede que en Las Palmas tuviera porvenir.

—Eso me parece a mí también. Pero creo que, salvo mejor parecer, ahora para empezar, es mejor trabajar de pasante con un abogado de prestigio hasta uno familiarizarse con la profesión. Digo, yo pienso hacerlo así.

—¿Piensas tú también practicar la carrera?

—Sí. ¿Por qué no? ¿Para qué la estudio?

—Yo creí que la mujer...

—No sigas, hijo. Estás muy atrasado. La mujer puede hacer todo en la sociedad, como los hombres. ¿O es que crees tú que la mujer, terminados sus estudios, debe dedicarse a cazar un marido y a vivir?

—Tú no tendrás que cazarlo, Marcela. Tú no tendrás sino abrir la boca...

—No sigas. Ese lenguaje tuyo yo no lo entiendo.

34

No hace muchos años que el lugar de todos los espectáculos en Santa Brígida era la plaza delante de la Iglesia. No ante el frente principal, que da al barranquillo de Los Silos. No. Sino a un lado de la Iglesia. Junto

a la bellísima y típica torre. El frontis de la Iglesia está sin uso. Y, en verdad, que desde la ladera de enfrente, desde la Vuelta del Pino, en la carretera que hacia la Vega de San Mateo conduce, tiene esta plaza y el conjunto del pueblo, que desde allí se contempla, una perspectiva magnífica. ¡Qué elegancia y qué prestancia confiere a este conjunto del recinto del pueblo esta torre.

Pues bien, en esta plaza, con balconada hacia el barranco de Los Silos, tenían escenario todas las exhibiciones públicas, incluso las tocatas de la banda municipal. Le dan realce, no cabe duda, los laureles de Indias y las araucarias que en altura compiten con la afilada torre y las paredes con contrafuertes del templo parroquial.

Aún recordamos que, durante las fiestas, allí se quemaban bellos fuegos de artificio. Y allí, y a las tres de la madrugada, se quemaba en efigie el domingo de Resurrección el traidor Judas, colofón macabro de toda la semana santa. Tal suele ser el fin natural y lógico de los traidores en toda buena sociedad.

Y aquí, *in facie ecclesiae*, se celebraban también las célebres verbenas de Santa Brígida ¿Son y eran en realidad verbenas, a estilo de otras que tienen lugar en otros pueblos del archipiélago canario y de la Península? No lo sé. Por lo que tengo entendido en otros sitios —la Verbena de la Paloma lo testifica— hay jolgorios para todo el pueblo, y muy amenos y entretenidos. Hay puestos de churros, ventas de muchos artículos comestibles, golosinas, paseos, diálogos, muchas luces, farolillos de colores, banderolas, etc., etc. Todo lo que contribuye a hacer amena la noche.

Pero en Santa Brígida comenzaba la señal de la verbena por el acotamiento de calles para interrumpir el paso e impedir el tránsito en el lugar del jolgorio. Se cuelgan algunas banderas, se colocan por las paredes algunas filas de palmeras y se abre una puerta detrás de la cual se coloca una mesa donde se establece la venta de entradas. La venta de entradas, fin único del espectáculo ver-

benero. La asistencia no es pública, sino del que paga.

¿En qué consistía éste? En un único esparcimiento: el baile. Se colocan altavoces que atronan el aire con sus ruidos y músicas, y comienza la gente joven los saltos y piruetas. El poder de los altavoces llega hasta la Angostura, Monte, barrio de San José, Madroñal, Gamonal, etc. Los altavoces lo invaden todo, poniendo en pie de marcha a los posibles asistentes a la llamada verbena, que no pasa de ser un simple baile. ¿Hay derecho a interrumpir, hasta las dos de la madrugada el descanso de todos los ciudadanos para escuchar los estridentes ruidos de los altavoces?

Más tarde, no hace muchos años, un alcalde activo y emprendedor, construyó el llamado hoy Parque de Santa Brígida. El sitio no está mal, pero estrecho. El Parque quedó dividido en dos o tres planos. En él el pueblo consiguió un lugar de desahogo y de esparcimiento. De él se aprovechan las excursiones que vienen de Las Palmas para pasar y bailar un rato en Santa Brígida. El Parque está bien cuidado y cuenta con jardines, fuentes y algunos plátanos de bello follaje.

Aquí, a ese Parque se han trasladado los espectáculos del pueblo, que antes se celebraban al lado de la Iglesia. ¿Han ganado en escenario? Desde luego; pero han perdido en extensión. A no ser los altavoces de las llamadas verbenas que casi llegan hasta el Monte Lentiscal.

Por eso alguien ha dicho con razón: Santa Brígida, Villa y lugar de bellísimos paisajes naturales; pero Santa Brígida es el pueblo de los ruidos.

* * *

Aquella tarde fué de las pocas tardes que Marcela dió un paseo con unas amigas por la carretera de la Angostura. Bella carretera la carretera de la Angostura. Bella carretera de buganvillas, de plátanos y palmeras. Por esta carretera hay menos tránsito de coches y se camina con menos ruidos y más tranquilidad.

¿Estaban en el pueblo o se hallaban también paseando por dicha carretera? Lo cierto es que se encuentran ya debajo del bosque de palmeras. Eran varios jóvenes, entre ellos, Luis Núñez, Esteban Izquierdo y otros.

—¿Día estupendo, Marcela?— dijo Izquierdo.

—Sí. Hace muy buena tarde y el paisaje está muy agradable.

Se habla de La Laguna. De los jardines de La Laguna. De lo bien que allí cuidan los jardines, de que disponen de mucha agua. De que los laguneros tienen más gusto por las flores que los canarios.

—En realidad nuestro Ayuntamiento tiene menos interés por las flores que el de La Laguna.

—También es más pobre.

—No —dice Marcela—. Aquí no se trata de riqueza o de pobreza. Esto de los jardines, en una población tan céntrica y tan visitada, como Santa Brígida, debe ser muy bien mirado. Los jardines aquí son pocos. Casi este paseo y algún trocito dentro del pueblo. En realidad el turismo que al año pasa por aquí es muy numeroso e iría hablando muy bien de todos. ¿Por qué no se atiende en Santa Brígida, como se debe, esto de los jardines?

—Creo, como Marcela, que este asunto de los jardines no es de riqueza ni de pobreza.

—Es más bien asunto de interés por el bien público y por el buen nombre de la población.

—Lo que ocurre es que no siempre se es consciente del extraordinario interés que tienen las flores y jardines para nuestro nombre y nuestra fama.

—Creo que sobre este particular estamos todos de acuerdo —dijo Luis Núñez—. La vida moderna, con sus nuevos ideales, no ha penetrado aún en nuestro pueblo.

—A ver cuándo vosotros seáis alcaldes y nuestra villa Santa Brígida será toda ella un florido jardín— dijo Marcela.

Se siguió charlando de todo hasta que Izquierdo se dirigió a Marcela:

—Oye, Marcela, ¿a qué horas te recojo esta noche en tu casa para asistir a la verbena?

Hubo expectación en ambos grupos por conocer la respuesta de Marcela.

—Te lo agradezco, Esteban, pero yo no suelo asistir a estos espectáculos.

—¿Prohibidos?

—Nadie me lo prohíbe. Ya te he dicho que mi libertad e independencia me la administro yo. Pierde el tiempo quien intente cohibirla. Es más, me gustan mucho los bailes modernos o ye-ye, y otros espectáculos. Pero éste, chico, éste de las verbenas de Santa Brígida es un espectáculo lamentable y hasta te diría, según me han dicho, que poco edificante. A veces, me dicen, que es indecente, y eso sí que no va conmigo. El que quiere divertirse que compre un mono. Por eso yo he odiado siempre estas verbenas que no son otra cosa que bailes de barrios bajos con fines más o menos lucrativos.

Y los jóvenes regresaron del paseo alegres y satisfechos en aquella tarde de domingo.

35

Por todas las tres Vegas era famosa la cabaña de don Dámaso Núñez. Había reunido en Venezuela un capital y se había propuesto tener la mejor criación de animales. Del norte de la Isla, y aún de Las Palmas, acudían a ver las reses de D. Dámaso los labradores más ilusionistas.

En Santa Brígida se celebraban cuatro principales ferias:

El día de San Antonio, para el 13 de junio.

El día de Santa Brígida, la Patrona, el primer domingo de agosto.

El día del Cristo, para el 14 de septiembre.

Y el día de La Naval para el 12 de octubre.

En todas estas fiestas D. Dámaso ofrecía un muestrario de vacas, bueyes, becerros e incluso de ovejas y cabras lecheras. Nada más llegar al recinto de la feria y un público de hombres y mujeres rodeaba las piezas expuestas, formando un extenso y nutrido corro.

Ni que decir tiene que cuando el Municipio establecía premios D. Dámaso los copaba todos.

Era un momento solemne en que se veía rodeado de todos los prohombres de las Vegas.

¿Sólo? No. Le acompañaba, indefectiblemente, su señora D.^a Rosa, respirando vanidad y satisfacción.

—¿Ya estás preparando las reses para esta feria, Dámaso?

—Mujer. No tienes que recordármelo. ¿Cómo quieres que me olvide?

—Es que los hombres son a veces unos despistados y puede que este año hagamos un mal papel. Hay que vigilar los boyeros y empleados. Oye, se me está ocurriendo una idea.

—A ver.

—Que a los empleados hay que tenerlos interesados en estas exposiciones. ¿Por qué no distribuyes entre ellos los premios que te da el Ayuntamiento?

—Son algunas miles de pesetas y...

—No importa. Más que esto nos gastamos nosotros al año en la finca. Desde luego esas pesetas te darán fama de generoso y el personal trabajaría con fervor en presentar bien el ganado. ¡Ay, Dámaso! Cómo me gustaría que nuestro hijo Luis se aficionara también a las cosas e intereses de la finca. Créeme que este hijo va a ser nuestra desgracia.

—Ese es el mimo que tú y yo le dimos. Desde un principio debimos despertar en él esa afición. Sufrimos ahora esa educación falsa que le infundimos desde la escuela. Crémos que no era digno de ir ni a una escuela ni a un colegio. Y ahí le tenemos. Un vago. Un snob

Un hombre inútil que está perdiendo hasta el vigor de hombre... Porque un hombre, cuando tiende a perder la virilidad, el sexo, cuando no se sabe por su vestimenta y por su atuendo cuál es su sexo, ya lo ha perdido todo o casi todo. ¡Qué gran satisfacción para nosotros el vernos admirados por esta finca modelo que tenemos en Los Olivos! Pero ¡qué gran padecer el saber que cuando nosotros dos vamos con la frente tan alta a gozar de este espectáculo nuestro hijo se halla todavía metido en la cama después del jolgorio en que ha pasado toda la noche. Y esa vida bohemia de nuestro hijo ¿ya no se puede enderezar?

* * *

En aquellos días próximos anteriores a la Fiesta de La Naval D.^a Rosa decidió salir a la calle para comprar algunas cosas para el día de la fiesta. Tenía algunos invitados de Las Palmas y quería prepararse bien, según acostumbraba. D.^a Rosa tenía una manera especial de pisar la calle y las aceras. Iba con la cabeza levantada, mirando más al espacio que al suelo que pisaba. Un peinado exuberante que parecía una montaña rusa. Le daba movimiento rítmico a los brazos. Los ojos muy abiertos y centelleantes. Hacía sonar los tacones rítmicamente. Iba despacio y dándose cuenta de los que pasaban junto a ella. Todos se quedaban mirando para ella.

Había en el pueblo una mujer rechoncha y frescachona, llamada Felisa la Tuerta. Algo airada. Y de mal carácter, que había jurado que insultaría en medio de la calle a la fanteche de D.^a Rosa. Y, sin saber de dónde, le salió en esta ocasión al encuentro y empezó a dar gritos diciendo:

—Dicen que es muy buena señora, pero yo no lo veo por ninguna parte. Un día me vi muy apurada. No tenía que darle de comer a mis hijos y fui a que me prestara diez duros. Me despidió inicuaente. *Yo sé -- me dijo--

a quien hago mis limosnas. Trabaje, señora, y no gandlee».

Pues bien ahora llegó el momento de cobrárselas. Cuando la vió salir tan fachendosa, se plantó delante de ella y le dijo:

—No se la eche tanto la señora. Conozco muy bien su origen. ¿Usted no ha oído decir que el padre de su marido montaba un mulejo por esos barrios comprando verduras para que su mujer, es decir, la suegra de usted, a quien se conocía aquí con el nombre de la «Piojosa» las vendiera en una tienda indecente? Vean ustedes —les decía a varias personas que rodeaban en medio de la calle a ambas mujeres—. Vean ustedes a la nuera de la «Piojosa» cómo se la echa.

D.^a Rosa corrió como pudo en medio de la calle, para soportar la inesperada rociada de insultos. Dejó el empaque y se metió en el zaguán de su casa.

Histórico, lector, histórico.

Y en aquellas fiestas de La Naval no fué a la feria a ver sus hermosas reses, sino que indispuesta se quedó en su casa acompañando al epiceno de su hijo.

36

¿Cuál era el ambiente en Santa Brígida de Marcela al terminar la carrera de abogado? Nos lo dice claramente uno de los cronistas más fieles de la Villa. «Por este tiempo la estudiante de Derecho de nuestra Villa, la bella y simpática joven Marcela Estupiñán llegaba investida de la toga de abogado a esta Vega de Santa Brígida. Corrió el rumor por todo el pueblo de que debía rendírsele un homenaje.

Se habló de que nuestra Sociedad cultural y recreativa tomaría en este asunto la iniciativa. Pero Marcela se

enteró e inmediatamente fué a hablar con su presidente y consiguió anular todas las actuaciones haciendo caso de la voluntad inquebrantable de Marcela de declinar todo homenaje.

—¿Cuál es la causa de vuestro proyectado homenaje señor Presidente? ¿Haber concluido una carrera? Ese era mi deber. ¿Por el sexo? El sexo en nuestra moderna sociedad no añade ni confiere ningún mérito. ¿Por qué la mujer no ha de ser también abogado? Y abogado soy yo ya y a vuestra disposición y servicio, y honra de mi pueblo.

Y termina el cronista ponderando la discreción y cultura de Marcela, que desde entonces se menciona entre los hijos ilustres de Santa Brigida.

Y con esta ocasión se extiende en hechos y dichos de Marcela, objeto de la encendida curiosidad del archivo de la Villa.

Carácter el más acusado de esta hembra, dice, es su independencia. Ella tiene siempre la iniciativa en todo. Rechaza toda obediencia. Y lo que más admira es que no se enamora de ningún hombre. ¿Por qué? No se sabe. Algunos han creído, y así lo parece, que por odio ancestral al hombre que a través de todos los tiempos ha sido un tirano para la mujer. ¿Cómo se va a enamorar de un joven que, con el pretexto del amor, se erige en cabeza de familia, y al que ella como tal tiene que obedecer y sino está dispuesta a recibir palos?

Y a quien el cronista hace una observación muy atinada. ¿Siempre la mujer casada es esclava del hombre? ¿Siempre, señorita Marcela? ¿Qué nos dice la historia, la tradición y la experiencia en nuestro mismo pueblo? ¿De cuántas mujeres se nos habla que son las que mandan en la casa? ¿Cuántas, aquí en el campo y en la ciudad, que son las que opinan y las que llevan la batuta en todo y que los hombres terminan por ser acoquinados en un rincón?

¿Cómo trataba Marcela a cuantos hombres se le acer-

caban pidiéndole relaciones? ¿Cómo es costumbre inveterada en nuestra sociedad? Veamos. Marcela, a medida que crecía y avanzaba en la carrera era cada vez más mujer, más dispuesta y más dueña de sí misma. Cosechaba bastante laureles en las clases. Recibía mayores admiraciones de Profesores y compañeros, y por lo mismo todos querían poseer este tesoro que ante ellos vivía y se transformaba. Por eso no era rara la semana que no recibía una declaración de amor. Mientras estudiaba en la Facultad de Derecho, a veces las declaraciones eran súplicas. A veces descripciones de idilios y felicidades futuras. Muchas veces se le prometían un gran porvenir de empleos y riquezas. Pero Marcela seguía inmovible. Quien más insistía era el estudiante del mismo pueblo Luis Núñez, del que se llegó a decir que era su novio formal.

Este era el deseo de sus padres don Dámaso y doña Rosa. Abonaban estas relaciones el que don Dámaso era el hombre más rico y más prestigioso del pueblo. Pero ni por esas. Doña Rosa, para conseguir sus propósitos llegó a visitar al anciano y santo párroco don José, para que éste hablara con Marcela y con sus padres interesándose por la candidatura de su hijo. Don José no tuvo carácter para inhibirse en un asunto que nada tenía que ver con su ministerio. Se trataba de don Dámaso el hombre más representante de Santa Brígida.

Repuesta de Marcela.

—No puedo don José. No me sale de dentro. No lo puedo querer. Nadie me puede ofrecer un porvenir económico mayor. Pero el amor, padre, es libre, independiente sale de dentro del alma. ¿Usted que es un sacerdote santo, inteligente, con experiencia cree que al amor se puede imponer por coacción y conveniencias sociales?

¿Cuál era el ambiente que tenía en el pueblo esta actitud de Marcela?

He aquí lo que se decía y comentaba en una sala de visitas del médico, lugar al que asistía lo más granado

del pueblo, como las señoras del secretario y la del alcalde y otras, en una tarde lluviosa.

—¿Es cierto— decía la señora del médico— que Marcela Estupiñán ha rechazado a todos los pretendientes que se le han acercado? ¿No le ha hecho ninguno *tillín*, *tillín*.

—Yo no puedo creerlo.

A lo que respondió luego la señora del Alcalde:

—Al principio los pretendientes son rechazados; pero allá en los adentros del alma alguno es preferido y cuando insiste, al fin, es admitido. La historia de siempre. Todas las mujeres al principio... pero, después.

Interviene la señora del secretario:

—En Utrera ocurrió un caso semejante. Que después de coquetear con varios se casó la niña con el más infeliz. ¿Qué otra salida tienen las mujeres que el matrimonio?

Por fin interviene la señora del Médico:

—A mí me han dicho que hay por el medio un joven de Madrid, abogado él también con el que Marcela platica más. ¿Será éste el que vence? De todas maneras, según me dicen, Luisito Núñez a pesar de sus papás y de la gran opinión que tienen éstos en Santa Brígida, no será el vencedor.

Y la tertulia se disolvió no sin antes expresar algunas razones contra la joven Marcela. Y es lo que decía la señora Alcaldesa:

—¡Querida, ni que Marcela fuera una reina!

Por aquellos días nada ocurría en Santa Brígida. Las campanas de la torre tañían con la misma frecuencia. Es la vida parroquial que discurre incesante. Los mismos funerales, los mismos nacimientos, los mismos entierros.

¿Por qué no cesan de tañer las campanas de la Villa?

La única novedad es que la señorita Marcela Estupiñán consiguió una habitación en la calle principal de Calvo Sotelo para instalar su despacho de abogado, y está haciendo reformas en ella. ¿Es que se había olvidado el lector del nuevo abogado Marcela Estupiñán? ¡Ah, sexo, sexo, cuántas omisiones, cuántos olvidos se cometen en tu nombre!

Marcela, como en la Villa familiarmente se le llamaba, había jurado su profesión de abogado en la Audiencia Territorial el pasado mes de septiembre, el día de la apertura de Tribunales. Había que ver la figura de Marcela en dicho acto. Marcela vestía toga y birrete con gran seriedad. Como era tan agraciada —¿y por qué no decirlo?— como era tan elegante, tan mujer y tan femenina, se llevaba tras sí los ojos de los cientos de personas que al espectáculo asistían. ¿Cuántos de sus paisanos vinieron aquel día a Las Palmas, nada más que con el exclusivo fin de ver a su paisana?

—¡Qué bien se presenta y qué bien lo hace— decían muchos.

El Presidente de la Audiencia le tomó el juramento, con una cara de suma complacencia.

Y entre el pueblo se notaban también caras de satisfacción. Alguno llegó a comentar:

—Pleito que yo tenga, se lo encomendaré a la señorita Estupiñán. ¿Qué juez le podrá hacer una injusticia a esta mujer?

Y desde aquel día Marcela Estupiñán se dió a buscar un local cerca de la Audiencia para abrir su despacho. Pero es como ella decía:

—Tampoco puedo perder el contacto con Santa Brígida. ¿Podré simultanear? Actuaré en Las Palmas cuatro días y dos en Santa Brígida.

Y, como lo pensó, así lo hizo, recomendando la propaganda del caso a cuántos amigos y conocidos tropezaba.

Del caso de Marcela se habló mucho en Santa Brigi-

da por aquellos días. Era la principal novedad, y no faltaban opiniones para todos los gustos.

—¡Ay! —decía uno—: ¿quién le va a encomendar sus pleitos a una chiquilla? El abogado debe tener seriedad y prestigio e infundir respeto. ¿Cómo puede, con qué sabiduría y consistencia se puede enfrentar con otros hombres encanecidos en la profesión? Yo no correré ese riesgo.

En cambio otro decía:

—He hablado con ella sobre un asunto serio, muy serio. ¿Sabes lo que me dijo? Lo estudiaré durante esta semana. Vengase por aquí el lunes. Y el lunes me dió una conferencia muy profunda, y tan sabia, como la que me diera uno de los mejores abogados de la Ciudad.

Pero Marcela tenía en estos momentos toda su mente y todo su ser puestos en su profesión. Ella que nunca había dado importancia a los noviazgos, ¿cómo iba ahora a prestarle atención?

Se dice que le llovían cartas de jóvenes declarándole su amor. Algunos eran algo más atrevidos. Rodeaban su casa. Le salían al encuentro en los pocos paseos que ella realizaba con sus amigas. A todos desengañaba totalmente. A nadie daba la más tenue esperanza. Y tenía por costumbre contestar a todos.

El más asídúo era Luis Núñez. ¿Es que le parecía que tenía más derecho a ello? Cierto que era hijo de D. Dámaso, y D. Dámaso era el mejor amigo de su padre. Pero Luis Núñez jamás había recibido la menor esperanza de Marcela. Su madre D.^a Rosa agotó todos los medios y estratagemas posibles. Hizo intervenir a muchas personas del pueblo, pero en vano. Marcela seguía tan inconvencible como una roca. Y Luis así que iba perdiendo toda esperanza, comenzó a demacrarse y a hacer desatinos. Desde que estudiaba en La Laguna se dedicaba a la bohemia y a imitar a los *hippies*. Y cuando se convenció de que Marcela no era para él, vagaba por las calles solo. Sin afeitarse. Con el pelo grande y suelto sobre los hombros. Los ojos encuevados. Sin hablar con nadie. O ha-

blando alto y diciendo disparates. ¡Qué preocupación para sus padres!

—Qué desgracia, D. Policarpo, —le dijo un día en Los Olivos al padre de Marcela— el hijo se me pone loco. Su hija me lo ha matado. ¿Por qué esa testadurez en Marcela? ¿Es que ella vale más?

—D. Dámaso, lo siento muchísimo. Es usted el mejor amigo que en Santa Brígida tengo; pero en eso de la voluntad de mi hija, yo no tengo ningún poder. Se lo hemos dicho su madre y yo, y siempre nos dice: Soy libre. Mi amor es libre. Ni mis padres pueden mandar sobre él.

Y D. Dámaso inclinó la cabeza entre sus manos y cae en un ensimismamiento suicida que termina haciéndole brotar lágrimas de desconsuelo.

38

Y una mañana, muy de mañana, se encontró Luis Núñez en una de las celdas de la Quinta de Reposo de Santa Brígida.

—¿Dónde estoy yo?— se dijo al despertar.

Y se levantó de la cama muy extrañado. En pijama se asomó a la ventana.

Apenas salía el sol. Los pájaros en los árboles, que rodean el edificio, saludaban al sol muy alegres.

—¡Qué paisaje tan extraño! —dijo Luis—. Desde la ventana de mi casa no se ve esto. ¿Dónde estoy yo? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Sueño?

Y se tocó el cuerpo, como para tomar conciencia de su propia persona.

Paseó un rato por la habitación. Los nervios se iban despertando.

—¿Dónde estoy? ¿Esta casa, estas sillas, esta butaca, este crucifijo, esta alfombra? ¡Dios mío! ¿Dónde estoy? ¿Quién me trajo aquí?

Iba a gritar ¡¡¡madre!!! pero se contuvo. Un momento de lucidez corrió por su mente.

—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¿No estaré yo en un manicomio? Creo que mi padre me habló algo de eso. Sí. Ya recuerdo. Me dormirían anoche y me trajeron dormido, narcotizado a la Quinta Médica. ¡La Quinta Médica! Eso es. Ya me doy cuenta. El triunfo de la razón sobre la locura. ¡Eso es! ¡La Quinta Médica! Creen que aquí me pondré bueno. ¿Qué saben los médicos de ésto? Obedeceré. ¿Qué sacan los locos y los chiflados de rebelarse? Nada.

* * *

En efecto los médicos creyeron necesario internar en la Quinta Médica de Reposo a Luis Núñez. Luis tenía cosas y ademanes de loco.

—Es un caso pacífico —dijo el Doctor Velázquez—; pero es un loco que debe aislarse a ver si recobra la razón. Estos chicos de hoy parecen todos locos. ¡Cómo piensan, cómo se relacionan, cómo andan, cómo visten, cómo se producen en todos los actos de su vida! Parece que tienden a perder el sexo en su manera de hablar y vestir. ¡Esas barbas, esas pistoleras, esos cabellos a lo femenino, esos ojos sin brillo, esos pensamientos tan raros y tan disparatados y sorprendentes!

—Pero a Luis le ha desquiciado una mujer.

—¿La novia?— preguntó el Doctor.

—No es novia sino que él la pretendía para tal.

—¿Y le rechazó?

—Le dió calabazas cuantas veces le habló.

—¿Pero es que todas las mujeres, para él, se han reducido a una?

—Eso le decimos nosotros.



La Quinta Médica de Reposo está emplazada en uno de los lugares más pintorescos de Santa Brigida. Así que se sale del pueblo hacia el de San Mateo. Lado izquierdo. Por el camino que conduce al hermoso barrio del Gamonal. Casi al empezar. En la parte alta, a media ladera, se alza un edificio, grande, de dos plantas, bastante amplio en medio de un plantío de árboles. Árboles en su mayoría frutales. Algunos trozos de jardín. Clima muy agradable, puesto que el Sanatorio está ubicado al zoco del Norte, y sin que la brisa del mar haga sentir los fríos del invierno.

En primavera el sitio es una delicia. Suaves y constantes rayos de sol. Trinos de capirotos y melodiosos gorgoros de canarios. Silbos de mirlos. Rosas, dalias, azucenas. Silencio y tranquilidad. Ambiente suave. Ausencia de gentes y silencios humanos.

Unas hermanitas, vestidas de azul, cuidan de los acogidos y administran la Quinta. Blancos enfermeros, y blancas y sonrosadas enfermeras vigilan y atienden a los internados, cuando éstos pasean de acá para allá, o permanecen sentados sobre los ribanzos o en los bancos de los limpios patios.

El canto de un gallo fusila la quietud del lugar y del remanso de paz.

Un coche se acerca por el camino. Al parar sus motores hace sonar la bocina. Es el Doctor que llega de Las Palmas. Se presenta al pie de la escalera la Madre Superiora a recibirle.

—¿Qué novedad hay, madre Constanza?

—Ninguna, Doctor. Todo está normal en la Quinta.

—En la Quinta de Reposo. ¿Ha venido el hijo de Núñez, de aquí de Santa Brigida?

—Sí. Lo traje anoche su padre D. Dámaso.

—¿Vino tranquilo y por sus pies?

—¡Ca! Hubo que darle un calmante y llegó entre dos enfermeros.

—¿Ha hecho alguna escena esta mañana?

—Parece muy tranquilo. Parece un chico de los modernos melenudo. Barbado. Pero tranquilo. Educado.

—Y abogado.

—¿Es abogado? ¡Por Dios! ¡Qué desgracia! ¡Pobrecillo!

—Ya ve. Una mujer.

—¿Una mujer?

—Eso dicen. Una chica que rechaza su compromiso de novia.

—Tonto, más que tonto— contestó la hermanita.

39

El ingreso de Luisito Núñez en la Quinta Médica de Reposo produjo en Santa Brígida un sensacional impacto.

—Qué mala suerte tiene don Dámaso— decía la gente. El hombre más rico y más prestigioso de nuestro pueblo, que haya tenido que internar al hijo único en un manicomio... Bien dicen que la riqueza no da la felicidad.

Aquella noche, al sentarse en la mesa la familia de don Policarpo, el silencio era absoluto. La más tranquila era Marcela. Pero doña Inés y don Policarpo tenían en el rostro un claro nerviosismo.

—Hoy— rompió el silencio don Policarpo— he tenido un rato muy malo.

—¿Qué te ha pasado?— le dijo su mujer.

—Me he encontrado con don Dámaso en Los Olivos y al hombre no le faltaba sino llorar. Apenas hablaba. Se hallaba deshecho. Cree él que esa chifladura del hijo no tiene curación. Que degenerará en locura. Mi casa —dijo— es un cementerio. Rosa no cesa de llorar. No hay quien la consuele. Enfermará también. Y al pobre D. Dámaso

las lágrimas le brotaron de los ojos. ¡Me dió una lástima!

—¿No te habló D. Dámaso de mí?— le dijo Marcela.

—D. Dámaso es un señor muy discreto. Y no habló de las causas de la enfermedad del hijo. No hace caso de las opiniones y habladerías del público. Además, delante de mí... comprenderás.

—¿Qué culpa tienes tú de tal locura? ¿Le has dado tú a Luis palabras de compromiso alguna vez?— dijo Inés.

—El público no comprende esto. Hace los noviazgos y aún los casamientos según su erróneo querer y entender. Fulano —dicen— es guapo mozo, simpático, inteligente, rico, hijo de padres prestigiosos en el pueblo, ¿por qué no le ha de querer Fulanita, pobre, de familia sin prestigio y no tan guapa como ella se lo cree? ¡Qué se ha creído esa niña! ¿Con quién quiere casarse? ¿A qué espera? En este pueblo no hay nadie que le convenga más, y, sin embargo, lo rechaza. Sí, éstas y otras razones corren de boca en boca. Pero, ¿qué sabe nadie del interior de mi persona, del secreto de mi corazón, de mi libertad e independencia, de mis inclinaciones, de mi amor? «El verdadero amor ha de ser voluntario y no forzoso». No forzoso, es decir, no impulsado por condiciones exteriores a la persona, como son las conveniencias sociales.

—Creo, hija, que tienes razón. Cuando en el matrimonio no hay amor libre es un infierno en vida —dijo Policarpo—. Es una tragedia. Es un sufrir continuo toda la vida.

—Pero, ¿es que tú, Marcela, no quieres casarte? La mujer no tiene otra salida y, tal vez no pueda conseguir el bienestar de otra manera.

—Hoy por hoy me hallo bien así, solterita. Libre como las aves. Independiente. Haciendo mi voluntad y no la de un hombre, que a lo mejor me sale un tirano. Mientras dure lo que han dado en llamar luna de miel será un corderito. Pero, después, poco a poco, va cerrando portillos, hasta que me obligará a estar metida en la casa, de donde no puedo faltar sin su real permiso. Es decir, que

no seré una compañera, sino una esclava. Sin voluntad, sin iniciativa. Y, además, los quehaceres de la casa debo tenerlos al día. Cuidar de su ropa, cuidar de su comida, cuidar de los hijos que Dios me diere. Mientras él sale por la mañana y no vuelve a la casa, sino a la hora de comer, si es que no simula invitaciones, para gastar los ahorros comunes en placeres a lo mejor ilícitos. ¿Qué papel tiene aquí la mujer? Puede protestar y hasta ver, desolada, las cínicas risas del marido. A lo más esperar resignada los acontecimientos o recluirse en un rincón a llorar. Y así un día y otro día hasta que Dios quiera.

Y porque yo no accedo a desempeñar tan trágico papel, yo soy una hiena, un basilisco, un monstruo que enferma y mata a los hombres.

Otra cosa es, padres míos, cuando yo encuentre un hombre que me guste, que me inspire confianza, que se me meta dentro del alma, y me demuestre seriedad, rectitud, comunidad de sentimientos, y piense lo mismo que yo sobre la dignidad e independencia de la mujer... Este hombre debe ser probado por mí durante algún tiempo. Y entonces me casaré con él, pues entiendo que el matrimonio es un estado feliz cuando hay identidad de pareceres entre los esposos.

—Pero ¿dónde encontrarás tú, Marcela, ese mirlo blanco?— le dijo Policarpo.

—Además —dijo Inés— puede que en un principio tuvieras esa felicidad; pero así que pase el tiempo viniera la transformación de cordero en lobo.

—Todo puede ser, y por eso no hay que precipitarse. Que pase el tiempo y si no aparece el mirlo blanco, tengan ustedes presente que las cosas han cambiado mucho en nuestro tiempo. La mujer soltera de hoy no es la solterona de otros tiempos, en que la mujer que no se casaba se decía que se quedaba para vestir santos. En que la mujer que no se casaba se quedaba para servir a las hermanas casadas, atender y barrer su casa, cuidar de los niños. No. La mujer ya hoy es persona. Tiene su empleo,

tiene su carrera, tiene su sirvienta y no está a expensas del cuñado para que le compre unas medias o un vestido, o unos zapatos. Los tiempos han cambiado. En cambio el hombre solterón las pasa negras. No tiene quién le haga la comida, ni quién le pegue un botón. Esto no ocurre con la mujer.

Aquella noche se prolongó en casa de don Policarpo la estancia en el comedor. Catalina levantó la mesa, lavó la loza y se acostó y sus amos prolongaron la velada en una conversación muy interesante y práctica motivada por el internamiento de Luisito Núñez en la Quinta de Reposo.

EPILOGO

Revolviendo los archivos de la Villa, pasto del polvo, de las trazas y de la humedad, dice uno de los mejores cronistas que encontró un legajo que le llamó la atención, en cuyo exterior figuraba este título: «Personajes célebres de la Villa». Lo abrió y desempolvó, y se encontró que en sus primeros folios había unas LAUDES a Santa Brígida que le parecieron, desde luego exageradas.

Rezaban así: «Oh rica y hermosa Villa, digna de parangonarse con las más excelsas ciudades de España. Tus fecundas tierras, tus bellos rincones, tus esbeltos edificios, tu torre tan característica, tus palmeras elegantes y señeras, tus paseos y jardines amenos, tu clima tan saludable y tan limpio, tus calles tan típicas, tus habitantes tan hospitalarios, tu silencio y tu paz, tu cultura y riqueza... te hacen digna de toda alabanza.

Y ¿qué diremos de tu fecundidad de celebridades? Te basta ser cuna de Marcela para que no te borres jamás de nuestros recuerdos.

Marcela fué una mujer muy célebre. Una mujer muy entera. De un carácter indomable. De una personalidad indiscutible.

Desde la nada se hizo la carrera de abogado. Rompió con la rutina de las mujeres ansiosas de novios. Deshechó a cuantos hombres a ella se acercaron. Mantuvo su virginidad y altura contra cuantos hombres trataron de mancillarla. No claudicó ante la riqueza, ni ante los hombres guapos y bien plantados. No dió oído a los taimados y embusteros. Vivió y murió como una de esas esbeltas palmeras que se yerguen desafiantes ante la entrada del pueblo.

Los hombres se hallaban asombrados. Uno tras otro

eran inolados ante su entereza. Marcela fue un ejemplar de mujer que no se repite. De cien en cien años ocurrirá un caso. Por eso Santa Brigida piensa rehabilitar su personalidad. Y su Ayuntamiento ha acordado dedicarle una de sus calles a su nombre y levantarle una estatua o al menos, un busto en una de sus plazas. Para que los maestros, cada sábado, lleven las niñas de las escuelas ante su imagen y les cuenten su vida ejemplar, con la intención de que alguna de las visitantes siga el ejemplo. Pero ¿eso cuándo será? ¿Cuándo se encontrará una mujer fuerte que desdeñe los halagos y mentiras de los hombres, y abrace la soltería como un recurso para evitar las lágrimas de la tiranía y el yugo?

¡Viva Marcela!


Termina esta nota el cronista recordando al lector que, antes de esta Marcela, no hay otra que la Marcela de Cervantes en su inmortal Novela.

*Se acabó de imprimir este libro
compuesto en tipo elzeviriano
del cuerpo nueve, en la
imprenta «Lezcano», el
día XXX de Mayo
de MCMLXX*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- I.—*Terminología Gramatical*. 1936
- II.—*Horacio (El hombre. El artista El filósofo. El ciudadano)*. 1936.
- III.—*A Vuela Pluma*. (Selección de artículos). 1939.
- IV.—*Poesía del Mar*. (Premio Nacional). 1947.
- V.—*La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*. 1948
- VI.—*Virgilio y el Mar*. 1940.
- VII.—*Ortodoxia de Cervantes*. (Conferencia). 1948.
- VIII.—*La Cueva de Montesinos (Conferencia)*. 1948.
- IX.—*Ratos perdidos*. 1949.
- X.—*Farología*. 1952.
- XI.—*El Mar en la vida y las obras de Cervantes*. 1952
- XII.—*Menéndez Pelayo y Cervantes* 1957.
- XIII.—*Sobre las Cumbres y sobre el asfalto*. 1962.
- XIV.—*Mariela* 1962.
- XV.—*¿Oro en la Cumbre?* 1963.
- XVI.—
- XVII.—
- XVIII.—
- XIX.—
- XX.—*L*
- IX
- XXI.—*I*
- no
- II
- XXII.—
- XXIII.—
- XXIV.—

ULPGC. Biblioteca Universitaria



791136

BIG 860-3 SOC mar

105.
Rei-
007.